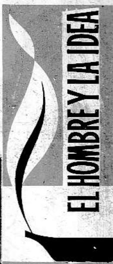
LAS ARMAS DE LOS KRUPP

William Manchester



LAS ARMAS DE LOS KRUPP

por William Manchester

Cuando la clase dirigente alemana enterró al último de los Krupp, bajo la lluvia que caía aquel 3 de agosto de 1967, asistía al ocaso de una dinastía que, con cuatrocientos años de historia a sus espaldas, había dado a Alemania las armas para librar tres grandes guerras y dejado acusadísima huella sobre la epidermis de Europa.

Todo cuanto se relaciona con los Krupp debe expresarse en términos superlativos: fueron, no sólo la primera familia del Reich, sino la más rica y poderosa del continente. Sus cañones en 1870, ganaron en Sedán la guerra francoprusiana; en 1871 inventaron la primera artillería antiaérea (con objeto de derribar los globos de observación); durante cuarenta años fabricaron submarinos, comenzando por el «U-1» terror de las flotas aliadas; sus gigantescas baterías, durante la Primera Guerra Mundial, pulverizaron Verdún y bombardearon París desde distancias entonces asombrosas. Lanzados secretamente por el camino del rearme, después del tratado de Versalles, en 1926 habían los Krupp perfeccionado ya los «panzers» que un día arrollarían a Francia, y en 1940 sus proyectiles alcanzaban a través del Canal de la Mancha el inviolado suelo inglés.

Los Krupp armaron a las fuerzas del kaiser y luego a las de Hitler, y en 1933 financiaron las «elecciones del terror» que llevaron a Adolfo Hitler al poder. Durante la era nazi tuvieron bajo su gobierno ciento treinta y ocho campos de concentración «de propiedad privada». El Führer premió su lealtad decretando para ellos especiales exenciones tributarias, exenciones que continuaron vigentes en la Alemania Occidental de la postguerra. Los Krupp, en fin, superaron la condena caída sobre ellos en Nuremberg y se convirtieron en motor del Mercado Común.

William Manchester ha dedicado más de siete años a la preparación de *Las armas de los Krupp:* sólo interrumpió sus trabajos de investigación cuando la viuda de John F. Kennedy le pidió que escribiera *Muerte de un presidente,* obra que le daría fama mundial. Para compilar el material del presente libro, Manchester sostuvo incontables entrevistas en siete países, estudió miles de cartas y examinó sin olvidar una las 13.454 páginas de que consta la transcripción del juicio contra Alfried Krupp en Nuremberg. *Las armas de los Krupp* es, pues, una obra fabulosamente documentada, fruto de una investigación histórica monumental; pero es al mismo tiempo, por venir de un hombre de la finura mental, la agilidad y el instinto

de Manchester, un libro maravillosamente escrito, que se lee con avidez, muestra perfecta de lo que la historia y la biografía deberían ser siempre: un trozo de vida que palpita en la plenitud de su terrorífica potencia.

Norteamericano, como se sabe, William Manchester es oriundo del Estado de Massachusetts. Posee tres grados académicos. Fue condecorado en la Segunda Guerra Mundial. Ha publicado nueve libros, de los que destaca por su merecido éxito el citado *Muerte de un presidente*. Su labor fue galardonada en 1967 con el premio internacional de literatura Dag Hammarskjöld.

Colección

EL HOMBRE Y LA IDEA

MIS AÑOS EN LA CASA BLANCA
D. D. Eisenhower

EL DEBER Y LA GLORIA
J. F. Kennedy

MUSSOLINI
Sir Ivone Kirkpatrick

LENIN
Louis Fischer

MIS AÑOS EN LA CASA BLANCA (2.° mandato)
D. D. Eisenhower

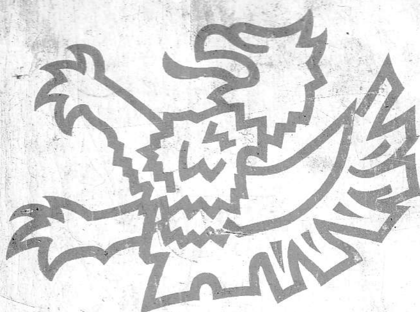
PETAIN
Pierre Bourget

STALIN
Robert Payne

HIROHITO
Leonard Mosley

TRUJILLO
Robert D. Crassweller

LAS ARMAS DE LOS KRUPP
William Manchester



"Maravilloso libro, que ofrece un acabado cuadro de la tragedia alemana en su totalidad, tal como la veo yo: la farsa, las dramáticas ambiciones y la fatalidad dinástica del genio germano... Manchester solicita nuestra atención, y por Dios que la obtiene".

John Le Carré

"Poderosa y fascinante historia... henchida de ironía, de melodrama y de horror..., un relato lúcido, vívido y absorbente".

Arthur Schlesinger

En la familia Krupp todo se ha salido de los cauces normales: la forma de vida (reservada), el aspecto físico (zorruno), el imperio (internacional) y la clientela (jefes de Estado); pero nada ha sido tan insólito como la capacidad del clan para adaptarse a la coyuntura histórica del momento.

Al final de la Edad Media, cuando Alemania era una tierra casi mísera, los Krupp hicieron su aparición y se dedicaron a traficar humildemente acá y allá de la murallas de Essen. En la época napoleónica, cuando la actitud de Alemania era servil, el cabeza de familia se endosó la escarapela tricolor y se hizo francófilo. Pero luego, en los cincuenta años que siguieron, Alemania se puso en pie. Los tambores teutónicos de conquista redoblaron en 1870, en 1914 y en 1939; y en cada una de estas ocasiones fue un Krupp quien forjó la espada de los "junkers" en el próspero yunque familiar...

UN LIBRO ARROLLADOR, ATREVIDO, VERAZ Y SARCASTICO, AL QUE EL AUTOR DE "MUERTE DE UN PRESIDENTE" HA DEDICADO SIETE AÑOS DE SU VIDA

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA • BOGOTA • BUENOS AIRES • CARACAS • MEXICO • RIO DE JANEIRO

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

LAS ARMAS DE LOS KRUPP

WILLIAM MANCHESTER



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Título original: THE ARMS OF KRUPP (1587-1968)

1.ª edición: octubre, 1969

Printed in Spain - Impreso en España

Depósito Legal B 20.282 - 1969

Impreso en los Talleres Gráficos de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

A

Los hijos de Buschmannshof
Que yace en Voerde-bei-Dinslaken
Y no tiene otro monumento.

Oh Deutschland, bleiche Mutter!
Wie haben deine Söhne dich zugerichtet
Dass du unter den Völkern sitzest
Ein Gespött oder eine Furcht!

BERTOLT BRECHT
Deutschland

¡Oh, Alemania, pálida madre!
¡Qué mal te han servido tus hijos
Pues que eres desdeñada por las gentes
Y objeto de deshonra y de terror!

Noch weiz ich an im mêre / daz mir ist bekant.
einen lintrachen / sluoc des heldes hant.
er badet sich in dem bluote: / sîn hût wart hurnîn.
des snîdet in kein wâfen: / daz ist dicke worden schin.

Das Nibelungenlied

Y yo sé más, mucho más de lo que puedo contar.
Una vez cayó un dragón ante su violento brazo.
Y él quedó bañado en sangre, se hizo fuerte, y ya no puede [ser muerto.
Y muchos han visto eso de nuevo... una vez y otra vez.

CONTENIDO

GLOSARIO

A. K. (Aktiengesellschaft): sociedad mercantil.
alleinige inhaber: único propietario (de la Firma Krupp).
Allerhöchsteselber: el Más Alto (el kaiser).
Attentat: intento de asesinar a Hitler en julio de 1944.
Ausländer: extranjero(s).
die Firma: la empresa Krupp.
feldgrau: gris campaña (el uniforme).
fremdarbeiter: trabajadores extranjeros (braceros esclavos).
Generalbevollmâchtigter: general plenipotenciario (Berthold Beitz).
Generalregulativ: Reglamentos Generales de 1872.
Generalstab: estado mayor general alemán.
G. m. b. H. (Gesellschaft mit Haftung Beschränkter): Sociedad de Responsabilidad Limitada; abreviado S. L. o Ltda.
der Grosse Krupp: el Gran Krupp (Alfred Krupp).
Gusstahlfabrik: Acería.
Hauptverwaltungsgebäude: edificio de la administración central de la firma Krupp, en Essen.
Jubiläum: jubileo, aniversario.
Justizpalast: palacio de Justicia (en Nuremberg).
Kanonenkönig: el Cañón Rey.
kleine Haus: un ala de Villa Hügel, en el castillo de Krupp.
Konzernherr: propietario de la empresa Krupp.
Kruppianer: trabajador(es) de Krupp.
kruppsche: de los Krupp (adj.).
Kruppstahl: acero de Krupp.
Kumpel: minero de Krupp.
Lagerführer: comandante de campo de concentración.
Lex Krupp: decreto de Hitler acerca de Krupp.
Menschenjagd: caza de hombre(s) (esclavos).
Muttergesellschaft: compañía propietaria.
Oberlagerführung: administración de trabajadores extranjeros.
Offizierskorps: cuerpos de oficiales.
Pickelhauben: casco de punta.
Prinzgemahl: príncipe consorte.
Prokura: junta de administración.
Ruhrgebiet: región industrial del Ruhr.
Schlotbarone: barones de acero (del Ruhr).
Sieg: victoria.
Sklavenarbeit: trabajador esclavo.
Sklavenhalter: dueño de esclavos (Krupp).
S. M. (Seine Majestät): Su Majestad.
Stammhaus: casa solariega de Alfred Krupp.

Stücke: ganado (los trabajadores esclavos).
Ubermenschen: raza superior.
Untermenschen: subhombres (los trabajadores esclavos).
Urgrossvater: bisabuelo.
Villa Hügel: el castillo de Krupp, de trescientas habitaciones, sobre el Ruhr.
Waffenschmiede des Reichs: arsenal del Imperio.
Werkschutz: policía de la empresa Krupp.

PROLOGO

Yunque del Reich

En 1914, el archiduque Francisco Fernando de Austria fue asesinado en Sarajevo, y poco de la Europa que él conocía llegó a sobrevivirle. Su mujer, sus títulos, hasta su patria, se desvanecieron en la roja locura del tiempo. Con ese acto, los asesinos habían sacado de quicio al mundo, y ésa es la única razón de que recordemos a su víctima. La dura verdad es que el archiduque había sido brutal y terco, un *Klotz,* un *Schwein,* en resumen. Sin embargo, todo funeral tiene sus patéticos detalles personales, y entre los nimios pero enojosos problemas que surgieron con el inesperado fallecimiento del archiduque, uno de ellos fue lo que deberían hacer sus albaceas con su finca de caza situada en las proximidades de Werfen, Austria. Durante cuatrocientos años el albergue (en realidad una inmensa residencia campestre), había sido una de las propiedades de los archiduques de Salzburgo, los que viajaban a menudo entre ella, su catedral renacentista, el seminario teológico situado al este de Munich, y sus dos palacios arzobispales del río Salzach. En la nueva e ilustrada Europa, sin embargo, la jerarquía eclesiástica había cedido ante la realeza. El sordo chasquido de los rosarios había dejado paso a la limpia y fuerte detonación del rifle de los deportistas. Francisco Fernando, fueran cuales fuesen sus demás debilidades, había sido un espléndido tirador. En los poblados bosques que rodeaban a su albergue había pulverizado todas las marcas de matanza de animales, y sus trofeos llenaban los salones de la residencia.

En consecuencia, los sentimentales vieneses consideraron que el nuevo propietario de Blühnbach debía saber algo sobre armas de fuego. Pero el castillo tenía ochenta habitaciones y resultaba caro de mantener. Por fin, su problema fue resuelto perfectamente por Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, de Essen, Alemania. Indudablemente, Gustav Krupp se hallaba bien al corriente de lo que eran las armas. En realidad, se trataba del principal fabricante de cañones del continente. Los Krupp habían estado buscando una nueva casa de campo alejada de las forjas bélicas del valle del Ruhr, tan lleno de humaredas y olores. De modo que Gustav y familia adquirieron la propiedad, con su espléndida vista a los Alpes austríacos, debajo de uno de cuyos picos el legendario emperador Federico Barbarroja, que viviera en el siglo XII, se dice que habitaba en una caverna dispuesto a acudir en ayuda de Alemania cada vez que

veía a los cuervos volar en círculos sobre su cabeza, advirtiéndole que el sagrado suelo de su Primer Reich se hallaba en peligro (1).

Frente a tan prolongado lapso de historia, la venta del Blühnbach parecería no merecer siquiera una mención. Y sin embargo, en cierto modo el asunto es una paradoja de la época. Ya desde el amanecer de la moderna Europa, la misteriosa y potente dinastía de los Krupp había florecido entre guerras y estruendos de batallas. Sus forjas de acero vomitaron armaduras, bayonetas, cañones, granadas, planchas de acorazados, y flotillas de submarinos, siempre para el beneficio inmenso de la casa de los Krupp. Después de la muerte de Francisco Fernando, las potencias centrales se precipitaron sobre las armas, y por consiguiente colocaron a la Casa ante un soberbio mercado. Así se apreciaría una figura expresiva en los miembros de la familia, entrando en los bosques archiducales con el dedo tenso sobre el gatillo, en busca de la presa. Era éste, en realidad, el símbolo del modo de sentir de la patria.

Todo lo relativo a los Krupp era notable: su forma de vida (reservada), su apariencia (zorruna), su imperio (internacional), y hasta sus clientes (jefes de Estado); pero nada tan fenomenal como esa costumbre de calibrar el talante teutónico del momento. Al final de la Edad Media, cuando Alemania se hallaba debilitada, aparecieron los Krupp en la amurallada ciudad de Essen, donde traficaron modestamente. Durante la era napoleónica, cuando el país se sintió servil, el jefe de la Casa usó una escarapela francesa y se hizo francófilo. Luego, en el curso del medio siglo siguiente Alemania se puso en pie. Los tambores de la conquista resonaron en 1870, 1914, y 1939, y en cada ocasión fue un Krupp el que forjó la espada de los Junker en el yunque familiar. En ninguna de las industrias norteamericanas, o de cualquier otro país, puede hallarse algo parecido a esos vínculos que ligaron tan estrechamente a los sucesivos Gobiernos alemanes con la familia Krupp. Durante un siglo ambas partes fueron compañeras inseparables, a menudo actuando la una como instrumento de la otra, indistintamente. Y nunca el paralelo fue más asombroso que en la estremecedora mañana de 1945, cuando el vínculo pareció tener un cariz mortal.

Cuando Gustav adquirió Blühnbach, jamás podía soñar que estaba comprando una tumba. Y sin embargo, treinta y un años más tarde eso es lo que fue para él la finca, pues cuando el Tercer Reich se vino abajo, parecía como si la nación y la dinastía Krupp fueran a expirar juntas. Durante aquella extraordinaria primavera, el jefe de la Casa yacía postrado, igual que la nación: paralizado, desvalido, en una estancia de un piso superior, teniendo en derredor innumerables cabezas de ciervo embalsamadas, pieles curtidas y figurillas elaboradas con huesos de animales. Pero no estaba rodeado de su familia. Doce años antes Gustav había llegado a la *kolossal* conclusión de que el nuevo nombre de Barbarroja era Adolf Hitler, y cuatro de sus hijos habían marchado a la guerra para hacerse, según las palabras con que el Führer exhortó a la juventud alemana en *Mein Kampf*, «duros como el acero de Krupp» (*hart wie Kruppstahl*) (2). De los hijos del enfermo, cinco varones y dos mujeres, sólo uno se encontraba allí, Berthold, un apacible científico educado en Oxford, que había sido dado de baja de la Wehrmacht para que pudiera efectuar investigaciones en Munich sobre la penicilina.

La tercera persona que se hallaba en la habitación era la mujer más famosa del Reich. Se llamaba Bertha Krupp, y era la esposa de Gustav. Durante medio siglo había sido la persona más adinerada de Alemania. Nacida en la sombría y aislada Villa Hügel, el castillo de trescientas habitaciones de los Krupp, en Essen, Bertha fue criada como una versión teutónica de la reina María de Inglaterra: fiel, real, erguida como un

cirio. En su juventud el kaiser Guillermo II había sido casi un miembro más de la familia. Incluso tenía una *suîte* en Hügel, presidió la ceremonia de la boda de Bertha y fue padrino de su hijo mayor. Más tarde se convirtió en una figura internacional, y el mundo la conoció como la Gran Bertha, debido a que en la guerra del kaiser, el mortero gigante de Krupp había sido bautizado en honor de ella con su nombre (*die dicke Bertha,* literalmente «corpulenta Bertha»), y en la Segunda Guerra Mundial su nombre fue dado también al Berthawerk, una fábrica de obuses de Krupp situada en Silesia y que fue construida por obreros esclavos judíos procedentes de Auschwitz, los cuales trabajaban también en la factoría. Dentro del mismo campamento había asimismo un taller de armas automáticas de Krupp, del que se decía lo siguiente, según testimonio de uno de los empleados de Gustav que declaró en Nuremberg:

> *Vom Fabrikgelände aus konnte man die drei grossen Schornsteine des Krematoriums sehen... die Häftlinge erzählten von den Vergasungen und Verbrennungen, die im Lager Stattfanden.*
> «Desde la fábrica uno podía ver las tres grandes chimeneas del crematorio..., los internados hablaban de los gaseamientos y de la quema de cadáveres que se llevaban a cabo en el campamento» (3).

En la actualidad, casi todos los alemanes y la mayoría de los que no lo son creen que los industriales germanos no tuvieron posibilidad de elegir, y que los nazis les obligaban a emplear esclavos de todas las edades y de ambos sexos, y que los propios patronos habrían sido liquidados de no aceptar la imposición. Pero esto es falso. Los ya olvidados montones de documentos de Nuremberg son muy claros a este respecto, y revelan que los fabricantes del Reich no sólo podían elegir, sino que la mayor parte se aprovechaba de la ventaja:

> *Der Flick-Konzern hat die Frauen nicht angenommen, weil die Arbeit für sie zu schwer war...*
> «La empresa Flick no aceptaba mujeres, debido a que el trabajo era demasiado pesado para ellas. El grupo Roechling no tenía interés por los trabajadores extranjeros... El mismo Hitler no consideraba práctico que una firma tan importante como Krupp emplease mano de obra extranjera... Himmler se oponía a permitir que esos valiosos obreros, que él deseaba manejar directamente, trabajasen en la industria del armamento» (4).

Mas Krupp pensaba de otro modo. Según los informes de la firma, en la época de guerra, la empresa familiar opinaba que «las armas automáticas son las armas del futuro» (*automatische Waffen sind die Waffen der Zukunft*), y empleó el gran prestigio del nombre de Krupp para reclutar prisioneros de Auschwitz —hombres, mujeres y niños— para labores pesadas en sus talleres. Dando un ejemplo de vigor y dinamismo, el *Konzern* de Essen se negó a aceptar la decisión del ejército, cuando éste, inquieto ante la proximidad del rápido frente oriental, prohibió la fabricación de armas automáticas en el campamento. Los propios archivos de la firma establecen lo siguiente:

> *...schlug Krupp vor, in der bereits in Auschwitz zur Verfügung stehenden Fabrichalle die Fertigung von Flugzeubestandteilen und Zündern aufzunehmen, da inzwischen die Zünderfabrik in Essen ausgebombt worden war...*
> «...Krupp propuso que el edificio de la fábrica, que ya se había

terminado en Auschwitz, fuera utilizado para la construcción de piezas de aviones y de espoletas de granadas, ya que, en el ínterin, la factoría de espoletas había sido bombardeada. El punto esencial que influye en la decisión es, una vez más, el consentimiento de efectuar el trabajo en el campo de concentración. Por esta misma razón, Krupp se opuso a una propuesta para utilizar trabajadores alemanes. Cuando el ejército quiso otorgar el contrato de espoletas a otra firma, alegando que Krupp no se hallaba en condiciones para suministrar las cantidades requeridas, Krupp protestó con violencia, insistiendo especialmente en la estrecha conexión de la firma con el campo de concentración de Auschwitz» (5).

Para cualquier observador el significado de todo esto resulta bien claro, y se refleja en la tremenda reputación de Krupp en el extranjero. Dentro de Alemania la imagen es muy distinta. Allí se venera aún la memoria de Bertha (fallecida en 1957), la cual siempre se mostró sorprendida por la hostilidad que se tenía hacia su familia en *das Ausland,* esa reveladora palabra alemana que designa a todas las naciones ajenas al Reich en un solo nombre colectivo. En realidad, las actividades bélicas de la empresa nunca llegaron a interesarle. Eso quedaba para los hombres. Como mujer, ella se preocupaba del bienestar social de los doscientos mil alemanes que trabajaban para la firma Krupp. Ya que, desde que ella o cualquiera alcanzaban a recordar, esos *Kruppianer* habían sido como pupilos de la familia. Esta tarea siempre fue acometida con imaginación, al extremo de que en el siglo XIX la importante legislación social de Bismarck se había inspirado en los programas de Krupp (6).

Ahora, en 1945, daba la impresión de que esa hegemonía llegaba a su fin. En sus cuatro siglos de existencia la dinastía había conocido la locura, la sodomía, el escándalo sexual, la humillante ocupación militar, e incluso la insolvencia financiera, pero nunca ocurrió nada comparable a esa neblina de color sangriento. Una noche wagneriana estaba descendiendo sobre Alemania. Jamás, desde la Guerra de los Treinta Años, hubo sucesos semejantes, y en aquella oportunidad, al menos, Krupp había sabido sacar provecho de la situación. La sombría predicción de Heinrich Heine parecía convertirse en realidad: la civilización se enfrentaba con la destrucción en medio de una orgía de luchas por la lucha en sí. En la juventud de Bertha semejante catástrofe habría sido inconcebible, si bien su madre, Margarethe von Ende Krupp, pudo haber tenido un presagio a ese respecto. Esta dijo una vez al barón Tilo von Wilmowsky, el que contrajo matrimonio con Bárbara, la hermana de Bertha: «¿Sabe usted?, a menudo me deprime haber vivido para ser testigo de tanta buena suerte, y recibir tales honores del kaiser... casi resulta demasiado... A veces siento miedo, como en una pesadilla, de que todo esto pueda venirse abajo.» (*Oft bedrückt mich wie ein Alpdruck die Furcht, dass all dieses einmal zusammenbrechen könnte*) (7).

Y sin embargo, no es probable que la misma Margarethe hubiera imaginado hasta qué punto el derrumbe iba a ser completo. Desde la capital, Goebbels repetía una y otra vez por radio: «¡Berlín sigue siendo alemán! ¡Viena será alemana de nuevo!» (*Berlin bleibt deutsch, Wien wird wieder deutsch!*), pero con cada hora que pasaba se hacía más evidente que Austria había visto su última guerrera parda, su última bota teutónica. Seis meses habían transcurrido desde que el general Jodl escribió en su Diario, el 28 de setiembre, «Día negro» (*Schwarze Tag*). Ahora, ya en abril, el mes más cruel, todos los días eran negros, y aquella familia se hallaba entre las más duramente afectadas. Essen eran un erial roto, plagado de cráteres de bombas. La hermana de Bertha, que

compartía con ésta su desdén por Hitler, como el advenedizo que era, había sido detenida después del atentado contra la vida del Führer, que tuvo lugar el 20 de julio de 1944. El cuñado de Bertha fue enviado al campo de concentración de Sachsenhausen por el mismo motivo; uno de sus yernos yacía muerto entre las nieves de Rusia; un sobrino reposaba en el fondo del Atlántico por haber sido hundido, irónicamente, el buque inglés que le llevaba como prisionero de guerra al Canadá, por un submarino U de los Krupp. Y lo peor de todo era que tres de los hijos de Bertha se habían marchado a la guerra como oficiales del Reich, esfumándose luego en la humareda de la batalla. El atlético y aventurero Claus había muerto en la Luftwaffe, en 1940. Su hermano Harald, larguirucho y retraído, fue capturado en Bucarest cuatro años más tarde por las tropas soviéticas, y Eckbert, el benjamín de la familia, acababa de morir en acción en Italia. Ahora, al lado de Gustav, en Blühnbach, Bertha se veía reducida a desempeñar el papel de enfermera, y a traer y llevar los vasos de noche. Götterdämmerung no sólo iba en camino de convertirse en peor aún de lo que se había pronosticado, sino que también era más vulgar (8).

«Ach, mein Gott!», graznaba la senil figura tendida en el lecho. «¡Bertha, Berthold!» Y ellos le atendían rápidamente. Una puerta distante se cerraba bruscamente, y él farfullaba iracundo: *«Donnerwater! Himmel! Verfault verdammt geistesschwach!»*, pues hasta en el profundo ocaso de su senectud, aquel anciano que había dado su nombre al Grueso Gustavo, el poderoso cañón de asedio de Sebastopol, se llenaba de cólera ante el menor ruido que oía.

También esto era irónico, y tal vez hasta era justo. En realidad puede aducirse que la misma parálisis era una culminación adecuada a la carrera de Gustav, pues toda su vida no fue sino una parodia de la rigidez prusiana. Para tener la seguridad de mantenerse activo durante el invierno, había dispuesto que tuvieran su oficina a una temperatura de trece grados solamente, y su estudio de Hügel a dieciocho, debido a lo cual Bertha trabajaba en sus labores benéficas, al otro lado del escritorio, envuelta en pieles; el frío aún parece perdurar en aquella sala. Las cenas de Hügel eran notables. A Gustav le complacían las comidas rápidas, y algunos visitantes recuerdan que cuando trataban de sostener una amistosa conversación, les retiraban el plato. Según uno de ellos, «había que comer tan aprisa que hasta dolían los dientes». Gustav, que era un ejemplo en cuanto a destreza y velocidad en engullir los alimentos, consideraba que la charla en la mesa era algo inútil (9).

La eficacia era su religión, al extremo de que uno de sus más extraños pasatiempos consistía en leer los horarios de trenes, para descubrir errores tipográficos. Cuando hallaba uno, cogía el teléfono y denunciaba la errata al ferrocarril. Cuando salía de su casa por las mañanas, para ir al despacho, el chofer debía tener ya el motor en marcha, pues le disgustaba estar aguardando esos segundos, mientras se giraba la llave de contacto. Y los invitados de Hügel sabían ya que su anfitrión se retiraba a las diez de la noche en punto. A las 9,45 un criado les susurraba que era hora de terminar la reunión. Pero una vez Gustav rompió esa regla, y accedió a asistir a una celebración hasta la medianoche. Ernst von Raussendorf, uno de los directores ayudantes de Krupp, se encontraba en la reunión aquella noche al lado de la hija mayor de Gustav, Irmgard, cuando ésta le dijo en voz baja: «Mira tu reloj.» El lo hizo así, ya que un Kruppianer siempre tenía la hora justa, y le contestó que iban a dar las doce. «Padre se va a marchar ahora», repuso Irmgard. Cuando las agujas señalaban exactamente las doce, Von Raussendorf alzó la mirada, y efectivamente, allí estaba su patrono alzándose de su sillón (10).

Más significativo aún, para el mundo situado más allá de Essen, era la absoluta lealtad de Gustav hacia el jefe de su nación. Poco importaba quién fuera ese jefe. Después del alejamiento del kaiser en 1918, Gustav siguió siendo *kaisertreu,* y escribiendo a Doorn anualmente por el cumpleaños de Guillermo, a fin de confirmarle su lealtad. Y sin embargo, era capaz de abandonar una habitación si alcanzaba a escuchar la menor crítica contra el presidente de la República de Weimar. Con la llegada de Hitler, Gustav se convirtió en lo que un colega industrial calificó de «supernazi» (*Obernazi*). Se hallaba plenamente preparado para aceptar las últimas consecuencias de su nueva fe. Cuando el avión de Claus se estrelló en las colinas de Eifel, un amigo le ofreció sus condolencias, y Gustav replicó glacialmente: «*Mein Sohn hatte die Ehre, für den Führer zu sterben.*» (Mi hijo ha tenido el honor de morir por el Führer.) (11).

Eso era lo que el servicio de Inteligencia aliado sabía acerca de Gustav, que era un robot, un fanático dirigente del partido, un portador orgulloso del dorado emblema nazi. Por entonces, cuando permanecía quejándose debajo de su edredón, los agentes aliados recorrían Europa en su busca, ya que junto con Goering y Ribbentrop encabezaba la lista de los criminales de guerra. Gustav ya conocía aquello, pues a semejanza del kaiser Guillermo, fue declarado criminal de guerra después de la primera contienda mundial, y cuando los franceses ocuparon el Ruhr, en 1923, le recluyeron en la cárcel. Esta vez, sin embargo, los Aliados estaban decididos a que terminase sus días en el extremo de una cuerda en Nuremberg. Su nombre se había hecho tan odioso, que Harald, hallándose en un campamento ruso de prisioneros de guerra, juzgó prudente adoptar otro nombre. Cada una de las potencias aliadas tenía un legajo acerca de Gustav, y lo que en él se decía era irrefutable (12).

Sin embargo, había en él ciertos aspectos incomprensibles. En realidad, ningún hombre era un robot completo, y se sospechaban algunos excesos de Gustav. A semejanza del kaiser, cuya soberbia le servía para ocultar el hondo complejo que le producía su brazo lisiado, Gustav trataba de aparentar algo que no era. Fuera de Hügel decepcionaba a casi todo el mundo. Aunque sus amigos le llamaban «el toro» —lo que sin duda le halagaba—, no había hombre con menos apariencia de fuerza. En familia le aplicaban el absurdo y pueril nombre de Taffy. Este era delgado, pulcro, y una cabeza más bajo que su mujer. Había sido educado para diplomático, y conservó siempre los elegantes modales del ambiente. En ciertas ocasiones, su educación refinada trascendía durante las cenas que se celebraban en Hügel. Una vez, un técnico ruso que no conocía el empleo de los aguamaniles, cogió el recipiente y se bebió el contenido. Gustav, después de observarle atentamente, tomó el suyo y también se bebió el agua (13).

Si para alguien esto significa que había en él algo de hipocresía, sin duda acierta. Durante cuarenta años Gustav estuvo desempeñando un papel. Actuaba como propietario de una gran empresa, pero no tenía una sola acción de la misma, y se hacía pasar por un Krupp, si bien jamás conoció a uno de tal nombre hasta que tuvo treinta y seis años.

En realidad la verdadera Krupp era Bertha, quien había heredado de su padre el enorme imperio industrial cuando tenía dieciséis años. En la patria era inconcebible que una mujer detentase un poder semejante, y por ello contrajo enlace con Gustav von Bohlen und Halbach. Hay razones para creer que fue el mismo kaiser quien concertó esta boda. Las fábricas de armas de la joven Bertha tenían un valor incalculable para Alemania, al punto que todo militar alemán de alto rango asistió a la boda celebrada en Hügel. Una vez formulados los votos, el kaiser Guillermo anunció

con voz nasal que desde ese momento el apellido de Gustav sería «*Krupp* von Bohlen und Halbach». Este fue rápidamente acortado a «Gustav Krupp», pero el mismo emperador se dirigía al novio llamándole «mi querido Bohlen», y ni siquiera un edicto imperial podía inyectar un solo gramo de sangre de los Krupp en las venas de Gustav. Los hijos que le han sobrevivido, aún se refieren a él como al «príncipe consorte» (*Prinzgemahl*) (14).

Todo esto resulta confuso. En realidad, cuando más se adentra uno en la historia familiar, más oscuras se vuelven las aguas. Pero en 1945 las potencias victoriosas no estaban en modo alguno dispuestas a andar con sutilezas, y ya un cuerpo de eminentes abogados, dirigido por Robert H. Jackson, miembro del Tribunal Supremo de Estados Unidos, estaba recopilando el legajo de Krupp. Por fin, las tropas norteamericanas llegaron a Blühnbach; entonces, escoltado por soldados, Gustav fue conducido a una fonda situada en la carretera cercana, donde Bertha siguió cuidándole solícitamente. Allí se detenían varios autobuses, y los conductores le proporcionaban alguna ayuda, pero en general, Bertha se las arreglaba sola, ya que Berthold se había marchado a arreglar urgentes asuntos familiares (15).

Los juristas siguieron reuniendo material, y les llevó algún tiempo descubrir que el Krupp que tenían en la posada no era el que buscaban.

Todos se hallaban obsesionados con Gustav. Este era para ellos como un demonio, ya que había dirigido la empresa tanto tiempo. Cierto es que el «príncipe consorte» llevaba ya bastante tiempo a la cabeza de la firma cuando Hitler atacó a Polonia. Desde entonces, sin embargo, las tinieblas se habían abatido sobre el Reich, y los Aliados no estaban al corriente de que se había producido un cambio de mando en Essen. La decrepitud de Gustav estaba ya muy avanzada cuando Claus murió en 1940. A lo largo de la mayor parte de los años transcurridos en el intervalo, cuando un monstruoso cañón Krupp montado sobre carriles circulares, situado en una caverna, bombardeó Chatham desde cabo Gris-Nez, al otro lado del Canal de la Mancha, disparando desde 216 kilómetros de distancia unas granadas tan enormes que aún en la actualidad los ingleses supervivientes creen que se trataba de bombas gigantes que lanzaba la Luftwaffe desde gran altitud; a lo largo de los años de Auschwitz y de los obreros esclavos, cuando los internados de los 138 campos de concentración trabajaban para Krupp, y cuando Robert Rothschild fue gaseado porque no accedía a entregar su firma francesa a los Krupp, durante todo ese tiempo el jefe de la familia había sido el hijo mayor de Bertha y Gustav (16).

Su nombre era Alfried Felix Alwyn Krupp von Bohlen und Halbach.

Aquí debemos ahondar un poco en esas cenagosas aguas para dar un breve repaso a los apellidos de los Krupp. El decreto del kaiser acerca de la boda, emitido en 1906, establecía que en las futuras generaciones, sólo el varón de más edad de la familia, llevaría el apellido de Krupp von Bohlen und Halbach. Claus, Berthold, Harald, Eckbert y sus hermanas usaban el nombre del padre, e incluso el primogénito fue bautizado de igual modo. Después del 31 de marzo de 1942, cuando Alfried se convirtió en *Vorsitzender des Vorstandes*, o director de directores, aún seguía llamándose Alfried von Bohlen. Entonces, de acuerdo con sus propios archivos, Alfried.

...hat... jüdische Gefangene aus Konzentrationslagern an den verschiedensten Arbeitsplätzen beschäftigt...

«...envió prisioneros judíos procedentes de campos de concentración, a numerosos lugares, incluyendo los talleres de Friedrich

Krupp Bertha (AG) en Markstädt, cerca de Breslau, y los talleres de los campos de concentración de Auschwitz, y de Wüstegiersdorf, Riespot (Bremen), Geisenheim, Elmag (Elsässische Maschinenbau GmbH Mulhouse, Alsacia), y del campamento de Essen (Humboldtstrasse)» (17).

En este último campamento, según lo relatado por uno de los trabajadores de Alfried que fue llevado ante el tribunal de Nuremberg con la vana esperanza de que su testimonio ayudase a la defensa, las condiciones de trabajo más estremecedoras prevalecían aun después de hacerse evidente que el Reich había perdido la guerra:

> ...*Krupp hielt es für* [*eine*] *Pflicht 520 jüdische Mädchen, zum Teil noch fast Kinder, under brutalsten Bedingungen im Herzen des Konzerns, in Essen, arbeiten zu lassen.*
>
> «Krupp consideró un deber hacer que 520 muchachas judías, algunas no mayores que chiquillas, trabajasen bajo las condiciones más brutales en el centro principal de la empresa, en Essen» (18).

Las propias palabras de Alfried durante la época de guerra revelan que estaba explotando su especial relación con Berlín, primero para obtener judíos, y luego para lograr contratos que sólo podían ser adjudicados a una firma con un interminable caudal de mano de obra. En una carta fechada el 7 de setiembre de 1943, el primogénito de los Krupp escribía al teniente coronel (*Oberstleutnant*) Wedel lo siguiente:

> *Was die Mitarbeit unseres technischen Büros... in Breslau angeth, kann ich nur sagen, dass zwischen diesem Büro und Auschwitz die engste Zusammenarbeit besteht und für die Zukunft gesichert ist.*
>
> «En cuanto a la cooperación de nuestra oficina técnica de Breslau, sólo puedo decir que entre esa oficina y Auschwitz existe la más estrecha comprensión, la cual está garantizada para el futuro» (19).

En realidad, no había trabajo que Alfried no pudiera llevar a cabo. Su potencial humano era casi inagotable. Los prisioneros de Auschwitz eran sólo una parte, y sus documentos demuestran que, además de los obreros alemanes, había reunido 69.898 trabajadores civiles y extranjeros, 23.076 prisioneros de guerra y 4.978 prisioneros de campos de concentración (casi todos judíos). Con esos 97.952 esclavos, era el soberano indiscutible del Ruhr. Y sin embargo, a Alfried le faltaba la corona. La deseaba, y a los ojos de los ideólogos del Nacionalsocialismo, la merecía. El estado de Gustav no concedía esperanza alguna. Como Goebbels hizo notar en su Diario, el anciano estaba «gaga». Era hora de que entregara el preciado nombre de Krupp. La tradición de la familia establecía que un solo hombre la gobernaría, y ya en fecha tan temprana como 1941, Gustav y Bertha habían convenido en que el trono industrial debía pasar a Alfried..., siempre que se divorciarse de su reprochable joven esposa, lo cual hizo él rápidamente (20).

Dejar todo a un solo hijo era ilegal; pero los otros vástagos serían desheredados. Se tomaron medidas extraordinarias, y el 10 de agosto de 1942, Alfried, un hombre alto, aquilino, de mediana edad y que tenía un gran parecido físico con su madre, se presentó en el «Cubil del Lobo» (*Wolfsschanze*) subterráneo que el Führer tenía en Prusia Oriental, a fin de aclarar la situación. Como uno de los puntales que era del partido,

fiel al Führer desde su juventud, Alfried tenía asegurada una acogida calurosa. Después de una prolongada correspondencia con Martin Bormann —el ayudante de Hitler—, y Hans Lammers, el oráculo constitucional del nazismo, todo quedó arreglado. El Führer proclamó entonces:

> *Die Firma Fried. Krupp, ein Familienunternehmen seit 132 Jahren, verdient höchste Anorkennung für ihre unvergleichlichen Leistungen bei der Verstärkung der militärischen Macht Deutschlands. Es ist daher mein Wunsch, dass das Unternehmen als Familieneigentum erhalten wird.*
>
> «La firma de Fried. Krupp, una empresa familiar durante 132 años, merece el más alto reconocimiento por sus incomparables realizaciones para incrementar el poder militar de Alemania. Por lo tanto, es mi deseo que esa empresa sea conservada como propiedad familiar» (21).

Con la firma del Führer, este decreto se convirtió en una ley única, la «Lex Krupp». Alfried era ahora el único heredero de su madre. Al mismo tiempo Hitler le rebautizaba Krupp, y cuando el Noveno Ejército de Estados Unidos conquistó Essen, el 11 de abril de 1945, encontraron a Alfried, como lo había hecho desde 1931 cuando se convirtió en miembro patrocinador de las SS, defendiendo al Führer y al Reich (22).

Por consiguiente, fue Alfried el que se situó en el banquillo en Nuremberg; fue él quien quedó sometido a juicio ante tres jueces del Tribunal Supremo de Estados Unidos, acusado de planear una guerra agresiva, de expoliación de propiedades en países ocupados, y, por encima de todo, de crímenes contra la Humanidad, siendo el asunto de los trabajadores esclavos, la piedra de toque del caso. Le absolvieron del cargo de agresión. Eso, estableció el tribunal, pertenecía a la época de Gustav. Sin embargo, Alfried fue declarado culpable de las demás acusaciones, y le sentenciaron a doce años de cárcel y a la pérdida de todas sus propiedades (23).

Tan abrumadoras habían resultado las pruebas presentadas contra Alfried, que todos los aliados, tanto orientales como occidentales, decidieron purgar a Europa del nombre de Krupp. La pesadilla se fue haciendo cada vez más oscura, y ahora estaba ya más negra que el fondo de la mina más profunda de los Krupp. Las pertenencias de la dinastía fueron sistemáticamente disgregadas. El personal encargado de desmantelarlas iba con barras de tiza trazando líneas por los suelos de las fábricas, dividiendo instalaciones y maquinaria entre las naciones que más habían sufrido como consecuencia de la ocupación nazi (24). Mientras tanto, en la fortaleza de Landsberg, donde Hitler escribiera *Mein Kampf* veinte años antes, Alfried tuvo que vestir el uniforme de penado. Para la familia, el encarcelamiento de Alfried fue el golpe más duro de todos. Educado para ser un príncipe de la industria, ahora se oxidaba en una prisión, condenado y humillado. Los Krupp siempre habían sido enormemente orgullosos, y semejante carga les parecía insoportable. Sin embargo, aparentemente no había más remedio que resignarse a sobrellevarla.

Nadie hubiera creído, entonces, que al cabo de cinco años Alfried estaría de nuevo en posesión de su fortuna, y que veinte años después de ser el industrial más famoso y protegido de Hitler, se convertiría en el hombre más rico de Europa, en el fabricante más poderoso del Mercado Común. Hasta él mismo quedó impresionado ante la rapidez de su recuperación, ya que en una oportunidad calculó que le costaría cincuenta

años reconstruir todo lo destrozado, sólo en Essen. De todos modos, nunca dudó que llegaría el resurgimiento, y que al fin quedaría reivindicado. Después del veredicto de Nuremberg, Friedrich von Bülow, un antiguo director de los planes de trabajo de los esclavos de Krupp, y que se encontró con su patrono en la cárcel, mostró intenciones de proyectar una huida. Según el mismo Hitler, Alfried le había disuadido de su propósito, manifestando con toda calma: «El tiempo lo arreglará todo.» (25).

En apariencia, se trataba de un absurdo optimismo. El Tribunal Supremo de Estados Unidos había rechazado una apelación de los abogados de Alfried. El 21 de agosto de 1948, tres semanas después de emitido el veredicto, Alfried escribió al general Lucius Clay, gobernador militar de la zona norteamericana de la Alemania Occidental, solicitándole que interviniese. No recibió respuesta alguna. Luego el general Clay apoyó los hallazgos de un comité de revisión y confirmó la sentencia de Nuremberg, con lo que aparentemente quedaban agotados los recursos legales del prisionero. Y sin embargo, la fe de Alfried estaba justificada por el asombroso paralelo entre la aventura de los Krupp y la historia alemana. «Después que el kaiser se hubo marchado —me dijo una vez un criado de Villa Hügel—, esta familia se convirtió en la primera de Alemania.» En cierto modo los Krupp tenían una primacía al respecto sobre los Hohenzollern, y conforme iba concluyendo la década de 1940, la nación comenzaba a prosperar. El milagro económico de la recuperación del país había comenzado. También empezó la Guerra Fría, en la que los miembros de la NATO deseaban que Alemania se alinease en su bando (26).

La devoción hacia los Krupp que sentía el pueblo conquistado, difícilmente podía perderse con la ocupación. A comienzos de la década de 1960 el director de un periódico de Hamburgo dijo al que esto escribe: «Si volviera a traducir al alemán los testimonios y documentos de Nuremberg mediante los cuales se condenó a Herr Krupp, y los editase en Alemania, el trabajo sería inútil. Siempre hubo aquí la creencia de que las demás compañías obtenían beneficios, mientras que *Krupp* hacía algo *por Alemania.*»

Ese sentimiento era aún más fuerte durante el período de encarcelamiento de Alfried. Cuando Bertha acudió a ver a su hijo, durante las horas de visita, los alemanes que estaban allí la trataron como a un miembro de la realeza, y en una oportunidad una muchacha corrió hacia ella y le besó reverente la mano. Por encima de todo, la gran alianza que se estaba formando contra la Unión Soviética necesitaba el poderío del Ruhr, y esto se relacionaba con Alfried. «El Ruhr es Essen», afirman los alemanes, y «Essen es Krupp». También dicen, «*Wenn Deutschland blüht, blüht Krupp*». (Cuando Alemania prospera prospera Krupp.) En teoría había dos modos de impedir esto. Primeramente, estaba la nacionalización, pero hasta el Gobierno laborista británico se oponía a ello. Luego quedaba la emigración forzosa. Aunque un miembro del Gobierno de Estados Unidos había propuesto que «no debe quedar ningún alemán en el Ruhr», el plan no era práctico ni deseable, y no hay indicio alguno de que otra solución fuese considerada seriamente hasta siete meses más tarde, después del estallido de la Guerra de Corea, cuando el alto comisario de Estados Unidos, John J. McCloy, en un histórico acto de clemencia planteó la posibilidad de restituir a Alfried sus pertenencias, y de perdonarle.

Con ese acto, un convicto indigente se veía restituido a su antiguo estado. Una vez más un Krupp se hacía con la llave del mayor tesoro de Europa, el cual era entonces, y lo sigue siendo, de un valor extraordinario.

A lo largo de la Europa Central los grandes yacimientos carboníferos se extienden como un reluciente cinturón oscuro, esperando arder para convertirse en energía. Este inapreciable filón, sin el cual habría sido imposible la revolución industrial, comienza en Gales y termina en Polonia. Sin embargo, no tiene en sí uniformidad. Los yacimientos de Francia y Bélgica varían enormemente en cantidad y calidad, y entre Sajonia y la Silesia polaca, donde concluye la veta, se extiende un amplio espacio de terreno estéril. En todos los aspectos, la gema más preciada de esa corona carbonífera es la zona donde el Rhin desemboca desde las macizas colinas y se orienta al oeste, hacia las llanuras de Holanda. Allí desagua en el gran río un afluente perezoso y de aguas sucias, las que según estiman los químicos pasan ocho veces a través del cuerpo humano. Este último río nace en Sauerland, unos ciento cincuenta kilómetros al este, y no es otro que el Ruhr. Como vía navegable tiene escaso valor en la actualidad, siendo tan insignificante que hace tiempo perdió el derecho exclusivo de llevar su nombre. Por «el Ruhr», en efecto, se entiende hoy el *Ruhrgebiet,* es decir, la comarca industrial circundante, y allí el aspecto cambia radicalmente. De esa cuenca los alemanes extraen tanto carbón como el resto de la Europa continental en conjunto, y producen más acero fino que ésta. La relación no es casual. Dicha zona es la primera productora europea de coque, carbón puro que se obtiene calcinando la hulla para despojarla de sus gases. Y es el coque quebradizo y esponjoso el que resulta indispensable para transformar el hierro en acero.

Dominando el Ruhr no hay menos de una docena de *Schlotbarone,* «barones de chimeneas». El término es apropiado. Ya en el siglo XIX estas familias remplazaron a la aristocracia feudal en declive. Dirigidos por los Krupp, esos industriales se apoyaron en las características costumbres germánicas de obediencia para aplastar a los batalladores sindicatos, con lo que sus trabajadores se volvieron dóciles e inmovilistas. Incluso hoy día, el característico obrero del Ruhr prefiere vivir a la vista de la iglesia donde lo bautizaron. Un jefe de galerías de una de las explotaciones de Krupp, fue uno de los primeros pilotos de reactores de la Luftwaffe durante la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente le ofrecieron un puesto en la aviación comercial, en que la paga sería superior y la vida más grata que en la mina. Sin embargo, rechazó el cargo. Mientras él y yo tomábamos unas copas, le pregunté la razón de su negativa, y me respondió: «Mi padre era jefe de galerías en esa mina.» La insobornable lealtad de tales hombres evoca imágenes de la sociedad feudal. Y así, en efecto, son también las costumbres de sus patronos. Los «barones de chimenea» actúan realmente como señores feudales. Ellos alzan castillos que guardan celosamente, y ellas se comportan como damas de la heredad, visitando a los vasallos enfermos y distribuyendo caridades. Bertha Krupp era conocida por sus buenas obras. Cuando en 1957 sufrió un ataque al corazón, del que murió, se estaba poniendo el sombrero para visitar a la desvalida viuda de un Kruppianer (28).

A pesar de su importancia, el Ruhr es un diminuto feudo, una minúscula mota en el mapa de Europa. Obtiene sus recursos hidroeléctricos de lugares tan alejados como Aquisgrán, la Selva Negra y Suiza, y a pesar de ello ocupa menos del uno por ciento de la superficie en la truncada Alemania Occidental de la posguerra. Contando todas sus fundiciones y chimeneas, no es mayor que la zona metropolitana de Nueva York, y es posible atravesar la comarca en tres horas, mediante la autopista Dortmund-Düsseldorf, así como viajar desde uno a otro de sus

extremos en los famosos tranvías que la recorren. El Ruhr interior, formado por quince ciudades que se prolongan la una con la otra, abarca tan sólo doscientas millas cuadradas. Como bien lo demostró la RAF a principios de la Segunda Guerra Mundial, eso lo hace vulnerable para determinados ataques. Pero esa concentración tiene otra variante. Debido a que la veta carbonífera de su subsuelo ha sido magníficamente explotada, el Ruhr se ha convertido, según escribe Gustav Stolper, en «una organización industrial que en su fuerza e intensidad no tiene paralelo en el mundo». El ingenio alemán ha hecho de la cuenca del Ruhr la más temible potencia económica, cuyas consecuencias políticas han podido apreciar cinco generaciones de europeos y tres de norteamericanos. Conscientes de su fuerza, los *Schlotbarone* obtuvieron concesiones especiales de Berlín bajo el Segundo Reich (los kaisers o emperadores) y en el Tercer Reich (Hitler), y sobre sus yunques la espada guerrera teutónica fue forjada en tres ocasiones, durante el siglo pasado. «El Imperio Germánico —observó John Maynard Keynes— se ha construido, en realidad, más con carbón y hierro que con sangre y hierro.» (29).

Sangre y hierro. No obstante, ha demostrado ser una frase memorable debido a que es más sugestiva. El resonar de los tambores y el relucir de las medallas tiene un mayor atractivo que las reglas de cálculo y el hollín, y en general siempre han sido factores más destacados por los historiadores. A los escolares se les enseña que Esparta ganó batallas porque tenía guerreros superiores. Pero no se tiene en cuenta, al decir esto, una reciente investigación por la que se ha venido a saber que mientras los enemigos de Esparta usaban armas de bronce y de hierro forjado poco consistentes, los espartanos iban provistos de espadas de magnífico acero, lo que supone una ventaja decisiva. Los soldados profesionales, en cambio, son más sensibles a tales distinciones. En los días en que el Ruhr producía asombrosas cantidades de tanques, cañones, granadas, aviones y submarinos, el Estado Mayor alemán supo agradecer plenamente aquella capacidad, que en ambas guerras había sido la médula de su estrategia. En realidad, la ansiedad de los militares por proteger el Ruhr en 1914 pudo ser la causa de que se debilitase el ala derecha del Plan Schlieffen para invadir a Francia. Después de la Segunda Guerra Mundial, el general Franz Halder declaró en Nuremberg que el *Ruhrgebiet* era «el factor más decisivo en la forma de llevar Alemania la guerra». Esto no suponía una novedad para los antiguos oponentes de Halder. Una vez que los desembarcos de Normandía se hubieron completado, los generales aliados convinieron en que la armería de la Wehrmacht era su objetivo principal. Sólo estaban en desacuerdo en el camino que les llevaría más rápidamente hasta allí (30).

Actualmente el Ruhr produce pocas armas. Se ha convertido en el motor de la Comunidad Económica Europea, y también de los países subdesarrollados del globo, gracias a la enorme capacidad técnica de la firma Krupp. Pero los barones, más fuertes y adinerados que nunca, observan con ansiedad el futuro. Las investigaciones que se hacen sobre su pasado, por otra parte, son mal acogidas. Y sin embargo, es imposible comprender el presente alemán sin escrutar en recintos y memorias que estaban sellados. Para comprender el Ruhr de los Krupp debe a un tiempo saberse lo que es y lo que ha sido. Por fortuna la geografía no cambia, y una forma de comenzar es echando una mirada al Ruhr por tres puntos diferentes: en una galería de mina, por la superficie, y desde una avioneta en vuelo.

La galería se halla casi a un kilómetro debajo de tierra. Se encuentra en el fondo del centenario pozo Amalie, así llamado en honor de la abuela de la tatarabuela de Alfried, y llegar hasta allí es toda una aventura. *Glückauf* (buena suerte), dicen los curtidos mineros a nuestro alrededor, cuando el grupo desaparece por la cavernosa entrada. Equipados con casco y botas, con linterna y máscara contra el monóxido de carbono, viaja uno durante dos horas por ascensores de jaula, minúsculos trenes rechinantes, y la mayor parte del tiempo, en una caminata cuesta abajo, cruzando pasajes labrados en la roca.

No resulta una excursión agradable, y tampoco es del todo segura. Cierto es que la situación de la mina ha mejorado desde que se abrió el pozo Amalie, cuando los mineros se abrían paso por las entrañas del Ruhr ayudados únicamente con picos, lámparas rudimentarias y mulas. La mecanización ha cambiado todo esto, pero también ha permitido a los Kruppianer llegar más abajo, y el peligro aumenta con la profundidad. Todos los años mueren cuatro o cinco hombres en este pozo (*); hay que ir esquivando numerosos cables y vagonetas de carbón. El aire está cargado de polvo negro, y encender una sola cerilla puede significar allí una catástrofe.

Al acercarse al fondo de la galería, el túnel se estrecha; primero hay que avanzar de rodillas, y luego tendidos sobre el vientre. Al mismo tiempo la temperatura se eleva espectacularmente. En los lugares en que la roca aparece húmeda (en una mina el agua está más caliente que la piedra), el termómetro llega a los cincuenta grados. Justo al frente se aprecian borrosamente unos hombres semidesnudos, recubiertos de polvillo de carbón. Esos *Kumpel,* o mineros, ganan nueve dólares por día. A pesar de que los hombres del fondo de la galería son elegidos cuidadosamente, no pueden resistir más de cinco horas diarias de semejante trabajo. En cada jornada se arrancan cuatro mil toneladas del fondo del pozo Amalie, cantidad extraordinaria, teniendo en cuenta que la veta sólo mide un metro de altura. Tendido entre los mineros, uno puede ver la veta relucir a la luz de la oscilante linterna. El carbón tiene color negro azulino y superficie áspera, y conforme va uno observando retrocede lentamente por efectos de un excavador automático. Grandes trozos caen sobre una cinta transportadora, que moviéndose a sacudidas lleva el mineral hasta las vagonetas y ascensores.

Hay más de doscientos kilómetros de tales excavaciones, sólo debajo de Essen, las que avanzan continuamente. La ciudad está literalmente construida sobre carbón, y la organización de Krupp es realmente vertical, ya que cuando el carbón llega a la superficie, va a parar directamente a los altos hornos.

Estas conexiones se aprecian claramente cuando se sale a la superficie y se sube al techo acanalado de una fundición de Krupp, en la cercana Bochum. Al observar el gran patio de la factoría, se ven numerosos convoyes de trenes que llegan cargados con mineral de hierro. Esa carga procede de todo el mundo; sólo un veinte por ciento es alemán, y menos de la mitad es europeo. La mayor parte de ese mineral viene de Africa, Asia y de diversos países occidentales (31). Mientras tanto, al tiempo que los trenes lanzan sus cascadas de roca reluciente en los depósitos, unas cubetas rebosantes de carbón surgen desde los huecos hechos en la tierra.

(*) Hay un límite, incluso con la mecanización; desde que se escribió esto, la explotación ha sido suspendida en el pozo Amalie.

y por cabos móviles son llevadas a la fábrica. El coque de calidad es más apreciado que el mineral, incluso. La factoría está allí porque el carbón se encuentra precisamente debajo.

A semejanza de la mina, en la fundición reina un insoportable calor. Tan acostumbrados están al calor los naturales de Ruhr, que según cuentan por allí, uno de los barones, al llegar al infierno, exclamó: «*Verdammt!* Me olvidé el carbón para el invierno...» Pero a diferencia del túnel, la factoría ofrece escenas de cegadora belleza. Un gran río de acero, con cientos de toneladas de metal líquido fluyendo simultáneamente desde varios hornos, y arrojando nubes de chispas mientras corre por los canalillos, es un espectáculo maravilloso. Cortezas de óxido de hierro que se desprenden de los lingotes calientes, el fulgor rojo cereza del metal que avanza por las cadenas transportadoras, la forma en que las monstruosas fraguas lanzan repetidamente sus llamaradas al tiempo que las prensas automáticas de cinco pisos de altura moldean y perfilan los lingotes, todo el proceso es absorbente, diríase que glorioso.

Su interés deriva de que el conjunto tiene allí sentido. En la mina los movimientos parecen no tener un fin determinado, dada su tosquedad, pero arriba, el secreto del Ruhr comienza a entreverse. Y al dejar Bochum y atravesar los centros de la industria pesada, se adquiere un sentido real de la situación. La peculiar sociedad introvertida que ha crecido a la sombra de la altas chimeneas posee un sello propio. Esto se hace evidente en los pequeños detalles. Causan asombro las angulosas siluetas de los techos de las casas; la pátina oscura y ahumada que da hasta a los edificios más recientes una apariencia de vejez; la interminable procesión de cuévanos que, aunque ahora llevan el rótulo «Europa», no han cambiado desde 1940, cuando se usaban para propósitos infamantes.

Se oye a los trabajadores hablar ese áspero alemán del norte, que, según dicen los bávaros «hace sangrar los oídos». La mayoría de las voces son graves. La sociedad del Ruhr es principalmente de varones, aun después de terminado el trabajo, y en las cenas de los dirigentes industriales no suelen abundar las mujeres. (Para un Ausländer esto resulta demasiado casto, pero hasta allí florece el amor ilícito. Aunque en Essen sólo hay trescientas prostitutas registradas, la policía estima que existen al menos dos mil «chicas bravías» [*wilde Dirnen*], algunas de ellas dedican a esa actividad sólo una parte del día, como ciertas jóvenes esposas que recurren a esa solución para solventar una necesidad.)

No todas las voces son guturales, sin embargo. La altiva clase del monóculo que se distingue por las cicatrices de las mejillas, sus sombreros de fieltro especiales y sus negros «Mercedes», está tan aislada como siempre; pero cuando uno se aleja de la jerarquía industrial y se traslada a ambientes más sencillos, entonces se halla uno en una esfera más cosmopolita. Esto no tiene nada de extraño, ya que durante el siglo XIX las factorías fueron construidas por trabajadores polacos y del este alemán. En la actualidad setenta mil inmigrantes forman la base de la pirámide económica del Ruhr, evocando recuerdos de los tiempos en que los extranjeros no eran contratados, sino que se sentían impresionados por el poderío industrial de la cuenca. Pero como no se favorece la inmigración de esposas y niños, los trabajadores contribuyen a aumentar aún más la población masculina del Ruhr. Estos hombres no tienen mucho que hacer los sábados por la noche, de modo que se emborrachan. Entonces puede vérselos en pequeños y vacilantes grupos observar con aire envidioso los escaparates de los buenos comercios.

Durante la semana, cuando la mujer alemana invade las tiendas, hom-

bro con hombro, en compacta formación, los trabajadores extranjeros no tienen tiempo de ir de compras. El obrero del Ruhr trabaja de verdad, hasta el punto que una de las impresiones más notables que ofrece la comarca, es la de actividad. Cada uno de los complejos industriales refleja movimiento, y todos los accesos están atestados de camiones, trenes, barcos y aviones, todos ellos llegando con materias primas para las factorías, y saliendo con productos manufacturados. Todo ese ruido, ese incansable ajetreo, se aprecia mejor desde la altura.

Volar sobre el Ruhr es como esquivar el tránsito en medio de una densa niebla. En los días más soleados la visibilidad no alcanza más allá de un kilómetro y medio. La cortina de humo comienza al norte de Colonia y llega hasta los tres mil quinientos metros de altura. Se la puede ver surgiendo a borbotones desde el bosque de chimeneas que hay debajo, las que arrojan humo negro, rojizo, amarillo, blanco y anaranjado, que se combinan con el grasiento escenario en el que los metalúrgicos cocineros de las factorías preparan y remueven sus grandes peroles de metal líquido.

Aunque borroso, el paisaje dista mucho de carecer de colorido. Uno advierte incesantemente el espectro de los distintos colores, y al observar las locomotoras de vapor que hay en tierra (como el carbón es tan abundante, no se las ha transformado en Diesel), se recibe la impresión de que se ha visto la escena anteriormente. Sí, veinticinco años antes, cuando el Ruhr recibía el nombre de Callejón Antiaéreo, todos los aviadores aliados llevaban cámaras de cine sincronizadas con sus ametralladoras. Esos encuadres se han reproducido en millares de películas y documentales —el disparo rasante del avión alemán se ha convertido en un clisé cinematográfico—, pero todos son en blanco y negro, y al contemplarse realmente ante el escenario, uno se da cuenta, vívidamente del pardorrojizo tono de los altos hornos de Krupp, que con su forma de botella se alzan en Rheinhausen, sobre la orilla izquierda del Rhin; del vivo azul de los canales que serpentean transportando sus barcas en forma de escarabajo por los alredores de Duisburg; de los rojos fogonazos que aparecen en el gran patio de maniobras de Hamm, cuyos aledaños están aún señalados con los cráteres de las bombas; de las plantas de hormigón, de color amarillento; de las biliosas neblinas que ascienden en espiral de las torres octogonales de enfriamiento, que situadas junto a cada fundición, parecen extraños gasómetros. Nada hay gris del todo. En Kettwig el castillo de August Thyssen posee un tono cerúleo, y en Essen, sobre la orilla norte del Ruhr, la dispersa masa de Villa Hügel, de los Krupp, tiene manchas de color canela.

Pero lo que más sorprende es el verde. Y resulta más extraño porque allí abunda bastante. Por la superficie del centro neurálgico del Ruhr uno esperaría ver un gigantesco complejo de talleres y cobertizos, cruzado por callejas mezquinas y rodeado de lúgubres suburbios. Cierto es que hay bastante suciedad. Las ciudades de Wanne-Eickel, Castrop-Rauxel y Gelsenkirchen resultan sórdidas, casi de novela de Dickens. *Gelsenkirchener Barock* es un término alemán que indica el pésimo gusto. Pero también hay campiña. En realidad, sólo una décima parte del Ruhr se halla congestionada, y la mitad del total son terrenos de cultivo. Si bien rara vez se le puede considerar como un lugar atrayente —Mirabeau calificó una de sus zonas de «*froide, stérile, d'un aspecto hideux*» (32)—, una buena parte es genuinamente rural. Espesas masas boscosas separan las poblaciones vecinas; aparecen praderas pobladas de ganado. Entre Herne y Lünen, dominando a Dortmund, hay florecientes fincas cuyos

propietarios son los terratenientes aristócratas de Westfalia. Aquel suelo es rico en algo más que en minerales. Antes de que el Ruhr se convirtiese en una gema industrial, había sido ya una rica zona agrícola, y las orillas del mismo río están festoneadas de irisadas frondas.

A decir verdad, tan favorecido se ha visto el Ruhr por la Naturaleza, que su violenta historia no puede atribuirse a la tierra. En pocas comarcas del mundo se han mostrado las fuerzas naturales tan generosas. No sólo es un lugar opulento y feraz, sino que su posición, en la encrucijada de las rutas comerciales de Europa, la convirtieron en un imán para el comercio de todo el continente hace ya seis siglos, y al volar sobre las grandes ciudades a trescientos metros de altura, se puede ver fácilmente el desigual trazado de las callejas medievales.

Esas ciudades son las que repetidamente atraen nuestro interés y nos fascinan, puesto que allí, aunque desvencijada y embrollada, pero también imponente, reposa la majestad del Ruhr. No hay nada de pastoral, en estas ciudades; la fábricas se alzan como catedrales entre la luz reflejada, y si con la avioneta se desciende unos metros, la atención se siente atraída por el intrincado conjunto que aparece bajo las alas, no tardando en olvidarse el idílico panorama que se ha dejado atrás. Se recibe entonces una abrumadora impresión del poderío teutónico. Aunque el Ruhr fabrica hoy productos de paz, cualquiera que recuerde los tiempos pasados sentirá una vaga inquietud. La misma distribución de los centros claves resulta amenazadora. Sobre un mapa parecen sugerir la sombra de un gigantesco lobo Fenris, hijo de Loki y de la gigante Angurboda y hermano de la serpiente Mitgard (*). El demoníaco lobo estaba atado a un mágico cordón, hasta que logró soltarse para devorar a Odín, cuya silueta aparece sobre el mapa más hacia el este. Hamm es el ojo, Recklinghausen la oreja, Dortmund la boca, Bochum el cuello. Wuppertal y Solingen forman la pata delantera, Mülheim y Düsseldorf la trasera. Rheinhausen es la cola, Gelsenkirchen, Bottrop y Duisburg son el corcovado lomo. Y el corazón es Essen.

El *Ruhrgebiet,* tal como lo conocemos, apenas tiene un siglo de antigüedad. Los armenios ya producían hierro forjado hace tres mil años, y el alto horno apareció en Europa hacia el final de la Edad Media. La industrialización llegó tarde a Alemania, sin embargo; pero cuando llegó la sacudida fue estremecedora, por razones hondamente arraigadas en la propia historia de la nación (33).

La feracidad del Ruhr es la clave de esas razones. Incluso hoy día los bosques frondosos caracterizan a buena parte de Alemania, y en el amanecer de la Europa culta, todo el país era una enorme selva. Para los romanos el bosque hercíneo era una maravilla. Al este del Rhin se extendía sin límites, oscuro, denso y aterrador. César habló con los germanos que habían viajado a través de él durante dos meses, sin percibir un solo claro de luz solar. Tácito estaba amedrentado ante su vastedad, sus impenetrables marjales, sus crudos inviernos, cuando la niebla los cubría y mojaba como un sudario.

El Rhin fue la avanzada de César, y las tierras situadas más allá nunca formaron parte realmente de su imperio. En la Galia había carreteras por donde las legiones podían avanzar, conquistando lo que más tarde sería Francia, y dándole su primera cohesión política. Pero en la insondable espesura del este, tal empresa resultaba imposible, y así es como se produce el comienzo de una cadena de acontecimientos desdi-

(*) Animales y personajes de la mitología germánica. (N. del T.)

chados. Es notable que el altar romano más antiguo que se conoce en el actual Bonn, sobre la margen izquierda del Rhin, fuese dedicado por los resentidos legionarios de César a Némesis, la diosa de la venganza. Alemania, al mantenerse disgregada, no llegó a constituirse en un Estado nacional durante la Edad Media. Era, según escribió Will Durant, «no una nación, sino un nombre». La Guerra de los Treinta Años la despojó de su Renacimiento. *Obrigkeit,* la autoridad, se mantuvo en manos de unos trescientos príncipes independientes (en parte alguna esta fragmentación fue más acentuada que en el Ruhr), los cuales suprimieron el nacionalismo que a medias había surgido durante la Revolución Francesa, y el estrangulado liberalismo de 1848. Entonces Prusia, «la célula germinal del Reich», como la llamó Hitler, impuso su fuerza marcial sobre el disparatado mosaico de estados, logrando una unidad sin democracia. El resto de la desapacible historia ya nos es familiar: la falta de tradición parlamentaria hizo del Reichstag una farsa, destruyó la República de Weimar, y aún provoca temores hoy día en Bonn (34).

Pero la política es sólo un síntoma. El primitivo bosque tuvo un profundo efecto sobre el mismo pueblo, y puede ser la clave más importante del comportamiento de los germanos. Ya en el siglo II de nuestra era, un centenar de años antes de que los franceses fueran conocidos como francos, Tácito les advertía: «Por vuestro bien, no por el nuestro, debemos vigilar la barrera del Rhin contra los feroces germanos, que siempre han intentado, y no dejarán de intentar, cambiar la soledad de sus bosques por... Galia.» El historiador romano se sentía tan desagradablemente impresionado por la morada de las tribus teutónicas, que llegó a la conclusión de que siempre habían vivido allí: «Nadie que esté lejos de los peligros de un mar temible y desconocido, habría abandonado Asia, Africa o Italia en busca de Germania. Con su salvaje escenario y su áspero clima, no resulta placentera para vivir ni para visitar, a menos que sea ya la misma casa de uno.» (35).

Fue ésta una originalidad de Tácito, y como los alemanes eran entonces iletrados, no pudieron responder. Sin duda se habrían sentido insultados, ya que el amor a los sonidos del bosque es una ansia constante a lo largo de la historia teutona. Dad una tarde libre a un alemán, y empaquetará la comida, reunirá a su familia, y le veréis esfumarse entre los árboles. Cierto es que los primitivos arios habrían podido emigrar, de haberlo deseado. Hasta el mismo Tácito se sentía impresionado por ellos, y les consideraba como nobles salvajes y guerreros denodados. Todos los relatos de la época están de acuerdo en que eran de constitución fuerte y esbelta, con tez blanca y cabellera castañorrojiza (*). Se cubrían con pieles de animales salvajes, y empuñaban hachas, o lo que ellos llamaban *frameae* —jabalinas—, siendo leales únicamente a sus jefes. Al mirar hacia atrás desde la perspectiva de la Inglaterra del siglo XVIII, Edward Gibbon observó que «los bosques y pantanos de Alemania estaban poblados por una intrépida raza de bárbaros» que «se deleitaban con la guerra», que «extendían el terror desde el Rhin a los Pirineos», y que «por su pobreza, bravura, obsesión del honor y primitivas virtudes y vicios, eran una fuente constante de ansiedad». Terminaba diciendo: «Los germanos desdeñan al enemigo que parece desprovisto bien de poderío, o tal vez de inclinación a ofenderles.» (36).

Viriles, sentimentales, inseguros y melancólicos, desconfiados para con los extranjeros y ya entonces con temor a verse cercados por el enemigo,

---

(*) En el **Nibelungenlied** se describe el cabello de Sigfrido como «de rojizo dorado, suave y cayendo en grandes ondas». Tácito afirmó que todos los alemanes tenían «fieros ojos azules, pelo rojizo y alta armazón». Según comentaba, habían mantenido su raza «incorrupta». En resumen, eran arios.

(*Einkreisungspolitik*), los antiguos germanos evolucionaron hacia una organización tribal cuyos componentes sólo se sentían felices con sus propios *Volk* (familiares). Para el antiguo alemán, Germania se convirtió en una especie de sociedad secreta comunal. Lo peor que podía sucederle era que le enviasen al exilio, o según su propia frase, «ser un lobo en lugares santos». Con el tiempo su perspectiva se vio complicada con una nueva religión, y especialmente por la ética protestante. Pero siguió llevando con él los ancestrales ritos tribales, como el de los germanos de Moravia, que encendían sus hogueras en la cima de las colinas durante la víspera del que hoy es día de San Juan, o bien el del moribundo jefe teutón que pronunciaba una arenga de despedida a su pueblo, y que luego se inmolaba ceremoniosamente en una hoguera, frente al roble sagrado (37).

Y siempre existía la acción recíproca entre la luz y la oscuridad. En torno a la oscilante lumbre todo resultaba familiar. Allí retozaban los amantes, los muchachos aprendían a combatir sin misericordia, y los hombres fuertes gobernaban con la ley del garrote (*das Faustrecht*). Pero afuera, en la densa espesura, entre los salvajes seres lobunos, a la luz de la plateada luna, se extendía lo desconocido. Fuerzas hostiles actuaban allí; los *Volk* se apretaban unos contra otros mientras las llamas susurraban quedamente y las sombras torturadas iban creciendo; hombres lobos se agazapaban debajo de las retorcidas copas de los árboles; trasgos y hechiceros se daban festines con corazones de serpientes; se transformaban las diabólicas mujeres en animales viscosos que copulaban con sus propios hermanos, y en una cueva, Brunilda soñaba con el fétido olor de las hachas teñidas de sangre.

Así nacieron los mórbidos temas que han atormentado al alma gótica desde siempre: el sueño de orgía, el deseo de la muerte, la fascinación de lo grotesco, la convulsión emotiva, el exaltar lo que un desconocido poeta germano de la Edad Media llamó «arrogante orgullo... y temible venganza» (38). Las oscuras imágenes son emocionantes; en el siglo XX éstas se han hecho tan familiares al resto del mundo como los fantasmas de una pesadilla que vuelve. Cada tribu tenía su propia versión supersticiosa, y como todo ello estaba arraigado desde épocas más antiguas que la historia escrita, no se vio amenazado por la aparición de la Cristiandad. Las formas más groseras de barbarie han demostrado ser extraordinariamente duraderas. La matanza de las hembras recién nacidas que no se querían como descendencia, ha persistido hasta el siglo XI. Durante el siglo XVIII varios cientos de miles de alemanes fueron ajusticiados por hechicería. Y en cuanto a los torneos teutónicos, nada había de caballeresco en ellos. Su único objeto era realizar una carnicería. El caballero se inscribía en las listas decidido a matar tantos oponentes como pudiese. Así, durante una justa medieval realizada cerca de Colonia, más de sesenta contendientes perecieron. La conversión a la doctrina de Roma fue decepcionante. Lo viejo y lo nuevo se fundían, sencillamente, en un todo. Con el tiempo, los germanos adornaron la fiesta de la Natividad con pintorescos símbolos paganos (principalmente el árbol de Navidad), y en algunas comunidades la leyenda pagana local fue transformada en un cuento cristiano.

Eso mismo ocurrió en el Ruhr. Al finalizar el siglo VIII, cuando Carlomagno conquistó la ciudadela que coronaba la colina situada al sur de Dortmund, un grupo de monjes cruzó el río Ruhr desde Essen y fundó la abadía de Werden, cuyas paredes románicas aún siguen en pie. Cincuenta años después los cristianos entraron en el propio pueblo de Essen y alzaron un convento, que también ha perdurado hasta hoy, junto con varias cruces procesionales y un antiguo candelabro de siete brazos. El

primer obispo llegó allí en el año 852, pero la leyenda milenaria de su llegada más bien parece bíblica. En la infiel *Vorstellung* los duendes y espíritus suelen bailar en un valle encantado, cuando el rubio héroe aparece de pronto saliendo de los bosques. Así ocurre en esta fantasía. El «rústico y salvaje pueblo» está en «plena naturaleza, entre cuatro marjales y protegido por impenetrables espinos y rumorosos arbustos».

Entonces hace su aparición sobrenatural una figura con apariencia divina, y de improviso los demonios son rechazados y las tierras florecen. La deidad dice a sus *Volk* que dejen de adorar a los falsos ídolos, y las gentes le obedecen. En lugar de ello le veneran a él, con gran provecho de todo el valle del Ruhr. Esa extraordinaria divinidad es el prelado; pero esto es sólo un gesto hacia la cruz. La deidad pudo ser, incluso, un caudillo de la época anterior al cristianismo. Hasta su mismo nombre parece más significativo que su fe. En el mito de Essen se le llama realmente Alfried (39).

1

La ciudad amurallada

El primer Krupp procedía de los bosques. Se llamaba Arndt, y nada se sabe en concreto acerca de sus antecedentes. Los investigadores sobre los orígenes familiares sugieren que descendía de unos holandeses llamados Kroppen, o Krop, que habían vivido en el bajo Rhin durante el siglo anterior. En Gendringen aparecen referencias sobre esta familia en 1485, 1522 y 1566. Pero cualquier relación entre ellos y Arndt resulta una pura especulación. Igual podía haber nacido de los lomos ardientes de un dragón. Lo único que sabemos con seguridad es que en enero de 1587 inscribió su nombre en el Registro de Mercaderes de Essen, y hasta eso tuvo que confirmarse, pues su caligrafía era espantosa. La firma bien podría leerse indistintamente como Krupp, Krupe, Kripp o Kripe. A decir verdad, sus propios conciudadanos la descifraron de cada una de esas maneras hasta bien entrado el siglo XVII, cuando sus descendientes establecieron la forma actual (1).

Todo esto resulta poco convincente. A pesar de ello, no debemos desconfiar por completo de los antecedentes familiares, en lo que a Arndt se refieren. Si bien no pueden citarse documentos, sin embargo es posible hacer unas cuantas deducciones bien fundadas. Aun descartando lo prodigioso, no hay duda de que era un hombre de recursos. Muy pocas veces ocurría que un muchacho harapiento entrase en una ciudad medieval para convertirse en un burgués lujosamente ataviado. En esa época, los pobres casi se veían imposibilitados de mejorar su situación. No sólo la sociedad les disuadía de dar tal paso, sino que el campesino típico carecía de los recursos personales necesarios, pues era un palurdo analfabeto que escasamente empleaba seiscientas palabras del vocabulario alemán (2). Por consiguiente, y pese a lo deficiente que fuera la caligrafía de Arndt, el mero hecho de firmar le convertía ya en una persona de cierta categoría. Por otra parte, nunca hubiera podido ingresar en el Gremio de Mercaderes, de no haber alcanzado cierto grado de influencia, pues no se admitía a los insolventes.

De nuevo, y aunque los archivos no nos indican otra cosa que un personaje sin rostro, no resulta arriesgado aventurar algo acerca de la apariencia física del primer Krupp. Es casi seguro que no poseía la angulosa delgadez de los últimos Krupp. Arndt era un comerciante alemán del siglo XVI, y conocemos bastante acerca de las costumbres de aquellas gentes, que fueron sobre todo unos glotones empedernidos. La amplitud

del cinturón era símbolo de prosperidad, y el hombre que al comer aventajaba a sus vecinos, era admirado en cualquier parte. Uno de esos gargantúas devoró una vez treinta huevos, una libra de queso y gran cantidad de pan, de una sola sentada. Pero en seguida se murió, y entonces le hicieron héroe nacional. Las comidas que duraban siete horas no eran extraordinarias. Se ha estimado que las gentes de buena posición se pasaban la mitad del tiempo que estaban despiertas, bien masticando o bien defecando. En tales circunstancias, sólo un metabolismo deficiente podía evitar que un hombre rico fuera decididamente obeso.

Así, pues, en nuestra imaginación, Arndt hace su entrada con dimensiones elefantinas. Nos hallamos a fines del siglo XVI, y el Essen de los días de Carlomagno ha cambiado considerablemente. En el siglo X, la población se convirtió en ciudad. Desde entonces, como miembro de la Liga Hanseática, llegó a tener cinco mil habitantes. La que hoy nos parece diminuta, era en realidad una de las mayores y más densas urbes de la Europa de entonces. La Liga Hanseática estaba ya en declive desde hacía algún tiempo. Su ciudad clave, Lübeck, se hallaba agotada después de una prolongada guerra con Suecia (1563-1570); los puertos holandeses prosperaban y había quedado abierto al comercio el Atlántico, que indudablemente superaba a los ríos alemanes. De todos modos, Essen continuaba progresando. Vista desde lejos, su apariencia es la de un exuberante cuadro de Brueghel. Por encima de sus almenadas murallas, de diez metros de alto por otro tanto de ancho, las torres y espiras se alzaban como agujas contra el cielo, y debajo de ellas se extendían los techos angulosos de las mansiones de los mercaderes, casi todas ellas de cinco pisos y construidas con pesadas vigas entre las cuales el material era argamasa y barro cocido.

Observado de más cerca, sin embargo, Essen era mucho menos agradable. Todo pie cuadrado dentro de las murallas tenía su valor. Aparte de la plaza del mercado, había poco espacio para desahogarse. Hoy día, cuatrocientos años después, la plaza aún se encuentra en el centro de Essen, y cerca de ella están las venerables paredes de la Casa Consistorial, la milenaria catedral y el no menos antiguo Marktkirche. Resulta difícil captar hoy el espíritu de la época en que esos edificios fueron construidos, tal es la cantidad de modernas casas de pisos y de paredes de cristal que hay por los alrededores, pero las sesenta manzanas que se hallan dentro del ovalado término de la ciudad antigua, resultan muy sugerentes. En los tiempos de Arndt, las cosas andaban mucho peor. Las casas se apoyaban unas en otras como borrachos; los pisos superiores sobresalían, oscureciendo la calleja a la que se asomaban. Los animales domésticos vagaban libremente por la calzada empedrada, y de vez en cuando un incendio aterrador devastaba la comunidad. A pesar de las murallas, los lobos se las arreglaban para penetrar en la ciudad. La noche significaba peligro, por lo que al oscurecer soplaban los cuernos del toque de queda. Nadie dejaba su hogar en esas horas, mientras pudiese, ya que los salteadores aguardaban afuera —las cadenas que atravesaban las bocacalles para detenerles no tenían utilidad—, y los tímidos burgueses escuchaban con ansiedad el sonido metálico del bastón del sereno, que lanzaba su lúgubre exhortación: «¡Rogad por los muertos!»

Bien podían haber hecho algo más que rogar. Los lobos y los ladrones eran sin duda graves amenazas, pero nadie veía al peor enemigo: la ausencia completa de medidas sanitarias. Ninguno se daba cuenta del peligro que suponía arrojar las aguas sucias por la ventana, ni dejar que se pudriesen en las murallas los judíos lapidados. Así, las familias adineradas procuraban aliviar la fetidez de los detritus humanos con pétalos de rosa y lavanda, mientras se dedicaban a sus menesteres. Y lo

inevitable se producía. Las enfermedades se presentaban una y otra vez. Se atribuían las epidemias a la falta de piedad; se hacían algunos actos de contrición, y el ciclo volvía a producirse sin beneficio para nadie. Arndt Krupp era una excepción, y fue su genio el que entrevió la forma de sacar provecho de una epidemia. Doce años después de su llegada se había establecido en un edificio situado frente al mercado de la Sal, de Essen, cuando estalló la peste bubónica. Las plagas del verano eran la pesadilla más terrible de la vida medieval, y sus arribadas a Essen eran particularmente temibles. Las casas en que aparecía un enfermo quedaban en cuarentena, y las gentes sanas que estaban dentro tenían que irse consumiendo con los apestados. Hombres delirantes, al ver en ellos la señal de la enfermedad, perseguían a las mujeres y las violaban en sus estertores finales. Por la noche, los carromatos llenos de cadáveres chirriaban en las calles. Fuera de las murallas, individuos borrachos y medio locos hacían rodar los cadáveres desnudos hasta las fosas comunes. La ciudad apestaba con el olor de los vómitos, orines y excrementos. Los funcionarios del municipio huían, y en muchos barrios no quedaba nadie que pudiera quejarse. Según una crónica de la época, calles enteras parecían cementerios, «en su triste deserción» *(in ihrer betrübenden Einsamkeit)*. Conforme aumentaba la pestilencia, el pánico iba extendiéndose por todo Essen. Los hombres vendían sus propiedades por lo que les quisieran dar, y se marchaban a divertirse por última vez. Arndt, seguro de que sobreviviría, compró grandes extensiones de «jardines y prados» *(Gärten und Trifte)* fuera de los muros de la población, propiedades que aún siguieron formando parte del imperio familiar cerca de cuatrocientos años más tarde (3).

Calificarle de adivino habría sido absurdo. Invocado a través de las brumas del tiempo, el primer Krupp sólo se nos aparece como un astuto oportunista dotado de buen ojo para apreciar la mejor ocasión que se le presentaba. Si bien ingresó en el Gremio de los Herreros hacia el final de su vida, no se aprecia signo alguno de que tuviera pensado establecer una dinastía industrial. De haber sido así, hubiera actuado de otra forma. Durante muchos años, los mineros habían enviado en lanchas los cargamentos de carbón por el Rhin abajo, hasta las regiones bajas. Arndt ignoró el sino familiar. De igual modo, tampoco se unió a los que utilizaban las aguas, en las colinas situadas al sur del río Ruhr, para impulsar sus martillos y fuelles, convirtiendo el mineral de hierro en hierro forjado. Los fuelles eran ahora lo suficientemente grandes como para fundir el mineral para el moldeo, ya que el bronce siempre ha sido moldeado, y en los talleres de Solingen, catorce millas más abajo de Düsseldorf, los armeros templaban y pulían las hojas para las espadas de los caballeros germánicos.

Arndt nada tenía que ver con todo eso. El no era armero, sino comerciante. En una ojeada retrospectiva, le vemos ante su casa del Salzmarkt, avanzando pesadamente con sus amplias vestiduras y su sombrero de fieltro duro y ala ancha, para escuchar las campanas madrugadoras del Rathaus y hacer un saludo con la cabeza a los conocidos de la plaza, el sereno, el amanuense y el verdugo de la ciudad. Arndt va vestido con lino y fieltro, y como ciudadano prominente que es, en ocasiones se cambia de ropas. Sus vecinos le conocen como un activo luterano, razón por la cual seguramente tuvo que inmigrar a la ciudad. Si bien Essen está regido nominalmente por la abadesa del convento —donde habitan monjas benedictinas—, a la cual disgusta la presencia de protestantes, es igualmente importante, y no menos raro, el hecho de que la abadesa desdeñe el comercio. Como mercader, Arndt es miembro de una clase floreciente y discutida. La mayor parte de los eclesiásticos

desconfían del crudo materialismo imperante. Uno de ellos se queja de que las gentes sólo parecen interesadas en el amor carnal y por el dinero. Otro se lamenta de que «hoy en día, ¡ay, cielos!, los hombres honran al rústico adinerado antes que a los nobles empobrecidos, sin razón; el individuo está condenado, si no tiene posesiones, sean cuales fueren sus conocimientos o méritos» (4).

Pero Arndt tiene posesiones. Tal vez sea un rústico, pero es un negociante. De todos modos, al pensar en él, no debemos considerarle como el tipo de negociante que conocemos hoy. El personal que está a sus órdenes es escaso. Lo cierto es que apenas necesita ayuda ajena en sus tareas. Casi inmediatamente después de su llegada a Essen, contrajo enlace con una tal Gertrud von der Gathen, que rápidamente le proporcionó cuatro avispados chiquillos. Estos crecieron aprendiendo a cuidar del negocio, pues aunque su comercio (principalmente de ganado, vino y licores) hicieron de Arndt uno de los hombres más ricos de la ciudad, no tiene una tienda establecida. Todos los tratos se llevan a cabo, bien en el piso bajo de su casa, o en la calle, ante la vivienda. En resumen, es un empresario típico del medievo. En esas comunidades de tiendas pequeñas e industrias incipientes, los mercaderes forman una estrecha oligarquía. Son dueños de las calles, organizan las ferias, se preocupan de que las murallas estén en buenas condiciones, y de que la judería sepa estar donde le corresponde. Hasta los funcionarios son nombrados por ellos, y por tal razón los eligen entre sus familiares. La camarilla gobernante es, en realidad, un círculo cerrado, y sólo puede atribuirse el rápido encumbramiento de Arndt hasta los niveles elevados, a su extraordinaria suerte cuando la epidemia.

Este no es sólo un cuadro descriptivo del Essen de 1600, sino de la ciudad durante buena parte de los doscientos años siguientes, hasta la erupción de las revoluciones políticas y económicas a fines del siglo XVIII. Hoy, nuestro tiempo se ha hecho tan flexible que nos resulta difícil comprender el inmovilismo de la civilización en la Europa central por aquellos días. Casi estaban al margen de las mareas culturales de la época. Por todas partes, la Edad de la Razón amanecía e iluminaba nuevos horizontes para el hombre. Pero hasta aquí sólo llegaban vagos rumores entre la oscuridad. Las prolongadas centurias se dilataban inertes, silenciosas y rígidas. Morían los príncipes, y bandas de mercenarios iban y venían; pero la sociedad, y especialmente la mercantil, permanecía quieta. Disciplinada, imperturbable, hostil a los cambios, celosa de sus privilegios, la clase de los mercaderes producía generación tras generación, cada una igual que la anterior. Las fortunas personales subían o bajaban, mas el límite del éxito o del fracaso estaba drásticamente limitado. Ni siquiera un desastre nacional podía conmover demasiado el orden establecido.

La Guerra de los Treinta Años fue una calamidad nacional. Entre 1618 y 1648, Alemania sirvió como sangriento campo de maniobras para cinco ejércitos extranjeros: daneses, suecos, españoles, franceses y bohemios. Por todas partes, los poblados eran destruidos, y se calcula que perecieron entre una y dos terceras partes de la población. En algunos lugares devastados, la gente sobrevivió únicamente recurriendo al canibalismo. Las madres devoraban a sus pequeños; grupos hambrientos cortaban trozos de los cadáveres que, aún calientes, pendían de los patíbulos, y desgarraban la carne con los dientes. Essen, como encrucijada natural de las llanuras de Hellweg y de Westfalia, se hallaba en el centro de aquel horror. Además, la guerra era de carácter religioso, y la abadesa gobernante de Essen, María Clara von Spaur, abandonó toda tolerancia hacia los reformistas y denunció la ciudad como herética a los españoles.

El que los Krupp hayan sobrevivido a aquellos años ya resulta asombroso. Y lo más singular es que casi no parecieron afectados por la tragedia. Arndt expiró en 1624, después de haber invertido parte de su dinero en una lápida para su tumba, piedra que procedía de la cantera pública. El año anterior, su hijo Georg había muerto junto con su joven esposa. En los archivos de la ciudad se atribuye el deceso de ambos a una epidemia. Las hermanas de Georg, Katharina y Margarethe, sobrevivieron a la matanza y criaron sus propios hijos. Es de notar que Katharina, al casarse con Alexander Huyssen, vinculó a los Krupp con otra futura familia de Schlotbarone. Llegó ella a vivir ochenta y ocho años, medio siglo más que su marido, y acumuló una fortuna independiente de bienes inmuebles (5).

Lo más interesante de todo, sin embargo, fue la carrera del otro hijo de Arndt. Anton Krupp es uno de los miembros de su generación que no resulta una incógnita. Aunque fragmentarias, las crónicas nos lo presentan como un hombre de ingenio, y también tenaz. En una ocasión le impusieron una fuerte multa (*) «por apalear al doctor Hasselmann en la calle» (*weil er Dr. Hasselmann auf der Strasse geschlagen hat*). En 1612 se casó con Gertrud Krösen. El mayor de los Krösen era uno de los veinticuatro armeros de Essen. Anton adoptó entonces el oficio de su suegro, y durante la guerra vendió un millar de tubos para armas por año. Nada sabemos de la clase o el calibre de esas piezas para armas, y tampoco estamos seguros de quiénes fueron sus clientes. En 1641 aparece en una nota del concejo ciudadano como «nuestro patriota y señor altamente honorífico», el noblemente herr Anthon (sic) Krupp *(unsern hoschgeehrten Herrn Patriot, den Markischen Ritterbürtigen Herrn Anthon Krupp)*, lo que indicaba cuánto había prosperado. Es de imaginar que sus fondos debían proceder de los caudales familiares. Pero la fuente e importancia de los ingresos de Anton carecen de significación; si éste nos interesa es porque fue el primer miembro de la dinastía que comerció con armas, y porque entró en el negocio en fecha tan temprana. Después de él se produce una gran laguna, y la siguiente transacción bélica no se registra en los libros familiares hasta la época de Napoleón. De todos modos, allí lo encontramos: un Krupp vendiendo armas en el Ruhr tres siglos antes de Verdún, tres siglos y cuarto antes de Stalingrado. Como un fogonazo en el lejano horizonte, el acontecimiento resulta proféticamente amenazador (6).

Mediada la centuria, la Paz de Westfalia terminó con la agonía germana. Francia, siguiendo fielmente los designios de Richelieu, se convirtió en el poder dominante de Europa, mediante uno de esos triunfos galos que los alemanes nunca podrán olvidar. Por el momento, las querellas tribales debían quedar arrinconadas. Surgía ahora la gran necesidad de reconstruir, de recuperar las fuerzas perdidas. En Essen, la familia que más tarde debía desempeñar un papel tan espectacular en la revancha nacional, volvió a abrir su tienda del Salzmarkt y extendió sus mercados. Por fin, la ciudad comenzaba a florecer de nuevo. Las últimas tropas extranjeras se marcharon, gracias al pago efectuado por la oligarquía mercantil. Una nueva abadesa presidía el convento, y en el Rathaus (Ayuntamiento), un joven empleado llamado Matthias Krupp se hacía cargo del puesto de secretario.

Matthias era el hijo de Georg. Huérfano a los dos años, se caracterizó por su implacable carácter conservador, tan frecuente en los hombres que han vivido en tiempos de desorden, y con él, los Krupp entraron en un

(*) La multa fue de diez táleros, que, traducidos al poder adquisitivo moderno, suponían unas siete mil pesetas.

período anodino. Ya en su tercera generación en Essen, éstos se han convertido en patricios locales. Imperturbables y solventes, son miembros estables de la sociedad, unos ciudadanos característicos. Ya no existe la menor confusión sobre el apellido de la familia, que se escribe grande y claro en gruesa caligrafía. Las epidemias ya no afectan a los Krupp, y nadie pierde la paciencia y apalea a un doctor Hasselmann en la calle.

Como verdaderos próceres, se convierten en propietarios. El impulso de reunir propiedades no es nuevo en ellos. Arndt y Katharina han sido ejemplos destacados de esto. Pero ahora la afición llega a convertirse en una manía. Comenzando con Matthias, que adquiere los hermosos prados situados al este de la muralla, que más tarde darán asiento al núcleo de la gran factoría dinástica de cañones, cada uno de los Krupp sucumbe, a su vez, al deseo de tener más *Lebensraum.* Por fin tienen casi todo lo que vale la pena poseer. Hacia su sexta generación, un cronista adulador les describía como «reyes sin corona de Essen» *(Essens ungekrönte Könige)* (7).

Es muy probable que quien escribiera esto fuese un Krupp, ya que entre otras cosas, la familia dominaba en el municipio de la ciudad. Fue esta una de las tendencias establecidas por Matthias. Al acaecer su muerte, en 1673, dejó Matthias tres hijos. El mayor, Georg Dietrich, sólo tenía dieciséis años, pero la familia era tan poderosa que el puesto de secretario del Ayuntamiento quedó vacante hasta su mayoría de edad. Georg Dietrich utilizó los sellos de secretario durante sesenta y cuatro años, y cuando murió, el cargo pasó a uno de sus sobrinos. Mientras tanto, el segundo hijo de Mattias alcanzaba el puesto de *Bürgermeister* (*), y el tercero se aplicó al comercio, abriendo un negocio de tejidos y sosteniendo el orfanato de Essen.

En 1749, los Krupp detentaban ya los atributos municipales desde hacía exactamente un siglo, por lo que decidieron dar una fiesta para celebrarlo. Pero no fue un acierto, y las perspectivas no se presentaron luego tan brillantes como parecían. La dinastía daba la sensación de estar perdiendo empuje. De los tres hermanos, sólo el *Bürgermeister* Arnold Krupp dejó hijos. Eran dos, y ambos resultaron decepcionantes. El nuevo secretario del Ayuntamiento, Heinrich Wilhelm Krupp, se dedicó a la minería, lo perdió todo y tuvo que vender algunas propiedades para pagar sus deudas. El matrimonio de Heinrich no dio frutos. Con ello, la prolongación de la línea familiar quedó directamente a cargo de su hermano, Friedrich Jodocus Krupp, el cual nunca llegó a ser persona importante en el gobierno ciudadano, y bajo su poca inspirada dirección, los negocios familiares abarcaron poco más que una gran tienda de comestibles. De todos modos, se las arregló para no quebrar; así mantuvo las posesiones familiares, y en 1737 trasladó la tienda a un local imponente situado en la esquina de Limbeckerstrasse y el Mercado del Lino. Pero lo más importante es que engendró un hijo.

En esto último estuvo a punto de fracasar. Su primera mujer había muerto sin descendencia. A los cuarenta y cinco años era un viudo sin vástagos, y parecía condenado a ser el último de los Krupp. Pero en 1751 la dinastía se halló ante una nueva oportunidad, y Jodocus se casó con Helene Amalie Ascherfeld, de diecinueve años de edad.

Como los alemanes son fanáticos de lo masculino, hay una tendencia a ignorar el papel que las mujeres de la familia Krupp desempeñaron en el establecimiento y la conservación de la primacía de la estirpe. A lo largo de todos esos años apacibles, hermosas herederas iban añadiendo algo a la fortuna familiar; sus descendientes se mantuvieron apegados al

(*) Bürgermeister: alcalde en las ciudades alemanas. (N. del T.)

Ruhr, y en el siglo siguiente contribuyeron con su riqueza y talento a aumentar el brillo de la estirpe. Helene Amalie tuvo otra distinción. Sin duda alguna fue la Krupp más fuerte de su generación. Habría sido incorrecto decir que aportó nueva sangre al linaje (Arndt Krupp fue su tatarabuelo), pero en cambio sí introdujo un estilo del que sus primos tristemente habían carecido. Era ella sagaz, enérgica y laboriosa. Y también fecunda. Aunque a Jodocus sólo le quedaban seis años de vida cuando se casó, Helene Amalie no necesitó más que un año, pues quedó embarazada casi inmediatamente.

El hijo, Peter Friedrich Wilhelm Krupp, sería un elemento de transición. Toda su vida se deslizó a la sombra de la madre, a la que sirvió como contable. Mientras la viuda Krupp (Witwe Krupp) ampliaba la tienda del Mercado del Lino, abriendo una carnicería, un departamento de pinturas y otro de vestidos, su hijo perdía el tiempo en la asociación de tiro local y honraba la memoria de sus antepasados sirviendo en el concejo municipal. A los veintiséis años contrajo enlace con una joven de Düsseldorf. A los cuarenta y dos fallecía, y su madre comenzó a iniciar al nieto, que entonces sólo tenía ocho años, en los secretos del comercio.

Aquellas gentes cada vez se volvían más misteriosas. El Ruhr no había alcanzado aún el umbral de su grandeza, pero ya se estaban haciendo notables descubrimientos acerca del mismo. Sus habitantes comenzaban a descubrir las aplicaciones del alto horno. El uso de este artefacto se había extendido lentamente, y había grupos que exploraban regularmente los bosques para extraer el mineral de hierro. Pese a sus impurezas de azufre y fósforo, el mineral era allí abundante, y los fundidores trabajaron en el mismo bosque, usando los árboles para obtener carbón de leña, que, según habían aprendido, unido al oxígeno del mineral a altas temperaturas, despojaba al hierro de sus óxidos. El calor necesario se generaba de distintas formas. Al comienzo, los fundidores encendían sencillamente una hoguera en la cima de una colina, para que el viento aventara las llamas. Comprendiendo que el fuelle impulsado por una corriente de agua era mucho más eficaz, se trasladaron a las orillas de los riachuelos que desaguaban en el Ruhr. Todo esto era muy rudimentario. El valle seguía siendo agrícola, y el hierro se utilizó principalmente para elaborar herramientas de labor. En realidad, éstas no eran lo suficientemente buenas como para venderlas a otras comarcas, y aunque lo hubiesen sido, los compradores se habrían desanimado por la increíble maraña de pequeños ríos que debían atravesar para adquirirlas. Aquel era aún un país feudal —en 1823, Essen no se había extendido todavía más allá del límite de sus murallas medievales—, y todos los propietarios de terrenos en las márgenes del Ruhr y del Rhin cobraban una tasa por las lanchas que cruzaban (8).

Sólo un comerciante sagaz podía identificar aquello como las semillas de una provechosa industria pesada en aquella esporádica y rústica actividad. Pero la viuda de Krupp era una de las alemanas más perspicaces de su época, y compró una fundición al norte de Essen, al tiempo que adquiría participaciones en el negocio de cuatro minas de carbón. Y aún podía llegar más lejos, ya que, según las cuentas de su hijo, la fortuna de Helene Amalie ascendía a 150.000 táleros. Tanteando el tiempo para posibles inversiones, eligió la Gutehoffnungshütte, una fundición de hierro situada en el cercano arroyo de Sterkrade. Fue una espléndida operación. Establecido en 1782, el taller pertenecía a un fundidor que, escaso de carbón vegetal, comenzó a experimentar con carbón de piedra. Para su desgracia, era un mal comerciante, y en el año 1800 tuvo que desaparecer del Ruhr para eludir a sus acreedores. La principal de éstos era Helene Amalie Krupp, que actuó rápidamente. «Como se marchó en secre-

to —escribió ella en sus libros—, su negocio fue a la bancarrota, también debido a mis fuertes reclamaciones, y así pude comprarlo en pública subasta, pagando 12.000 táleros, esto es, 15.000 táleros al cambio de Berlín, por todos los edificios, la fábrica, los derechos y la plusvalía» *(mit allen Gebäuden Rechten und Gerechtigkeiten)* (9).

Siete años más tarde, Helene Amalie designaba a su nieto Friedrich Krupp, de diecinueve años, para que dirigiese la empresa.

Una de las grandes ironías relativas a la familia reside en el nombre actual de la firma, que aún hoy figura en sus fábricas situadas en todo el mundo, como «Fried. Krupp, de Essen», ya que el heredero de la viuda fue único entre los Krupp. En once generaciones de mercaderes y directores, él fue sin duda el más incompetente.

Nacido exactamente doscientos años después de la llegada de Arndt Krupp a las puertas de la ciudad, Friedrich era el biznieto del biznieto de Arndt, y por lo tanto, tenía pleno derecho a actuar como un patricio. El problema radicaba en que la empresa era excesiva para él. Estaba a punto de convertirse en el primer industrial de verdad del Ruhr, y en su turbación fue cayendo ciegamente de desastre en desastre. En realidad, fracasaba con tal regularidad que uno puede llegar a sospechar que todo lo fingía, y que estaba desprovisto de la confianza en sí mismo que debió tener, y que, sin embargo, no poseía. Se trataba, evidentemente, de un joven sumamente contradictorio. En apariencia era dinámico, exuberante, lleno de vitalidad; pero en privado escribía en su diario: «*Ach.* estoy sentenciado a pasar necesidades... De nuestra torpeza recogemos angustia, desgracia» (*Jammer, Elend sind die Garben, die die Torheit ernten kann*) (10).

El Gutehoffningshütte iba a ser su primer fracaso. Bajo la dirección de Helene Amalie la fundición se convirtió en un negocio que rendía considerables beneficios, produciendo utensilios de cocina, estufas, básculas, y por encargo de Berlín, balas de cañón para Prusia. A semejanza de los tubos para armas de Anton Krupp, las balas de cañón suponen un fogonazo anticipador para el futuro.

Los sucesos, por aquel entonces, habían tenido en Europa mayor significación de la que podía preverse. De todos modos eran un claro signo de los tiempos. El espectro de Napoleón Bonaparte oscurecía a todo el continente. El Ruhr, a un paso de la frontera, no podía escapar al conflicto. Más allá del Elba, Prusia había comenzado a desperezarse. En 1802, Prusia, que no era «un Estado con un ejército», sino «un ejército con un Estado», según frase de Mirabeau, se apoderó de Essen y de Werden, terminando con el reinado milenario de las abadesas. Para Berlín, una fundición capaz de fabricar proyectiles era de evidente valor. La viuda de Krupp también se mostró interesada; un tálero era un tálero, al fin y al cabo. De todos modos, su intuición la hizo apartarse de la exclusiva producción a gran escala, y los seis años siguientes le dieron la razón. En 1805, Prusia volvió la espalda a sus aliados, Austria y Rusia, y llegó a un acuerdo con Napoleón. Se intercambiaron comarcas, entre ellas una parte del Ruhr, que se convirtió en el Gran Ducado de Berg, el cual pasó a manos francesas. El gobernante del ducado fue Joaquín Murat, mariscal de Francia y marido de Carolina Bonaparte, quien estableció sus cuarteles generales en Düsseldorf. En realidad, Essen no había formado parte del trato, pero el mariscal decidió apropiárselo, y a tal fin hizo avanzar sus tropas. Los prusianos, aceptando el reto, treparon por las antiguas y quebradas murallas una noche, y expulsaron a los franceses. Esto era un descrédito para Napoleón, que en público acusó a Murat

y en privado le dijo que esperase un tiempo. Tres años después se ajustaron las cuentas con la Paz de Tilsit, cuando Essen, entonces una ciudad de quince mil habitantes, fue incorporada al ducado (11).

Mientras tanto, la viuda había vuelto a fabricar cazos y sartenes. Con tantos lunáticos de uniforme a su alrededor, era lo mejor que podía hacer. Sin embargo, su nieto tenía otras ideas. Desde su niñez había estado pegado al mostrador del número 12 del Mercado del Lino, regateando sobre pequeñas ventas, y cuando Helene Amalie le mandó a la fundición, el nuevo jefe echó al veterano capataz, canceló la tediosa manufactura de utensilios de cocina y equipó las fábricas para una producción altamente especializada, como eran las piezas de motores y tuberías para vapor. Fue un paso en falso, ya que sus obreros carecían de habilidad necesaria, y la experiencia personal de Friedrich estaba limitada a la tienda de Essen. Con un solo acto había transformado una empresa que producía buenos ingresos en un negocio insolvente, y pareció querer celebrarlo contrayendo enlace, justamente en el Gutehoffnungshütte (12).

Su mujer no estaba bien preparada para la singular vida que se le avecinaba. Aún menor de veinte años, Teresa Wilhelmi había acogido la noticia de su compromiso bailando en la calle, mientras aferraba una muñeca y gritaba fuertemente: «¡Estoy comprometida!». Según parece, no estaba enterada de que su novio no era muy brillante. En aquella sociedad, la veneración hacia el que ganaba el pan de la familia era casi absoluta, aun cuando éste fuera un inepto. La nueva esposa estaba destinada a criar hijos fuertes, de los cuales tuvo cuatro, y eso era todo lo que podía esperarse de ella. Por su retrato se aprecia que era una mujer de labios delgados, con aspecto de pájaro. Tenía gesto decidido y hasta tenaz, pero no parecía inteligente, aunque el cuadro fue hecho cuando ya había llegado a la edad madura, y debía de tener alguna instrucción. Aunque hija de un comerciante, no era capaz de expresarse correctamente, y nueve años después de su boda, un cuñado de Friedrich escribía de ellos: «No son capaces de hablar correctamente el alemán, su lengua materna, y mucho menos de escribirlo» (13).

La abuela del marido de Teresa no compartía esa incapacidad. Sobre todo era diestra en leer números, y después de una ojeada a sus cuentas se decidió a actuar. Poco después de su casamiento, Friedrich cayó enfermo. Cuando se recuperó diose cuenta de que Helene Amalie había vendido el Gutehoffnungshütte a tres mineros llamados Gottlob Jacoby, Gerhard Haniel y Heinrich Huyssen. Otro nieto hubiese aprendido la lección, pero Friedrich no era de ésos. Sólo advirtió que su abuela, aprovechando su gran sagacidad, había aumentado su fortuna en 47.250 táleros, y él se puso inmediatamente a pensar la forma en que podía gastarlos. Así, pues, el 3 de agosto de 1809 le encontramos viajando a Bremen con un pasaporte firmado por Napoleón. De haber sabido Bonaparte lo que el joven Krupp pretendía, no le hubiese dejado ir más allá de la próxima cárcel. El emperador había tendido un cordón de puestos aduaneros en torno a Europa. Entre sus impuestos y el bloqueo inglés, los comerciantes del Ruhr se sentían al cabo de sus fuerzas. Friedrich von Müller, el marido de Helena, una hermana de Friedrich Krupp, se había visto forzado a fabricar sucedáneos de café, mientras que otros estaban estudiando frenéticamente las pócimas de los alquimistas medievales, en la esperanza de hallar algo que les sirviera para llenar de algún modo los vacíos que había en sus cajas de caudales. Krupp, en cambio, tomaba un camino diferente. Estaba decidido a transgredir la ley, trayendo productos de contrabando desde las colonias holandesas a Europa. Ese mismo mes de noviembre, él y sus agentes proyectaban enviar mercancías desde Ams-

terdam a Essen. Los Rothschild hubieran podido realizar con éxito la empresa, pero él no. De algún modo logró obtener 12.500 táleros de su habitualmente sensata abuela, para destinarlos al negocio. Mas los agentes, que tal vez le estaban estafando desde el comienzo, le escribieron que todo estaba perdido y que no se podía engañar a los franceses (14).

Así ocurrieron las cosas. Así le sucedían siempre a él y, sin embargo, ahora podría jugar fuerte. El 9 de marzo de 1810 murió Helene Amalie a los setenta y nueve años. Bien pudo haber nombrado a otros herederos. Su nieta Frau von Müller vivía en Essen, lo mismo que el biznieto de Georg Dietrich, Georg Christian Sölling. Indudablemente, la viuda no debió hacerse demasiadas ilusiones acerca del joven aprendiz de contrabandista que cobijaba bajo su techo. Sin embargo, era el primogénito de su hijo mayor, y los derechos del mayorazgo estaban fuertemente respaldados por la costumbre. Sentíase incapaz de desheredarle, de modo que fue así como todo vino a parar a manos de Friedrich: la tienda del Flachsmarkt, doscientos veinticinco años de acumulación de propiedades e hipotecas, y una fortuna en metálico de unos doscientos mil táleros, que equivalían aproximadamente a un millón de dólares en la actualidad. Los sueños de Friedrich subieron de punto. Su primera medida fue cambiar la tienda del Mercado del Lino. Su larga vida como comerciante al por menor debía terminar. En el futuro se dedicaría a la venta de artículos al por mayor. Tal vez esto resulte un poco absurdo, y lo más probable es que Friedrich aún tuviera puesto los ojos en Amsterdam. Las mercancías, el café y el azúcar, estaban sometidas a los impuestos franceses. Pero ese era sólo el comienzo. Acaudalado e independiente, iba tras algo más espectacular. Ansiaba dar un golpe importante, y así, mientras el testamento de su abuela aún estaba siendo tramitado, decidió que debía hallar el casi legendario *Geheimnis des Stahlgiessens*, el secreto del acero colado.

En la época napoleónica, el acero colado tenía un sello muy especial. Era como la investigación nuclear de nuestros días: algo misterioso, atrayente, aparentemente ilimitado en sus posibilidades. El acero, un hierro con bajo contenido de carbono, duro y maleable, no es un producto natural, y en unos tiempos en que los conocimientos de química no eran muy avanzados, se le consideraba como una maravilla. En el pasado, los fundidores habían producido pequeñas cantidades de acero manipulando mineral de hierro junto con carbón, mientras regulaban el flujo de aire mediante fuelles. Para producir el metal trabajaban «a ojo», intuitivamente, o por arcanos secretos transmitidos de padres a hijos. Hasta el siglo XIX, esos métodos chapuceros resultaron más o menos satisfactorios, pero ahora, en el amanecer de la era de la maquinaria, Europa clamaba desesperadamente por enormes cantidades de acero de alta calidad. Los viejos herreros no servían para aquello, y tampoco valían los operarios de los altos hornos. Estos sólo producían hierro colado, el que, dado su alto contenido de carbono, era demasiado quebradizo para resultar satisfactorio. Se hicieron tentativas para fundir varios lingotes pequeños de acero, a fin de formar con ellos un solo bloque; pero los fundidores fracasaban porque el oxígeno del aire se combinaba con el carbono del acero, estropeando la operación.

Y sin embargo, había hombres capaces de resolver el problema. La solución existía, había sido descubierta, aunque permanecía en el secreto. Y para disgusto de Napoleón, esos hombres eran ingleses. No sólo los ingleses habían descubierto la forma de producir el acero fundido, sino que habían mantenido el monopolio del proceso durante setenta años. En 1740, un relojero de Sheffield llamado Benjamín Huntsman había eliminado la presencia del aire calentando el metal en unos

cuencos de barro cocido (*). Llamó a sus cuencos crisoles para acero *(Gusstahl)*. Durante la juventud de Friedrich Krupp, el metal así obtenido se llamaba aún acero inglés. Huntsman y sus sucesores guardaron el secreto del proceso con todo cuidado. De este modo, los demás europeos que deseaban vajillas finas, muelles duraderos, o bien lo más importante de todo, piezas de maquinaria, se veían obligados a comprarlo en Sheffield.

La victoria de Nelson en Trafalgar y el posterior bloqueo de la armada británica detuvieron todo esto. La industria continental se hallaba en apuros, y Napoleón ofreció una recompensa de cuatro mil francos al primer fabricante de acero que pudiese igualar el procedimiento británico. Ese era el premio que había llamado la atención del joven Krupp. También otros se habían sentido igualmente atraídos por la oferta, y el mismo año de la muerte de Helene Amalie, un capataz de minas «al servicio del rey napoleónico de Westfalia», informó haber hallado «el secreto de los ingleses». Al año siguiente, los que compraron el Gutehoffnungshütte de Friedrich anunciaron hallarse «en posesión del proceso secreto» (15), y otras manifestaciones similares se hicieron desde Lieja, Schaffhausen, Kirschpielwald y Radevormwald. Más tarde, los descendientes de Friedrich asegurarían con vehemencia que el honor del descubrimiento les pertenecía, tachando a los demás de farsantes. En realidad, resultaría imposible aclarar la verdad entre tantos postulantes.

El poder desentrañar el secreto del proceso del acero fundido no tenía demasiada importancia en sí. Lo interesante era diseñar una instalación de crisoles fuertes y herméticos, disponiéndolos de modo que su contenido de metal líquido fuera a verterse simultáneamente a un molde central. Era, en resumen, una cuestión de organización y detalle..., la última de las empresas con la que Friedrich Krupp podía enfrentarse.

Este aspecto del problema no se había resuelto aún, cuando el 20 de setiembre de 1811, Friedrich fundó su Gusstahlfabrik (factoría de acero fundido) «para la fabricación de acero fundido inglés y de todos los artículos elaborados con él». Los talleres fueron instalados primeramente en un anejo de la casa del Mercado del Lino, un cobertizo no mayor que el cuarto oscuro de un fotógrafo, situado en la parte posterior del edificio principal. Después de haber colocado la chimenea, apenas había sitio para moverse en el taller. Tan inadecuado era el lugar, que uno no puede menos que maravillarse acerca de las intenciones que guiaron al fundador de la industria. Resulta increíble pensar que él —hasta él— realmente creyera que podía solucionar la mayor incógnita industrial de la época en el cuarto trasero de una casa. Es posible que considerase su Gusstahlfabrik como un pasatiempo. Su actividad diaria así lo hace presumir: comerciante al por mayor durante el día, se encerraba en el cobertizo por las noches, literalmente jugando con fuego. De haber sido un hombre más paciente, tal forma de actuar hubiera tenido algún resultado. En el caso de Friedrich, se presentaron las inevitables dificultades. Si su determinación por ganar el premio era seria, en cambio todas las horas que dedicaba a sus experimentos era tiempo perdido. Además, la acción tímida no iba con su carácter. Como aventurero innato que era, deseaba navegar siempre por aguas profundas, y cada vez iba hallando más excusa para abandonar su escritorio y recluirse en el cobertizo. Por fin, su fiebre investigadora desembocó en una característica familiar: el presagio. Friedrich tenía la convicción de que había dado con algo (16).

(*) En realidad, Huntsman había redescubierto un antiguo proceso, empleado ya en la India, para la fabricación de las famosas espadas de Damasco, y descrito por Aristóteles en el año 348 antes de Jesucristo. Luego, el secreto del proceso se perdió. Ver Fisher, **The Epic of Steel**, pp. 21-22.

Tal vez tuviese cierta justificación. Dos meses después de anunciar que se había dedicado al negocio del acero, firmó un contrato con dos hermanos de Wiesbaden, Wilhelm Georg Ludwig von Kechel y Georg Karl Gottfried von Kechel. Los Von Kechel eran oficiales del ejército prusiano. Estaban retirados ya entonces y deseaban incrementar sus pensiones. Tuvieron por esa época noticias de que en Sheffield se empleaban los codiciados crisoles y se trasladaron a Essen, donde hicieron una oferta a Krupp. Si les admitía como socios y ponía el dinero, ellos fabricarían el recipiente para fundir acero. Se redactaron los documentos, se firmaron en presencia de testigos, y luego el curioso episodio de los maduros hermanos prusianos queda desvanecido en las brumas de la controversia. De acuerdo con un relato, los Kechel eran simples estafadores que embaucaron a un inocente. Según otros, llegaron a construir crisoles aceptables y diseñaron instalaciones eficaces, pero fracasaron debido a la ignorancia e impetuosidad de Friedrich. Ambas versiones resultan posibles, aunque ninguna de ellas es enteramente satisfactoria, ya que no tenían explicación en el caldeado ambiente de aquel año. La Europa napoleónica estaba tocando a su fin. Essen no tardaría en convertirse otra vez en un campo de batalla, y resulta muy dudoso que cualquier nueva empresa hubiera florecido en medio de las angustias e incursiones del año 1812 (17).

Para Krupp, aquello era una pesadilla continua. Los primeros indicios del levantamiento le sorprendieron cuando se ocupaba activamente en trasladar su fábrica, ya que los nuevos socios le habían sugerido sensatamente que el cobertizo no servía de nada. Aun en el caso de que Friedrich fabricase buen acero, nada hubiera podido hacer con él, ya que la fabricación de grandes lingotes exigía algo más que esfuerzo muscular. Por consiguiente, resolvió construir una fundición en una parcela familiar que se hallaba junto a un riachuelo de Essen, y unió la rueda hidráulica a un martillo pilón de doscientos kilos. Entretanto, su comercio mayorista iba languideciendo, ya que su poco culta consorte no podía ayudarle en tal empresa, y por otra parte se hallaba encinta por segunda vez. El 26 de abril de ese año, la esposa dio a luz el primer varón del matrimonio, el cual, apadrinado por los Von Kechel, fue bautizado con el nombre de Alfried, en memoria del legendario héroe de Essen (*). Mientras machacaba con el nuevo martillo pilón, observaba a los veteranos Von Kechel sudar encima de sus crisoles, y regresaba al interior de las murallas de la ciudad noche tras noche para dedicarse de lleno a la contabilidad, al reciente padre se le fue pasando el otoño. Para hacer honor a la verdad, las tribulaciones de Friedrich no se debían enteramente a su forma de obrar. Alguien debía dar el primer paso para fabricar buen acero, y él estaba pagando la novatada. De todos modos, es conveniente señalar que sus motivos no eran altruistas, ya que codiciaba los napoleones de oro de Napoleón. Pero tenía un singular talento para hacer que una situación mala se volviera aún peor. Aunque se le ha presentado ante posteriores generaciones alemanas como un hombre con visión, lo cierto es que desdeñaba las advertencias de la vida, y así, cuando el año terminaba, cometió un error garrafal. Ya desde la muerte de su abuelo se había mostrado indeciso sobre si debía colaborar con los franceses. Ahora se decidió al fin, y el 17 de diciembre juró fidelidad a Bonaparte... justamente cuando la Grande Armée del Emperador se esfumaba entre las nieves de Rusia (18).

(*) Se llamó Alfried hasta que hizo su primer viaje a Inglaterra, en 1839, cuando, en un arrebato de anglofilia, transformó su nombre en el de Alfred. De todos modos, y a fin de evitar confusiones, le llamaremos Alfred cuando debamos aludir a él más adelante.

En el colaboracionismo, como en otras formas de rápida decadencia, resulta imposible detenerse. Se avanza por inercia. El juramento de Friedrich sólo fue el comienzo. Más tarde pasó a integrar el gobierno ciudadano como concejal, izó la bandera tricolor francesa, supervisó el alojamiento de las tropas francesas en los hogares de Essen, y prestó dinero a dos constructores galos de fusiles. Hacia abril, Friedrich había llegado ya al límite: se encontraba bajo las armas como ayudante del Primer Batallón de Defensa de Essen. Aunque esto pueda parecer honroso, lo cierto es que fue decepcionante, y la última tarea del ayudante estaba condenada a ser poco simpática. Cuando los prusianos de Gebhard von Blücher avanzaron en masa detrás de los supervivientes de la Grande Armée, y los desharrapados efectivos napoleónicos intentaron organizar la última resistencia en el Rhin, a Friedrich Krupp le entregaron una pala y le pusieron a cavar trincheras para ellos. En nuestro poco compasivo siglo todo aquello habría significado el fin de la carrera de Friedrich, y tal vez hasta el cadalso. Pero el nacionalismo tenía entonces la manga más ancha. Si bien se produjeron algunos levantamientos contra el dominio francés en el Ruhr, sería difícil poder decir hacia quién iba dirigida la lealtad de Krupp. El único gobernante que conociera había sido la última abadesa, y él era protestante. Alemania no existía; los soldados prusianos casi eran tan extranjeros como los soldados parisienses. Así, pues, los vecinos de Friedrich parecieron dispuestos a no darse por enterados, y los oficiales de Blücher se mostraron tolerantes. Incluso se le permitió a Krupp que siguiera formando parte del gobierno de la ciudad (19).

A pesar de todo, Friedrich había dejado atrás un hito importante en el camino. La situación le había salido cara, y el cavar trincheras había mantenido a Krupp lejos de su tienda. Por otra parte, Napoleón no se hallaba ya en situación de recompensar a un joven fundidor, por mucho éxito que tuviese. Lo cierto es que Sheffield de nuevo volvía a exportar al resto de Europa. En los negocios hay momentos en que un hombre debe invernar, y ése era uno de tales momentos. El único acto sensato de Friedrich, entonces, habría sido dejar el trabajo en la fundición para épocas mejores, dar media paga a los ex oficiales prusianos, y hacer que ardiesen las velas hasta bien entrada la noche, sobre su escritorio del Mercado del Lino, al menos hasta que la Casa de los Krupp estuviese en orden. Pero Friedrich hizo precisamente lo contrario. La idea del acero colado había empezado tal vez como un entretenimiento; ahora era en él una obsesión el fulgurante crisol de oro, en el extremo de su arco iris, y estaba decidido a proseguir en su propósito aunque ello le costara su vida y su fortuna, que es lo que le ocurrió al final.

Los parientes comenzaron a inquietarse. Ya la fundición le había costado cuarenta mil táleros. Tanto su suegro como su concuñado estaban familiarizados con las prácticas rentables de los negocios, y se sintieron abrumados ante tal despilfarro. Y es que no sólo seguía dando vueltas la rueda de la fundición, sino que Friedrich empleaba a más gente, y les trataba a cuerpo de rey. Ya en época tan temprana como era 1813, dos obreros llamados Stuber y Schurfeld recibían subsidio por enfermedad, y el 9 de enero de 1814, Krupp pagó a un cirujano de Essen dos táleros para que atendiera a un trabajador herido practicándole una sangría, dándole unas friegas de alcohol, administrándole un enema, e insuflándole «aire en los pulmones a través de la boca». En aquella época, semejante preocupación por el bienestar de los empleados era un gran gesto de nobleza. En realidad, tal proceder fue la única contribución sólida que aportó Friedrich a la firma, y también a la nación que un día Bismarck forjaría con el acero de los Krupp. Pero para los Müller y Wilhel-

mi eso era un acto de irresponsable derroche. Seis meses después de la abdicación de Bonaparte en Fontainebleau, se propuso la reunión de un consejo de familia. Friedrich tuvo que capitular. Más impetuoso que resuelto, debió inclinarse ante el consejo de sus mayores, y prometió no tocar en adelante una sola pizca de acero. La rueda del río chirrió hasta detenerse, y los hermanos prusianos dieron un taconazo, para desaparecer luego en el olvido. La Gusstahlfabrik había cerrado (20).

Pero sólo por poco tiempo. En el mes de marzo siguiente, Napoleón llegó arrollador desde el Elba y el antiguo ayudante gálico revivió sus sueños de gloria. Después de diseñar Friedrich una nueva fundición de sesenta crisoles, invirtió diez mil táleros y negoció un empréstito del «judío Moisés» (*Jude Moses*). Su capital empieza a disminuir, y las arenas movedizas del desastre ya le aferran por los pies. Lo ocurrido en el primer período vuelve a repetirse. Incluso vuelve a haber un oficial prusiano, el capitán Friedrich Nicolai, el cual presenta unos documentos que le acreditan como experto en «toda clase de maquinaria» (*Maschinen jeder Art*). Como sus antecesores se asoció con Krupp, y como ellos sería tachado de vil intrigante. Veinte años más tarde el hijo de Friedrich solicitaría al Gobierno la restitución de sus bienes basándose en que Nicolai, aunque poco ilustrado, había obtenido del Estado una «patente para la fabricación de crisoles para acero» (*das Patent der Gusstahlfabrikation*). Lo cierto es que no había tal patente; no podía haberla. El capitán tal vez conocería algo de fundición, o pudo ser un soldado industrial de fortuna, en busca de alguien que le proporcionara fáciles ingresos, en cuyo caso acertó con Krupp. La industria del acero de Europa, mientras tanto, atravesaba una época de ensayo y aprendizaje, y nadie podía conseguir demasiado contra los ingleses en esa generación. Las esperanzas de Friedrich se vinieron abajo, de nuevo. Otra vez se reunieron los mayores, y también ahora volvió a cerrarse la fundición. Friedrich, privado de su último socio, tuvo que apagar los fuegos de los crisoles (21).

A fines de 1816, sin embargo, Friedrich produjo su primer acero. Pero no era acero colado. Después de cinco años extenuantes, lo más que pudo hacer fue igualar el producto de los fundidores de las colinas. Cuando los hubo terminado, sus diminutos lingotes fueron vendidos en forma de limas para los curtidores de las vecinas ciudades del Ruhr. Progresando trabajosamente consiguió vender bayonetas a Berlín —la tercera premonición bélica—, y suministró unos cuantos pedidos de herramientas y troqueles. Estos eran buenos, y el 19 de noviembre de 1817 la casa de la moneda de Düsseldorf, en respuesta a una petición de Friedrich, convino en que de todos los productos presentados, «el de herr Friedrich Krupp, de Essen, es el mejor». La dificultad estribaba en que no podía producir la cantidad suficiente como para equilibrar sus finanzas. La Gusstahlfabrik, a pesar de lo mucho que le había costado, aún seguía a la altura de una empresa pueblerina. La decisión tomada por Friedrich fue típica de él. Aún no había resuelto el problema fundamental del proceso del fundido, y su mente ya estaba imaginando complicadas aleaciones de cobre. Su actual fundición no era apta para tal clase de trabajo, de modo que construyó una nueva Schmeltzhaus, esta vez con un martillo pilón de 800 libras. El lugar elegido fue a orillas del riachuelo Berne, de Essen, a diez minutos de marcha desde las murallas de la ciudad, en lo que ahora es el Altendorferstrasse. Hoy el Berne corre bajo tierra desde una manzana al norte de esta última calle, pero entonces iba a cielo abierto hasta el Ruhr, y en 1818 se convirtió, como lo fue siempre desde entonces, en el corazón de la firma Fried. Krupp, de Essen. Cuando los talleres estuvieron terminados, en agosto de 1819, el propie-

tario sintióse enormemente orgulloso. Estaba seguro de que con aquello se salvaría. Hubiera apostado —y en realidad lo hizo— hasta su último tálero en favor de su nuevo negocio. Era un edificio largo y estrecho, de un solo piso, con diez puertas, cuarenta y ocho ventanas, once chimeneas y ventiladores, y —sobre el papel—, una capacidad diaria de producción de un centenar de libras de acero forjado. La factoría miraba hacia la ciudad, y, según dijo triunfalmente su dueño, era «hermosa y cara» (*schön und kostspielig*) (22).

Ese fue su último desacierto. En los complicados proyectos se le pasó por alto un hecho fundamental: el Berne era un río intermitente, poco constante, sumamente temperamental, y cuando su nivel descendía demasiado la rueda hidráulica se detenía, naturalmente. Aquel mismo año hubo una prolongada sequía. Evidentemente, Friedrich carecía de *Glückauf*. Iba a fracasar por tercera vez, y ahora no tenía asideros donde sujetarse. Desesperadamente tendió la mano en busca de alguno. Los últimos restos de la fortuna de su abuela se escurrían entre sus dedos cual aterradora hemorragia, y en un frenético esfuerzo por detener la catástrofe decidió apelar al Gobierno. Poco importa quien fuera ese Gobierno; él sólo quería alguien que le respaldase. Dos veces propuso a San Petersburgo establecer una fundición en Rusia, con ayuda estatal, y dirigió tres solicitudes de subsidio a Berlín, la última de ellas enviada en 1823 (23). Todas ellas fueron rechazadas, y Friedrich quedó abandonado a su agonía final. La Gusstahlfabrick estaba desmoronándose, desintegrándose realmente, con sus crisoles que se resquebrajaban y el metal ardiente que se extendía por el suelo. Volvió la sequía, y Friedrich contemplaba la seca cañada, que mantenía inmóvil la rueda del río. Pudo haber regresado al antiguo cobertizo, pero éste ya no le pertenecía. En abril de 1824 la gran casa del Mercado del Lino, como testimonio ante todo Essen de que una familia de empresa había soportado los embates de la adversidad durante doscientos treinta y seis años, pasó a otras manos. El nuevo propietario era su suegro. Bien está el parentesco, pero los negocios son los negocios, y Friedrich había pedido prestados 18.125 táleros a herr Wilhelmi. Como no se los pagara, el anciano recurrió a los tribunales, y le fue concedida la casa del Mercado del Lino como indemnización.

Krupp había perdido el símbolo entrañable de su posición. Como carecía de techo donde cobijarse, se trasladó con Therese y sus cuatro hijos a una cabaña que había junto a la Gusstahlfabrick. A los amigos les dijo: «Puedo vigilar allí mejor los asuntos de los talleres. Además, necesito aire del campo» (*die frische Landluft*) (24).

Pero los amigos se decepcionaron. Su nueva casa era una choza, proyectada al principio para el capataz de la fábrica, y en ella escasamente había espacio para un hombre soltero, algo activo. Cuadrada, en parte de madera, con postigos verdes adornados con corazones grabados en la madera, la cabaña poseía indudablemente cierto atractivo hogareño, y más tarde, cuando el más grande de los Krupp, desdeñando su patricio pasado la bautizó como su «casa solariega» (*Stammhaus*), se hizo famosa en toda Alemania (*).

Cuando la familia se trasladó allí, su encanto resultaba menos evidente. El vestíbulo era del tamaño de un armario, y las tres habitaciones de la planta baja, que compartían Friedrich y su esposa, no eran mucho mayores. Toda la familia comía en la cocina, junto a una estufa de hierro fundido que era en invierno la única fuente de calor de la casa. A un

(*) Destruida por los bombardeos en 1944, la cabaña ha sido reconstruida, quedando casi igual que entonces. Se encuentra hoy en el exterior de las oficinas que ocupaba Alfried Krupp.

lado de la estufa había un par de grandes zuecos negros labrados a mano, en los que Friedrich introducía los zapatos cada vez que iba a los talleres. Hacia el otro lado una estrecha escalera ascendía hasta el desván, donde cuatro catres acogían por la noche, bajo las vigas del poco elevado techo, a la siguiente generación de los Krupp: Ida, de quince años; Alfred, de doce; Hermann, de diez, y Fritz, de cuatro.

Después de perder la casa del Mercado del Lino, el horizonte se presentaba oscuro para Friedrich. Se vio obligado a renunciar a su puesto en el gobierno de la ciudad, y su nombre fue borrado de la lista de los contribuyentes de Essen, lo que para un comerciante era la última desgracia que podía acontecerle. Como hubo de necesitar veinticinco mil táleros para equipar debidamente la fábrica, y ya debía diez mil a sus acreedores, dejó sus negocios en manos de cierto herr Grevel, un contable con pretensiones, y pagó a los empleados de la fundición liquidando los bienes inmuebles de los Krupp. De acuerdo con cierta relación, Grevel tuvo que llamar a Friedrich cuando éste se encontraba en una taberna, pero esto tal vez sólo fueran habladurías. Hacia el otoño de 1824 se vio confinado en su lecho. Sabemos que durante dos años permaneció en su habitación, junto a la cocina, mirando al techo como un hombre arruinado que era, rumiando su desgracia. Sus zuecos se llenaron de polvo. Los pájaros hicieron nidos en la inmóvil rueda del río, mientras los crisoles se desintegraban y los trabajadores pasaban el tiempo sin hacer nada. Un aire de tragedia pesaba sobre los talleres. Desde Waterloo, Essen se había vuelto apasionadamente prusiana, y por todas partes la gente trabajaba denodadamente, espoleada por los activos alemanes del norte. Sólo en el taller reinaba un silencio desesperanzador. Durante dos años se prolongó la angustia de Friedrich, hasta que un domingo, el 8 de octubre de 1826, el enfermo volvió quedamente el rostro contra la almohada y murió. Tenía entonces treinta y nueve años. El médico dijo a Therese que su marido había sido víctima de «la hidropesía pectoral» (*der Brustwassersucht*) (25).

Tres días más tarde la viuda recibía el abrazo de los familiares reunidos en la habitación vecina, y acompañaba el sencillo ataúd al cementerio familiar, situado cerca del Mercado del Lino (26). Mientras se dirigían hacia allí, los integrantes del cortejo no podían dudar de que estaban siendo testigos del fin de una dinastía, y que estaban enterrando los sueños de Friedrich junto con sus despojos mortales. Sin embargo, se observaban ya algunos presagios favorables para el futuro. Desde que los franceses anularon las tasas en el Ruhr, el tráfico del río se hizo más provechoso de año en año. Pocas semanas después del entierro de Friedrich la primera locomotora hizo los viajes iniciales arrastrando unos vagones chatos atestados de carbón. Más prometedor que estos hechos, sin embargo, fue el comportamiento del hijo mayor del difunto. El gesto del nuevo cabeza de familia era cualquier cosa menos fúnebre. Osado y nervioso, lleno de ímpetu, con un aire de tensión casi insoportable, apenas pudo esperar a que concluyese la ceremonia del entierro. Sólo quería estar de vuelta en la fundición.

2

El yunque era su escritorio

Entre la extensa literatura relativa al capitalismo del siglo XIX se encuentran pocos episodios más dramáticos que la llegada de Alfred Krupp a las naves de la fundición, aquella tarde. Todos los personajes del drama se hallaban allí: la viuda apenada, los desvalidos hermanos pequeños, el joven que se dispone a luchar por el honor familiar. Sería un siglo y cuarto antes de que otro delgado y ardiente Krupp se encarase con el mundo, sintiéndose acorralado. Hasta un *Ausländer* se hubiera sentido impresionado por aquella escena que tenía lugar en 1826. Para los alemanes el episodio es algo irresistible, y una vez que el héroe se convirtió en figura nacional, su leyenda fue adornada de tal modo que llegó a parecer un galimatías de Horacio relatando cómo Sigfrido despachaba al dragón. No es posible explicar el impacto que esta leyenda tuvo sobre el pueblo alemán. Durante la mayor parte del siglo, los escolares del Reich aprendieron a admirar la hazaña del joven Alfred, maravillándose ante el valiente joven que había conseguido extraer unos fuegos extraños de las frías mandíbulas de la Gusstahlfabrik (*).

Siempre disgusta derribar ídolos, pero lo cierto es que no ocurrió precisamente de esa forma. En apariencia, nada notable sucedió aquel primer día. En la fábrica, Alfred se vio enfrentado a sus siete hoscos obreros —cinco fundidores y dos forjadores—, y les dijo que poco podía hacer para ayudarles a mantener a sus familias. Como heredera de su esposo, Therese obtenía un legado lamentablemente mezquino: el taller, la casa solariega, que valía unos 750 táleros, unas pocas propiedades hipotecadas de la ciudad, una vaca y algunos cerdos. Cualquier cambio repentino en la suerte familiar habría exigido un milagro, y Alfred no se hallaría en condiciones de hacer milagros hasta algún tiempo después. Entonces sólo contaba catorce años (1).

De todos modos, era un muchacho poco corriente. Alto y sumamente delgado, con un largo cráneo huesudo y piernas de araña, tenía esa peculiar fuerza de voluntad que suele hallarse a menudo en las constituciones decididamente ectomórficas. Sensible, orgulloso, dominado por violentos impulsos interiores, había observado el trágico declive de su padre con un creciente sentimiento de frustración. El recuerdo de aquella figura rota, yaciendo en la *Stammhaus* mientras todo se venía abajo,

(*) Esa enseñanza aún perdura actualmente, empleándose la obra **Alfred Krupp, Meister des Stahls** (1957), de Bernhard Woischnik.

nunca iba a abandonarle, y se presentaría vívidamente ante él, en los momentos de mayor peligro. En lo físico Alfred se parecía a su madre, pero en el modo de comportarse se aproximaba más al padre. Como Friedrich tendría un carácter impetuoso, aunque para su buena fortuna, a diferencia de su progenitor, iba a vivir en una época en que los proyectos excesivamente avanzados podían realizarse. Friedrich consideró que el Gobierno de Prusia estaba obligado a respaldar sus trabajos. Lo mismo pensó Alfred. El padre inició su aprendizaje en los negocios como administrador de la abuela, y el hijo lo fue de su madre. Ambos respondieron a los períodos de crisis buscando el aislamiento. Es significativo que cada vez que las cosas marchaban mal —y hasta el más astuto de los empresarios tiene momentos de infortunio—, Alfred corría a su casa, cerraba la puerta de su cuarto y se tendía en la cama, permaneciendo recluido a veces durante varias semanas. Había aprendido de su padre que la puerta del dormitorio es una excelente salida de emergencia.

Pero aunque Alfred era hijo de Friedrich, no era un calco del mismo. En realidad era un personaje *sui generis,* inquieto, brillante, imaginativo, atormentado, intuitivo, y, a pesar de algunas considerables excentricidades, tremendamente práctico. En resumen, no se alejaba demasiado de ese personaje victoriano que se ha dado en llamar genio loco. Si no estaba demente, sin duda alguna era un chiflado. Ya en su adolescencia comenzó a evidenciar las extrañas características y fobias que más tarde llegarían a fascinar a las capitales de Europa. Aunque trabajó entre bocanadas de llamas, le aterraba el fuego. Los olores le intrigaban, y creía que algunos eran propicios y otros favorables. El olor del estiércol del caballo era para Alfred vivamente estimulante; la presencia de excrementos frescos le inspiraban, aumentando su capacidad creadora. En cambio, estaba convencido de que sus propias excreciones eran tóxicas. Durante el día todo marchaba bien, pero cuando se retiraba a descansar las cosas no eran tan fáciles, y dormía con gran dificultad. El insomnio crónico que padecía hubiera destrozado a otro dirigente de negocios, pero a Alfred, en cambio, le hizo más eficiente. Tenía tal cantidad de peculiaridades neuróticas que unas parecían compensar a las otras. Durante la noche, por ejemplo, escribía notas relativas al negocio. Escribiente prolífico —se conocen más de treinta mil de sus cartas y notas—, se entrenó para garabatear en la oscuridad, cuando sudaba agazapado debajo de su edredón. Cuando al amanecer sacaba a los obreros de sus camas, encontraban ya un escrito de elogio o de crítica sobre sus bancos de trabajo. Para sus empleados, la energía de Alfred era una maravilla. Para nosotros es aún más asombroso el hecho de que se mantuviera a ese ritmo durante sesenta años, sin claudicar (2).

Los grandes talentos de Alfred iban a tardar en manifestarse. Sus progresos se verían retrasados por el perezoso avance de la revolución industrial alemana. A pesar de ello, se hizo evidente que era un joven de brillantes dotes. El 26 de noviembre de 1825, cuando tenía trece años, su maestro de Essen envió a Friedrich un informe escrito con tinta roja en el que decía: «Debo felicitarle en todos los aspectos, especialmente en matemáticas. Si continúa de este modo, estoy seguro de que nos sentiremos satisfechos (*Befriedigung finden*) con él.» Pero no pudo seguir sus estudios. Antes de que concluyera el siguiente período de clases había abandonado la escuela, debido a los problemas que se presentaban en su hogar. Por entonces, según hizo notar: no tenía tiempo para leer, para la política y cosas como ésas (*keine Zeit für Lekture, Politik un dergleichen*)... el yunque era mi escritorio». Así fue, en efecto. Alfred se acercó al yunque como un aprendiz aplicado, y con una minuciosidad de la que su padre había carecido, aprendió a ser un buen maestro fundidor.

Antes de cumplir los veinte años estaba ya produciendo acero fino. Iba descubriendo el secreto de los virtuosos del ramo; cómo «para trabajar este acero, y también para endurecerlo, sólo se requiere un débil calor, y con él se le hace tan duro como el acero inglés *(englischer Stahl)* con mucha más temperatura». Pero eso era sólo el comienzo, y él apuntaba hacia una perfección casi absoluta. La versión de Alfred del proceso de Sheffield consistió en fundir el metal en pequeños crisoles de grafito de sesenta libras, y luego volcar y reunir el contenido. Un solo movimiento en falso, y *pfui,* el acero se convertía en hierro. El primero de los Krupp que naciera en Prusia, Alfred, impuso una disciplina de paso de ganso a sus trabajadores, y si bien la costumbre que tenía de coger berrinches coléricos por cualquier menudencia resultaba muy desagradable para ellos, no hay duda de que también constituía una característica de tan singular patrono (3).

Así, el Kruppstahl se convirtió en un producto del carácter de Alfred. La lucha comenzó en la tarde del entierro, cuando abandonó la silenciosa fábrica y volvió con su afligida familia a la cabaña, donde según recordaba más tarde, «mi padre, sin gran éxito, había sacrificado a la fabricación del acero colado una considerable fortuna, además de todas sus reservas vitales y de salud». Alfred recordaría su infancia como un período de «miseria y tristeza». Ahora, en el umbral de la pubertad, tenía «las obligaciones de un padre de familia durante el día, además del duro trabajo de la factoría, y por la noche tenía que estudiar para superar las dificultades que se le presentaban». Vivió «de pan y patatas, pan y café, y escasos trozos de carne». Su principal recuerdo de ese período era del «creciente peligro de una ruina total, y mi resistencia se ponía a prueba duramente para evitar la calamidad». Recordaba cuando yacía tendido, con el rostro pálido de cansancio, «en el desván, lleno de temor, temblando de ansiedad, con pocas esperanzas en el futuro», durante «centenares de noches insomnes». Lo tenía que hacer casi todo él solo:

> «Hace cuarenta años el resquebrajamiento de un crisol significaba la quiebra (*dann war das ein Bankrott*)... En aquellos días vivíamos con la mano en la boca. Las cosas tenían que salir bien por fuerza (*es musste alles gelingen*)... Yo mismo tenía que hacer de empleado, de escribiente, cajero, herrero, fundidor, fogonero y sereno en los hornos convertidores, y realizar también muchas otras tareas» (4).

En esos párrafos llega uno a percibir cierta sombra de primitivo terror. *«Es musste alles gelingen.»* Las cosas tenían que salir bien. ¿Por qué? En aquellas circunstancias no hubiera sido extraño experimentar un fracaso. Su padre había complicado las cosas grandemente. Si no se podía salvar nada, no era culpa del muchacho. Pero no era de ese modo como le presentaban la situación a Alfred. No hay mujer que admita con agrado haberse casado con un hombre poco dotado. En su ciega devoción, la madre se negaba a enfrentarse con la dura realidad acerca de su esposo. Therese Krupp se sentía sumamente celosa de reputación del difunto Friedrich, y deseaba seguir protegiendo esa idea. Terca y aún no muy culta, no obstante había logrado aprender a escribir bien, y en cuanto la lápida estuvo colocada sobre la tumba de su marido, escribió a un familiar:

> *Das Geschäft wird hierduch keines Weges leiden, da mein Mann aus Vorsorge das Geheimnis der Zubereitung des Gusstahls meinen ältesten Sohn gelehrt hat.*

«El negocio no se vería perjudicado en absoluto, ya que mi esposo tuvo la precaución de instruir a mi hijo mayor en la fórmula secreta para la preparación del acero colado» (5).

No es extraño, por consiguiente, que Alfred, un muchacho, viera las cosas a través del punto de vista de su madre. Una vez dijo ella al joven que él había estado en los talleres con su padre, y según parece, el oculto proceso le fue revelado entonces a Alfred. Este buscó frenéticamente en su memoria, indagando entre las impresiones caóticas del pasado, el ruido y el olor de las naves de fundición, tratando de recordar lo que la voz familiar le había dicho. Pero no sirvió de nada. *Dummkopf* como Alfred era, no había prestado atención. Y ahora se hallaba en un duro aprieto. Ahora debía redescubrir el secreto y recibir la gratitud de su madre, o bien enfrentarse con su condena.

Totalmente inocente, aceptó las piadosas mentiras de su progenitora. Aquella misma semana escribió Alfred a la Casa de la Moneda de Berlín, asegurando que llevaba dirigiendo la fábrica durante un tiempo, y que «la satisfacción de los comerciantes, Casas de Moneda, etc., con el crisol de acero que he obtenido durante el año pasado, ha ido creciendo, de modo que a menudo no podemos producir lo suficiente para las órdenes que recibimos». En resumen, estaba solicitando clientes. Afortunadamente para él, pocos mordieron el anzuelo, ya que no se hallaba en situación de cumplimentar los pedidos. Pero la Casa de la Moneda de Düsseldorf cayó en la trampa, y luego tuvo que rechazar un envío tras otro. «Que el acero de crisol enviado últimamente a ustedes haya dado malos resultados, es para mí tan desagradable como sorprendente», escribió angustiado al director de la Casa de la Moneda, agregando: «Le ruego que haga otra prueba con él.» Poco a poco iba trabajando para lograr un metal sin defectos, mientras administraba escrupulosamente los pocos bienes maternos. Friedrich, con su proverbial generosidad, había cedido una de sus casas de Essen a un funcionario local. Alfred no tardó en echar al usurpador, y el colérico ex inquilino escribió a Therese: «¡Apenas descansan los restos del padre, cuando su hijo, de catorce años, se aplica ya a humillar a uno de sus amigos más antiguos!» La madre de Alfred le respaldó —al fin y al cabo, era lo único que podía hacer—, y el joven siguió yendo a los talleres esperando vender el suficiente acero de la fundición como para poder mantener a un hogar de cinco personas, y para pagar también a sus obreros (6).

Durante tres años aquel muchacho exhausto y mal alimentado azuzaba implacablemente a sus obreros hasta el anochecer, y luego se ponía a desentrañar el secreto que persiguiera Friedrich, el misterio de la metalurgia. Su personal descendió primero a seis hombres, y luego a cinco. Tal vez fue una medida de economía suya, o quizá los dos que se fueron eran pesimistas y le abandonaron. No es posible saberlo. Mientras tanto, lograba producir pequeñas cantidades de herramientas de acero en sus hornos, principalmente cuchillos de carnicero y troqueles; también trataba de atraer hasta Essen a jefes de Casas de Moneda y a vendedores de herramientas, para sostener conversaciones que luego resultaban infructuosas; pero Alfred seguía esperando que llegase su gran momento. Dos obstáculos parecían insuperables: los viajantes de comercio ingleses se esparcían por toda Europa, vendiendo sus excelentes productos, y, además, cada vez que Alfred recibía un pedido y movilizaba a su media docena de Kruppianer para poder entregarlo, faltaba la energía para mover la maquinaria.

El Berne seguía siendo un riachuelo desesperante. En sus mejores momentos era un caprichoso arroyo que lamía débilmente las palas de

la rueda de la fundición, y en los peores se esfumaba y daba lugar a que los trabajos del taller tuvieran que detenerse. Alfred pensó al principio que debía haber algún obstáculo corriente arriba. Escribió al *Burgermeister* de Borbeck, que entonces era una aldea vecina de Essen, pidiéndole que hablase con algún guardabosques «acerca de la forma de despejar el arroyo de mi martillo pilón». El asunto no era tan sencillo como parecía. Después de una temporada de lluvias, el tornadizo riacho podía cambiar totalmente su semblante, volviéndose un impetuoso torrente que amenazaba la fundición hasta sus cimientos. Un mes veíamos a Alfred pidiendo disculpas porque «el agua subió hasta tal nivel, después de unas lluvias extraordinariamente intensas, que todas las máquinas situadas junto a la orilla quedaron fuera de uso, y por lo tanto me veo, por desgracia, imposibilitado de cumplimentar su pedido en el tiempo estipulado». Más tarde el cauce volvía a secarse, y el grabador de la Real Casa de la Moneda de Cerdeña era informado plañideramente de que la fábrica estaba inmovilizada «por falta de agua». Pero el otoño siguiente Vulcano había permanecido quieto tanto tiempo que el joven Krupp tuvo que apelar a la Real Fábrica Prusiana de Armas de Saarn del Ruhr rogándoles que le permitiesen usar su fundición para cumplimentar los pedidos. Era *die alte Tour,* el mismo cantar de siempre: «Mi martillo pilón experimenta grandes dificultades este verano debido a la falta de agua... No he sido capaz de producir nada que se acerque a mis necesidades.» (7).

Los armeros alemanes no tenían tiempo para perder con aquel insolente mozalbete llamado Krupp, el cual se vio sometido a una singular indignidad: tuvo que arrendar el Guttehoffnungshütte, que su abuela había dirigido un día. Alfred estaba furioso con su Gobierno. A la edad de dieciséis años se quejaba del «prejuicio aún imperante que otorga tal superioridad al artículo inglés», y sugirió a las autoridades: «Puesto que el Estado prusiano no se preocupa por el desarrollo de la industria nacional, me aventuro a solicitar que el Estado puede cooperar para asegurar el éxito de esta única factoría prusiana de crisoles, que tanta utilidad tiene para el Estado.» Pero el Estado prusiano no pensaba del mismo modo. Cuando Therese, ante la insistencia de su hijo, pidió al rey Federico Guillermo que le concediese un empréstito de 15.000 táleros libres de intereses, por doce años, el tesoro, prudentemente, alegó pobreza. Berlín seguía opiniéndose a dar limosnas a cualquiera (8).

De todos modos, el Gobierno no era tan ciego para el comercio como Krupp creía. Tenía una política a largo plazo, más prometedora de lo que aparentaba a primera vista. Desde 1819, Prusia había estado perfeccionando poco a poco el Zollverein, la Unión Aduanera Alemana. En efecto, ésta era como un mercado común, el primer intento hacia un Reich unido, y el 1.° de enero de 1834 sus creadores llegaron a un acuerdo con treinta y seis Estados teutónicos. Todas las tasas interiores fueron abolidas. Económicamente el pacto creó una nación única de treinta millones de alemanes, y Alfred estuvo en situación excelente para explotar esta circunstancia. Su declaración de que se hallaba dispuesto a servir todos los pedidos de acero colado del Zollverein (medio millón de kilos al año), fue un manifiesto ejemplo de la fanfarronería de los Krupp; pero el hecho es que ya comenzaba a cambiar la situación. El 27 de enero de 1830 informó lleno de excitación a un amigo:

> *Es ist mir kürzlich die wichte Erfindung... gelungen...*
> «Acabo de lograr un importante invento, un crisol para acero totalmente soldable, que como cualquier otro acero puede ser soldado con hierro en la forma habitual, con calor de soldadura; el

experimento que he hecho con él para fabricar pesados martillos de calafates, así como para hacer pequeñas herramientas de corte ha sido un éxito total; los buriles de carpintero logrados con él tienen un extraordinario poder cortante, y los martillos un alto grado de dureza (*so vorzügliche Härte*). (9).

Alfred sólo disponía de un crisol de esa clase, para ser exactos, pero era lo que necesitaba. Aquel año estabilizó sus finanzas por primera vez, y a despecho de la indiferencia de Berlín la firma tuvo nuevo capital: Fritz von Müller, el hijo de su tía Helene, le adelantó 10.000 táleros. El hermano de Alfred, Hermann, que ahora tenía veinte años, pasó a ayudarle en la Gusstahlfabrik, y poco después entrenaba a otros cinco granjeros del Ruhr como Kruppianer. Y lo más importante de todo, Krupp tenía por fin algo importante que vender. Dejando de lado planes más ambiciosos, Alfred concentró su fabricación en productos de características específicas. Sus productos eran impecables (*), y en marzo de 1834 colocó en una caja unos cuantos rodillos de muestra y partió en gira comercial por los centros neurálgicos del nuevo mercado común: Francfort, Stuttgart, Munich, Leipzig y Berlín. Tres meses más tarde volvía corriendo a casa con los bolsillos rebosantes de pedidos. Fried. Krupp, de Essen, con apenas un cuarto de siglo de edad, tenía solvencia comercial, al fin. Inmediatamente contrató a dos vendedores y redobló su programa de entrenamiento. El número de Kruppianer se elevó de once a treinta, y en seguida, en un repentino impulso, a sesenta y siete. Alfred había quintuplicado su producción de acero anterior a la época del Zollverein. En una carta confidencial, aquel mismo diciembre, pregonaba que «el año que termina ha sido muy favorable» y también «ha inspirado valor para seguir trabajando, a pesar de todos los sacrificios» (10).

Esta carta era confidencial porque de nuevo estaba pidiendo dinero al Gobierno. Sin embargo, la firma no había entrado aún en franca prosperidad, y no llegaría a ella hasta que Alfred no se hiciera retorcido, espléndido, violento y misántropo. Al leer su correspondencia y observar sus pasos desde la juventud a la edad madura —en las décadas de 1830, 1840 y 1850—, tiene uno la impresión de hallarse ante un ser desconcertado. Progresa, indudablemente, pero hay muchos puntos oscuros, muchas esperanzas frustradas, por lo que la agravación de su idiosincrasia juvenil no resulta sorprendente. Durante los veranos, por ejemplo, repetidas veces suele encararse con una crisis familiar. El tiempo resulta excesivamente seco, y todas las mañanas Alfred se levanta lleno de ansiedad, baja de su desván para observar preocupado el ardiente sol, y luego hace lo propio con el arroyo que corre bajo la rueda. Era evidente que no podía hacer progresar su negocio a menos que pudiera solventar los pedidos que le hacían, y de igual modo, resultaba claro que no podía seguir dependiendo del Berne. El arroyo era demasiado inconstante. Sólo había una solución: Alfred debía procurarse una máquina de vapor (11).

¿Y quién hacía las nuevas máquinas de vapor en el Ruhr? La Gutehoffnungshütte. De nuevo se veía obligado a apurar aquel trago amargo, y otra vez tuvo que reanudar sus intentos de conseguir dinero del avaro Tesoro. Fracasó en esto, como fracasaría de nuevo en 1835 y en 1836, y como la reputación y el crédito de la empresa habían quedado ya bastante malparados durante la actuación de su padre, no tuvo más remedio que conformarse temporalmente. Durante esas Navidades el primo Von Müller accedió a respaldarle con su firma. En la siguiente primavera un

(*) En 1960 el autor de este libro probó un rodillo para laminar el oro, retirado ya del uso, que Alfred fabricó hacia 1830, para Alves de Sousa e Silva, de Portugal, y advirtió que se hallaba en excelentes condiciones después de un siglo y cuarto de uso.

martillo pilón de veinte caballos de fuerza, impulsado a vapor, se instalaba en los talleres. No era una máquina muy impresionante, a decir verdad, y de acuerdo con las notas de Alfred, las válvulas perdían, el regulador de tiro no marchaba bien, los pistones exigían un arreglo continuo, y como no podía permitirse el lujo de instalar conducciones de agua, entre él y Hermann distribuyeron a los hombres en cadenas para que llenasen los tanques con cubos. De todos modos, el martillo pilón funcionaba. Así fue cómo apareció la primera espiral de vapor sobre Essen. Los vendedores de Krupp acorralaban a los posibles clientes en Atenas, San Petersburgo, Holanda y Suiza. Y el mismo Alfred corrió hacia Düsseldorf, e hizo todo lo posible para que las antiguas cicatrices de la Casa de la Moneda se cerrasen. Las cosas iban teniendo mejor cariz. Podía, con cierta justicia, haber sido considerado como el joven más prometedor de Essen, e incluso del Ruhr. Sin embargo, Alfred nunca desdeñó sus propias posibilidades. Así, por ejemplo, al escribir al cónsul de Prusia en Cristianía (el cual nunca había oído hablar de él), afirmaba: «Es bien sabido que mis talleres, establecidos hace veinte años, y que ahora marchan bien, son los únicos de su clase en el continente» (*auf dem Continent ist... keine andere aufgekomment*) (12).

Esto era algo más que una simple presunción. Era una táctica astuta. Repetido incansablemente, esto llegó a ser aceptado como un hecho antes de que fuera verdad. Y lo cierto es que se trataba de una gran mentira, contada ya un siglo antes de que Berlín descubriese esa técnica del disimulo. Los Kruppianer que argumentaban que Alfred es el primer dirigente moderno alemán que tuvo verdadera energía, están un poco errados en su afirmación. Le ven como un hombre fuerte, y su fortaleza era evidente, si bien su experiencia resultaba dudosa. Crecido entre la inseguridad y la inestabilidad, se había vuelto arrogante, aislado, quejoso en la adversidad, vengativo en el triunfo, fascinado por lo grotesco; era un enigma, en resumen, tanto para los demás como para él. Sus recelos lindaban en lo paranoico, hasta el punto de que por esa época comenzó a exigir juramento de lealtad de sus obreros, y las puertas de la sala de endurecimiento y pulido se mantenían celosamente vigiladas. La eficacia, ese totem germano, era su deidad. Sus métodos eran curiosos, pero cuando hacía un trabajo, lo hacía bien.

El alemán de edad era un paradigma genial y rudo de *Gemütlichkeit*, un fumador de pipas de largo caño, un conocedor de comidas pesadas que se recostaba en su silla lanzando un eructo después de una abundante comida, desabrochado y jocoso, con su gran rostro cruzado por joviales arrugas, y las relucientes gafas cabalgándole en la punta de la nariz. Alfred veía todo eso con manifiesto desdén. El se hallaba en abierta rebelión contra el pasado de Prusia. Tenía esa resuelta devoción por el trabajo que sería celebrada un día como característica nacional, y experimentaba el mayor placer cuando estaba entre engranajes y otros artefactos de la tecnología.

Al escribir sobre el acero fino llegaba a mostrarse lírico: debía ser «de fina fibra» —y no de estructura cristalina—, y tener «fulgor metálico», en lugar de ser áspero y negruzco, como casi todos los demás aceros, «aunque bastante suave y duro, frío y en estado reluciente». Su devoción por la calidad le hizo escribir al cónsul de Escandinavia. Había adquirido algunos conocimientos de química, y sabía que el hierro sueco, a diferencia del prusiano, estaba virtualmente libre de fósforo. Por el momento, el informe carecía de valor, ya que los suecos no se molestaban ante las diminutas ventas de Alfred. Pero éste siguió insistiendo, espoleado

por un nuevo incentivo. Antes sólo los que trabajaban el oro y la plata y los relojeros se habían interesado por sus fuertes rodillos. Ahora tenían éstos que ser más duros que nunca. La fábrica había descubierto un mercado virgen para ellos (13).

El descubridor había sido Hermann, pero bajo el nuevo director eso no tenía un significado importante. A pesar de su respeto por la industrialización, el alemán de aquellos días era en cierto modo tan retrógrado como los de las antiguas tribus teutónicas. Personaje con absoluta autoridad, exigía obediencia soldadesca a los miembros de su propia familia, aun cuando esto significara ignorar las leyes de Prusia. Por derecho, el hermano de Alfred debió haber recibido algún reconocimiento de la firma por su primera y genuina invención. Durante generaciones, las cucharas y los tenedores se habían fabricado estampando láminas de metal con troqueles, y terminando luego la pieza a mano. Una tarde, Hermann estaba examinando un rodillo defectuoso. Al hacerle funcionar, notó lo que era evidente: que el rodillo producía sus propias grietas en el metal. Así llegó a una brillante conclusión: ¿qué eran los tenedores y las cucharas, más que piezas de metal con imperfecciones calculadas? Decidió experimentar en una esquina de su taller, y efectuó algunos grabados en el rodillo. El artefacto que resultó de ello sirvió para confeccionar magníficos utensilios de mesa. Alfred llegó, lo vio y lo confiscó. Tras adaptar la innovación a su propio gusto, se puso a explotarla con inagotable energía, mientras Hermann hubo de conformarse con tal proceder (14).

En el verano de 1838, Alfred hizo sus maletas. Durante un año había estado planeando un viaje al extranjero, y ahora se hallaba dispuesto a llevarlo a cabo. Tenía varios motivos para viajar. Vender rodillos era uno de ellos, y el otro era su gran curiosidad. Las salidas de Krupp a los Países Bajos y a Francia habían aportado curiosos resultados, no sólo en cuanto a mercados opulentos, sino también en fábricas diseminadas y oscurecidas por sus propias humaredas hirvientes. Para una persona aislada entre la pobreza y la frugalidad de la Prusia del siglo XIX, tales situaciones eran portentosas. Alfred tenía que verlo por sí mismo, y era un buen momento para marcharse, pues había el suficiente trabajo como para mantener a los setenta Kruppianer ocupados. Los anejos seguían creciendo y empequeñeciendo el edificio primitivo. El pistón del martillo pilón de vapor seguía funcionando. Hermann era un capataz eficiente. Fritz, pálido y con gafas, tenía casi veinte años, es decir, la edad necesaria como para encargarse de la contabilidad y para salir de viaje de vez en cuando con algunas muestras para la venta. Ida podía ayudar a su madre en los quehaceres domésticos. Lo más importante era el infrenable deseo de Alfred de visitar Inglaterra. Esa curiosa actitud ambigua que había de marchar la actitud germana hacia Gran Bretaña, en el siglo XX, había comenzado ya a evidenciarse. Sería ochenta años antes del exilio del kaiser Guillermo II, cuando éste, al llegar a Holanda, solicitó «una taza de té inglés, fuerte y bien caliente» (15), y noventa años antes de que otros hijos de Krupp asistieran a las clases en Oxford, pero la anglofilia que más tarde dominó en la aristocracia de su país era ya evidente en Alfred. Hay una diferencia, sin embargo. Sus sucesores admiraban a las clases superiores inglesas, mientras que Alfred se sentía atraído por la capacidad técnica de las Midlands. Sheffield, aquel nombre mágico desde la niñez de Alfred, fue como una Meca para él. Los británicos no sólo habían producido una revolución industrial, sino que aún la encabezaban, incluso en el Ruhr, donde sus ingenieros, impuestos en los nuevos usos del carbón de coque, acababan de enseñar a los mineros alemanes cómo debían hacer pozos de más profundidad de trescientos metros. Eran los ingleses quienes monopolizaban el mineral sueco, ellos

los que sembraban el continente de magníficas herramientas y rodillos de acero. Según parece, Sheffield tenía algunos secretos guardados, y si la única forma de descubrirlos era yendo hasta allí, entonces, *nach* Sheffield.

Pero primero: *nach* París. Por muy extranjeros que fueran los ingleses, al menos eran primos de raza de los alemanes, y por lo tanto, serían astutos y marrulleros. Era mejor aprender un poco antes de cruzar el canal. Los franceses, en cambio, eran menos espartanos. Eran amantes de la buena vida, mujeriegos —aún se oían por Alemania muchas cosas acerca de la ocupación de la Grande Armée—, y muy aficionados a obsequiar a sus mujeres con chucherías de alto precio. En resumen, tenía la seguridad de que en París habría mercado para sus *schöne* rodillos. Al salir de Essen, este era el propósito de Alfred, y lo más notable es que abandonó París con la misma idea. Los bulevares, los arcos de triunfo, las catedrales, el encanto de la más espléndida ciudad de Europa, no llegaron a afectarle. París no le disgustó, sólo que no había ido para eso. Los viajes no podían hacerle más abierto de espíritu porque aquello no iba con él. Comprobó que los informes de sus vendedores eran ciertos; eso era lo que le importaba.

En consecuencia, sus cartas no dicen casi nada de Francia. Como de costumbre, en cambio, nos revelan mucho acerca de él. Tanto en uno como en otro lugar, siempre informan a su familia sobre las muchas ocupaciones que tiene. «Dios mediante —escribe el 8 de julio—, me pondré a trabajar y veré lo que puede hacerse aquí. Hay una cantidad de fabricantes a los que debo ver, si se puede confiar en la guía de teléfonos. (La guía es de fiar, en efecto, y toma la dirección de numerosos clientes). Ahora debo poner las señas de los clientes, junto con el precio, y luego terminaré, ya que son más de las dos, y no me he levantado de la silla desde las siete de la mañana.»

Más adelante, ese mismo mes, declara: «Adjunto envío más pedidos», y «espero confirmación de otros por valor de 3.000 francos cualquier día de éstos. También están pendientes de negociación varios millares más de francos». Y añade: «Si no estuviera obligado a ir a Inglaterra para lograr ventajas mucho mayores..., fácilmente podría conseguir pedidos por un valor cuatro veces mayor que los de ahora.»

Sigue luego una breve declaración de viajero: «París es la clase de lugar donde un diestro vendedor puede hallar algo que hacer, en cualquiera de los productos que fabricamos». Y en seguida, de vuelta a los negocios: «En los tres días restantes de julio haré el diseño de una máquina que tal vez pueda costar de dos mil a tres mil francos. También estoy pensando en fabricar rodillos endurecidos de ocho, diez y doce pulgadas; esto no es definitivo, pero algo saldrá de ello *(dies ist aber noch nicht fest, doch wird noch was buttern)* (16).

Afuera está el seductor verano parisiense, tibio en su bonhomía. Alfred tiene deseos de abandonar su estancia, pero no para dedicarse a soñar: «Bueno, tengo que terminar esto en seguida, pues he estado escribiendo desde las cuatro en punto, y pronto será mediodía; de modo que hoy he perdido algunos pedidos, ya que generalmente salgo a las ocho... Pero como iba diciendo, los rodillos hechos con el antiguo acero, que es duro, según se sabe, muestran, sin embargo, la misma falta de dureza; pero cuando se los fabrica adecuadamente, entonces pueden usarse. Para elaborar acero fuerte y duro es necesario mantener el tiempo debido de fusión y aplicar una temperatura no demasiado elevada...» Y así continúa su interminable charla de negocios, a lo largo de numerosas hojas. Una y otra vez recuerda la Stammhaus, y dice que realiza entre veinte y treinta entrevistas por día, que no tiene tiempo para perder, y que lo

aprovecha entre visita y visita: «Hago notas todo el día, me detengo en la calle diez veces en cada hora y anoto lo que me ocurre.» Hasta sus posdatas parecen jadear: «Con ésta ya van treinta páginas de escritura. Espero no haber repetido nada, puesto que he perdido mucho tiempo con esto.» Y luego: «Esta mañana hice el esquema de una laminadora a un costo de diez mil francos, que presentaré a cierta persona; no estoy seguro si la aceptarán, pero de todos modos, voy a intentarlo. En la próxima os daré más noticias.» (17).

La persona en cuestión aceptó el diseño. De no haberlo hecho, pensamos, Alfred se hubiera pegado un tiro, tan cerca parecía hallarse del pánico, Pero esto son conjeturas. No hubiese hecho nada de eso. En lugar de ello, se habría tumbado en su lecho, gimiendo, hasta que el alarmado *hôtelier* hubiese mandado llamar a un médico. Un proyecto fue rechazado luego y describe las temibles consecuencias a Hermann y Fritz en una carta posterior. Con mano aún temblorosa, Alfred expone así sus sensaciones:

> «*5 Tage lang bin ich nicht aus dem Bett gewesen...*
> »Durante cinco días no he salido de la cama; tuve tremendos dolores en todos los miembros, de modo que no podía levantarme del lecho ni para que me lo hicieran; tenía emplastos por toda la espalda, la nariz me sangraba, me dolía la cabeza, y no podía comer... En resumen, todas las molestias que ha inventado el diablo.» (18).

Aparte estas digresiones, la única cuerda emocional que pulsa es la añoranza de la tierra natal («Haced que alguien, Ida, en todo caso, ya que no hay nadie más, me escriba desde Essen contándome sobre los parientes y amigos. Estoy necesitado de ello»), y muestra temor de que se esté produciendo algún desaguisado en su ausencia. «Aunque me esperase una novia *(Wenn mich zu Hause eine Braut erwartete)* no me daría tanta prisa», escribe acerca de la sombría Gusstahlfabrik. Pero, ¿se hallará ésta en las debidas condiciones para recibirle? El oscuro pensamiento le atormenta. ¿No estará Hermann utilizando un acero demasiado quebradizo para los rodillos delgados? Detalles, *bitte.* ¿Dispondrá de un doble juego de válvulas para el motor y para esas molestas bombas? Y qué decir de las tuberías... Y de las cubiertas y cúpulas... Y de la arcilla para los crisoles... Preocupado siempre, se acuerda ahora del vigilante nocturno. ¿Es un hombre de confianza? «Creo que debiéramos tener un segundo vigilante para que observe al primero, y un tercero para que controle al segundo.» Tras reflexionar, concluye pesimista: «Al fin, los tres se echarían a dormir juntos.» La preocupación sigue asaltándole: «Es una pena lo que ocurre por la noche, ya que uno nunca sabe si las instrucciones serán ni siquiera remotamente obedecidas.» Alfred, en realidad, no teme por la honradez del vigilante, puesto que nadie puede llevarse una fábrica, o aunque sólo sea un martillo pilón. Su temor es más hondo, y llega a producirle uno de sus miedos más tremendos: «Sabéis con qué facilidad puede estallar el fuego, y un incendio lo destruiría todo, ¡todo!» *(Wie leicht ein Brand entstehen kann, weiss man, und ein Brand würde alles, alles zerstören!)* (19).

Recibida de Hermann la seguridad de que la fábrica sigue en su sitio, Alfred se dirige hacia Inglaterra. En octubre se encuentra en las Midlands, y allí su actuación raya en lo pintoresco; se hace francamente excéntrica. Hay algo de película de Charlot en sus aventuras británicas. Al leer su correspondencia, uno espera verle escribir de pronto: «Y entonces los pantalones se me rasgaron», o bien: «Hoy un hombre me tiró una

tarta de crema a la cara». Su oscuro propósito es el espionaje industrial. Antes de salir de Prusia se mandó hacer un pasaporte a nombre de A. Crup, que a él le parecía un apellido que sonaba a inglés. Y en su equipaje lleva unas pequeñas espuelas, que son como el símbolo del caballero. Tiene un compinche, Friedrich Sölling, un afable mercader de Essen cuyo rostro se asemeja al de una rana, y que es tataranieto de Georg Dietrich Krupp. Desde París ha enviado a Sölling unas cartas con sentido oculto. Los confabulados se reunirán en Liverpool y luego marcharán taimadamente hacia Sheffield, Hull y Stourbridge. Así ocurre. Los dos espías falsificados se ponen disfraces y se marchan. Pero dejemos que el propio Alfred nos lo cuente:

> «*Noch gestern habe ich hier, 5 Meilen entfernt, wohin ich mit Fritz Sölling spazierte...*
>
> »Sólo ayer, en un lugar situado a cinco millas, adonde había ido a pasear con Fritz Sölling, me encontré de improviso con una nueva planta laminadora para planchas de cobre, que está trabajando desde hace poco tiempo, y donde no dejan entrar a nadie. Yo iba debidamente calzado con botas y espuelas, y el propietario sintióse halagado de que una tal pareja de personajes se dignara inspeccionar su taller (*dass so ein Paar fideler Freunde sein Werk zu besichtigen würdigten*) (20).

Hurra! Glück! Pero, ¿acaso la expedición tuvo éxito? En realidad, todo fue una farsa. Lo único que Alfred pudo aprender era que el buen acero se produce a base de una adecuada fabricación y de un excelente hierro, como él lo escribe, subrayando el párrafo: «*Nunca conseguiremos de Bruninghaus el hierro para hacer la clase de acero que se necesita para las herramientas cortantes.*» Muy cierto, y no necesitaba ir a Sheffield para darse cuenta de eso, como Hermann ya lo sabía. Por tal motivo estaban tratando de probar con mineral sueco. Y la estratagema ya no tenía valor alguno. Al planearla, Alfred había pensado en las Midlands de una generación antes, en el fantasma que había matado a Friedrich Krupp. Hacia fines del decenio de 1830, el principio de Huntsman se conocía por todas partes. Los ingleses sabían esto, y si su visitante hubiera llegado hasta ellos como era debido, sin duda le hubiesen explicado bastante más de lo que consiguió saber con su mascarada. J. A. Henckel, que fundara una fábrica en Solingen, se hallaba en Sheffield al mismo tiempo. Henckel se presentó con su verdadero nombre, y nadie le rechazó. Por el contrario, escribió a casa diciendo que podía visitar libremente todas las fundiciones «desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche» (21).

Por otra parte, si los ingleses hubieran querido mantener alejado a Krupp, su disfraz de nada le hubiese valido. Al querer presentarse como caballeros él y Sölling obraban con manifiesta desventaja. Ninguno de los dos hablaba inglés. Comprendiendo que eso sería desconcertante, Alfred siguió un curso acelerado de inglés, dispuesto a contar la falsa historia de una niñez pasada en la Europa continental, y a disfrazarse de taciturno eslavo. Aquel invierno conoció Alfred a un diplomático prusiano, Hermann von Mumm, quien más tarde describe a Alfred en sus memorias como «bastante joven, muy alto y delgado, de aspecto endeble, pero... apuesto y atractivo». Un día, Alfred hizo un aparte con Mumm y le confesó que viajaba con nombre supuesto. Esto no era una novedad para su interlocutor cuyos amigos, divertidos por la excéntrica costumbre del larguirucho extranjero de llevar puestas sus pequeñas espuelas a todas horas, le llamaban chistosamente «el barón». Y el barón no era ningún misterio para

el diplomático. Von Mumm le había identificado ya como un natural de Essen que había llegado allí «para tratar de recoger informes sobre las acerías británicas. Su nombre —añadía— era Krupp.» (22).

Este permaneció en Inglaterra durante cinco meses, obteniendo unos informes que igual podía haber logrado en su país. Como se hallaba en lo que era entonces el centro industrial de Europa, no esperaba que le hicieran pedidos. Además, eso hubiera puesto al descubierto su identidad. Ya sin compañía, pues Sölling había regresado al Ruhr por Rotterdam, fue acogido en casa de una familia de Liverpool llamada Lightbody. Cuarenta años más tarde, Alfred escribió al nieto de su anfitrión manifestándole que el hogar de los Lightbody «era y seguirá siendo en mi memoria, para siempre, un lugar sagrado»; pero en aquella época le pareció, en realidad, una mala choza, y él mismo no era más que un manojo de nervios. Gracias a la hospitalidad lograda en Liverpool, Alfred podía comer «a menos de un tercio del precio corriente». Y sin embargo, el pensamiento de que «este viaje cuesta dinero y merma los beneficios anuales», seguía atormentándole. Volvieron sus preocupaciones acerca de la fábrica. En Liverpool se produjo una fuerte tormenta, algunas chimeneas se desmoronaron, y Alfred, echado en un lecho extraño, se puso a pensar en las chatas y feas siluetas de sus queridas chimeneas. «Espero que nada parecido haya ocurrido por allí —escribió a Hermann, mientras el viento azotaba los postigos de las ventanas—. Me produce inquietud el estado de los techos.» Eso es todo lo que podía hacer: preocuparse. Se estaba consumiendo, y a veces se dedicaba a idear trucos para que Hermann ahorrase dinero con el franqueo:

> «Si me escribes a Londres en una hoja como ésta, y pones "sencillo" por atrás, te costará el precio normal; claro que no tendrás que poner sobre. Los esquemas pequeños y cosas similares pueden siempre colocarse de modo que no los vea nadie, cuando echen un vistazo al interior de la misiva» (23).

Eso no era digno de Alfred, un hombre que había pregonado que sus talleres eran únicos en la Europa continental. Al terminar el invierno se fue de las Midlands considerándolas un mal negocio. Le habían derrotado, y él lo sabía. Pero lejos de mostrarse resentido, se sintió —y lo seguiría estando durante el resto de su vida— intimidado por los ingleses, reacción que arroja alguna luz acerca de uno de los oscuros recovecos de su mente de troglodita. Había «odiado a los ingleses hasta que fui a Inglaterra, y allí descubrí a muchos hombres y mujeres genuinos». De vuelta a París, dio instrucciones a Hermann para que «el hierro de Inglaterra sólo fuera usado en los mejores productos», y fue entonces, el 13 de marzo de 1839, cuando decidió dar apariencia inglesa a su nombre. Al mismo tiempo se produjo un hecho negativo, consecuencia de su estancia en las Midlands. Los síntomas comenzaron a notarse a mediados de marzo. Empezó a sentir algo extraño en la garganta. En seguida tuvo dolor de cabeza, catarro, asma, lumbago y extraños estremecimientos. Se retorcía y notaba un exceso de gases. Estaba constipado. El proceso continuó con una especie de ataques de vértigo, y toda clase de dolencias habida y por haber, exceptuando, tal vez, la del calambre del escribiente, y llegó a la culminación al mes siguiente, cuando cumplía los veintisiete años. Incapaz de recordar cuándo había movido el vientre por última vez, se retiró a su estancia y se dio una ducha. «Celebré mi cumpleaños a mi modo —escribe sombríamente aquella noche—; el año pasado lo hice con jarabe para la tos, y éste con enemas» *(das Jahr vorher mit Zuckerwasser und dieses Jahr mit Klistierspritzen)* (24).

En uno de los últimos días de su estancia en París, la incansable pluma de Alfred se vio interrumpida por una gran algarabía que llegaba desde la calle. Acercóse irritado a la ventana, miró y... *Himmel! du grosser Gott!* ¿Qué era aquello? Estaban alzando barricadas; las gentes volcaban los carros que pasaban, y hombres ceñudos que empuñaban fusiles corrían de un lado para otro. Alfred bajó rápidamente a investigar, y al día siguiente envió a la Stammhaus un despacho exclusivo sobre la Revolución de 1830, manifestando:

> «*Es ist noch nicht ganz gedämpft, aber es wird heute wohl enden. Wenn es die Geschäfte verbessert... so mögen sie sich in Teufels Namen klopfen.*»

> «Aún no lo han sofocado del todo, pero probablemente lo harán hoy. Si eso contribuye a aumentar el negocio..., entonces, en nombre del demonio, que les dejen aporrearse unos a otros en la cabeza.» (25).

La revuelta, provocada por la renuncia del ministro de Asuntos Exteriores, Louis Molé, era una de esas algaradas fulminantes que culminaron al fin con el derrocamiento de la monarquía en julio. Pero la situación no turbó a Alfred. Aquel no era asunto suyo. Aún no tenía tiempo «para leer, para la política», ni cosas semejantes. Y tampoco es lógico culparle, ya que las maniobras partidistas de Molé, Thiers, Guizot y De Soult eran incomprensibles para la mayoría de los alemanes, incluidos los políticos. Por todas partes, el estampido de los fusiles alentaba a los liberales insurgentes; los belgas ganaron la independencia de Holanda, los polacos se sublevaron, y hasta los diminutos Estados Papales trataron de separarse de Su Santidad. En Europa Central, sin embargo, los *Volk* seguían dormitando. Metternich continuaba aún de dictador en Austria, y Prusia se mantenía como la ciudadela del absolutismo. Los prusianos se hallaban por encima de aquel maremágnum de constituciones, sufragios y libertad de Prensa. La actitud de Alfred fue la que le caracterizaba. Los dirigentes, declaró, «sólo están obligados a cumplir con su deber, o si no irse al demonio. Entonces todo iría bien» (26).

Pero las cosas no marchaban bien. Fuertes muros se desmoronaban, y como no eran precisamente paredes políticas, Krupp no podía permanecer inmóvil sin riesgo de que le aplastaran los escombros. «Voy con los tiempos, y sin embargo, no me mantengo en el camino del progreso», manifestó, refiriéndose al adelanto técnico exclusivamente, a martillos pilones más grandes y eficaces, a un Kruppstahl más fuerte. Por desgracia, las cosas no eran tan sencillas. Los Metternich que creían haber borrado del todo el recuerdo de Napoleón estaban tan condenados como la gentuza que se dedicaba a destrozar maquinaria. Las nuevas ideas y las nuevas técnicas se hallaban unidas. Por ejemplo, en todo país que fue conquistado por la Grande Armée, el anticuado sistema de las hermandades había sido abolido. Esto creó un mercado libre de trabajo, idéntico al que existía en Inglaterra desde hacía un siglo, y que impulsó el desarrollo industrial inglés. En Europa continental el precedente se repetía: las máquinas inglesas eran adoptadas primero, y luego las perfeccionaban. Mientras tanto, los obreros, libres ya de las hermandades, se fueron a trabajar a las fábricas; creció la clase media, surgieron los titanes industriales, y el fermento de rebelión siguió incubándose. Como siempre que sopla cualquier viento de progreso, éste hizo volar algunos techos. Económicamente provocó ciclos alarmantes de expansión y de receso. Las riquezas adquiridas de la mañana a la noche alentaban las inversiones de

capital, y en seguida el pánico, surgiendo arrollador desde no se sabía dónde, lanzaba a los inversores a una depresión. El ciclo se reproducía con alarmante velocidad. Cuando Alfred abandonó París, todo marchaba bien. Pero al llegar a Essen después de una campaña relámpago de ventas que duró dos semanas, y en la que fue de Bruselas a Gante, de ésta a Amberes, de allí a Lieja y luego a Colonia, encontró a Hermann y a todo el Ruhr en un estado de profunda ansiedad (27).

Inglaterra había pasado por aquella misma adversidad. El temor a un futuro incierto era uno de los inconvenientes de la creciente actividad industrial. Sin accionistas, el crédito era escaso. Y cuando las máquinas desplazaban a la *Handwerker* (mano de obra) el poder adquisitivo disminuía, y con ello se marchitaba pronto la flor de la prosperidad. Para Fried. Krupp, de Essen, la depresión general se vio exacerbada por hechos especialmente irritantes. Los ingleses estaban llevando a cabo una guerra de precios contra los demás fabricantes europeos de rodillos de acero, y ahora Krupp tenía, además, un competidor en la vecindad: Jacob Mayer, en la cercana Bochum, había logrado obtener también acero colado (*). Uno podría creer que las magníficas ventas realizadas por Alfred en Francia iban a mejorar sustancialmente su situación; pero no fue así. Apenas había deshecho su maleta, cuando le llegó una carta informándole que uno de sus clientes había fallecido. En poco tiempo casi todos sus compradores habían sido enterrados en diversos cementerios galos. Resultaba bastante extraño, realmente, y Alfred se preguntó «qué gran pestilencia» (28) habría asolado a París, que, además, sólo parecía atacar a los metalúrgicos. La mano de Dios estaba de nuevo contra él. *Die alte Tour;* otra vez se hallaba en situación crítica. Y de nuevo su temeridad, como era de esperar, volvió a acentuarse.

Pasó el mal momento. Entre las cualidades de Alfred, una de las más destacadas era su implacable fuerza de voluntad. Esta era el lecho rocoso al que estaba anclado, y merced al cual no le llevaba la corriente. Therese curó las dolencias de Alfred con potingues, y tendido en el catre del desván, el joven se puso a observar el techo, aguardando alguna señal de esperanza. Por fin halló una idea prometedora. Aunque el mercado de las laminadoras se había reducido, el volumen de la demanda de rodillos aumentaba notablemente. Por lo tanto, aunque fuera más difícil hallar nuevos clientes, los pocos que ya eran compradores dejarían más beneficios. Mostrándose aún iracundo, Alfred dejó, una vez más, el Ruhr para establecer contactos comerciales. Iba a ser una dura empresa. En la Nochebuena de 1839, escribió al Ober-Präsident de su Estado pidiéndole cartas de presentación para funcionarios de Austria, Italia, Rusia «y los restantes Estados europeos». Y aquello sólo era el comienzo. Apareció por Varsovia y Praga, reapareció en París y Bruselas, buscó una entrevista con James von Rothschild (trataba de introducirse en la Casa de la Moneda francesa), e incluso pensó «realizar negocios en Norteamérica, a no tardar». Durante los años siguientes, estuvo casi siempre ausente de los talleres, viajando en trenes, carricoches o a caballo, hospedándose en fondas baratas e incómodas, presentando credenciales y testimonios conseguidos de los burócratas prusianos; enseñando muestras de cucharas y tenedores; afirmando honradamente que «es insuficiente lograr sólo las formas de los tenedores y cucharas, sino que es necesario disponer los rodillos de modo que produzcan los objetos con los adornos o grabados deseados», y enviando a Essen por correo los contratos firmados (29).

(*) Las viejas rivalidades tardan en desaparecer. En 1962, un documento de la principal empresa británica de municiones, describía a Mayer, y no a Krupp, como el pionero del acero colado en Alemania, y le consideraba también como el inventor de las llantas ferroviarias de acero, creadas por Krupp. (J. D. Scott, **Vickers**, p. 14).

Su ajetreada vida, con escasa compañía, se iba haciendo cada día más solitaria. Cada vez que deshacía las maletas, una nueva crisis de fiebre viajera le acometía. «Ahora que mis viajes han terminado, puedo prepararme con tranquilidad para quedarme en casa en el futuro», escribió el 27 de febrero de 1841, y la siguiente carta le llega al mismo destinatario desde Viena, diciendo: «Te sorprenderá saber que llevo ya aquí una semana...» Sus parientes le ven poco. «Te has vuelto como el Judío Errante —le escribe Sölling—, siempre viajando de un lugar para otro.» En el mustio aire de las posadas rurales, sus fobias aumentaban notablemente. Recordaba a los Kruppianer, fumando en pipa, y al pensar en aquellas cerillas se estremecía de espanto. El tabaco debía ser *verboten,* y temeroso de que algún obrero espía pudiera interceptar sus instrucciones —la manía persecutoria está presente incluso en sus cartas—, las escribe en francés: «*Marquez dans la liste des ouvriers ceux qui fument.*» En ocasiones trata de romper con aquella mezquindad y procura hacer un amigo y conservarlo. Después de una comida con un cliente de Berlín, hubo una amistosa discusión sobre quién debía pagar la cuenta. Luego, la pluma de Alfred escribe alegremente: «¡Y ha pedido usted la cuenta por sólo un pan de centeno! Como castigo por tamaña culpa, el mayor pan de centeno que Westfalia ha producido le llegará a usted en el próximo envío y... estoy casi por pedir que le manden un queso sobre el que pueda usted dormir la siesta.» Pero se aprecia que la nota jocosa es falsa, estridente, y en el párrafo que sigue vuelve a la normalidad: «Los gastos del envío de la máquina correrán por su cuenta —declara directamente—, y si no le conviene el aparato, éste me será devuelto también a su cargo.» Puede pagar un gran pan de centeno, pero los fletes a Berlín..., eso ya es negocio, y en éstos no debe quedar jamás una sola laguna (30).

¿Torpeza? Tal vez, pero Alfred siempre era así. No había posibilidad de que cambiase. Al pensar en su familia, al recordar que el obrero número noventa y nueve ingresaba en los talleres, al rememorar a su padre, proponiéndose no seguir su triste ejemplo, y Alfred se veía impulsado a cuidar celosamente de cada uno de sus *pfennig.* El lobo estaba siempre allí, arañando la puerta de la Stammhaus. Hermann, por su parte, también trabajaba activamente, y entre los dos conseguían los suficientes clientes como para ir viviendo. En San Petersburgo, la firma C. Tehelstein compró unos rodillos para la fabricación de tenedores y cucharas; en Berlín, cierto herr Vollgod adquiría otros, y Austria se mostraba prometedora, aunque «por extraño que parezca, los vieneses están apegados a la antigua forma de sus cuchillos y cucharas, y se niegan a adquirir las imitaciones de los cubiertos que están de moda en París», y con los que esperaba lograr un gran éxito. Y con bastante desdén añadía: «A los austríacos les gusta meterse en la boca un respetable bocado, y por tal razón, algunas gentes consideran que estas cucharas resultan demasiado pequeñas» (31).

Si a Alfred no le gustaba Austria —y le disgustaba intensamente—, tenía una buena razón para ello. En Viena se vio sometido a una pesadilla que le dejó el pelo canoso antes de cumplir los treinta años. No fue culpa suya, pues le engañaron como a un inocente. Tal vez debió tener más precaución, y aunque tenía experiencia y se había quemado los dedos algunas veces en el extranjero, sin embargo en muchos aspectos seguía siendo un ingenuo. Si bien el soborno de los empleados públicos era una práctica establecida, él seguía irritado con el asunto, y describía a los rusos que aceptaban dinero de él como «Schwindler». El untar las manos, no obstante, como bien debía saber, no garantizaba nada. La regla, en las cancillerías, era *Caveat venditor.* Pero Viena, sin embargo, no era San Petersburgo ni París. Era una nación germánica, del mismo tronco

racial, y en eso residió su error. Bajo el Gobierno de Metternich, Austria era un Estado plenamente policíaco. La *Obrigkeit*, o policía del Gobierno, como iba a descubrir Krupp, era mucho más implacable e intrigante que los clientes con los que había regateado por todas partes. «Los austríacos —había observado Napoleón— van siempre atrasados, tanto en sus pagos como con sus ejércitos y su política.» Y como los contratos austríacos solían ser cuantiosos, una negativa oficial causaba un enorme perjuicio. Esta a la que nos referimos estuvo a punto de aplastar a Fried. Krupp, de Essen, casi tanto como la muerte del fundador de la empresa.

En el otoño de 1840, Alfred inició negociaciones con la Imperial Casa de la Moneda de Viena. Aquellos caballeros deseaban una nueva troqueladora, pero querían también una garantía. Alfred accedió a ello escribiendo: «Si los rodillos, o alguna parte del material suministrado, se rompen dentro de los dos años de la entrega, o pierden su aptitud de servicio, me comprometo a efectuar la reparación sin cargo alguno» *(den Ersatz unentgeltlich zu besorgen)* (32).

Hasta allí todo fue bien. Los diseños fueron sometidos a la aprobación de los austríacos, que accedieron y más tarde aceptaron el producto terminado. Después empezaron las complicaciones. Alfred no podía cobrar su factura. Todo el mundo se mostraba cortés, pero cada vez que mencionaba el pago, no recibía más que réplicas evasivas. Tras mucho insistir le dijeron que su aparato no era del todo satisfactorio. No, no tenía por qué preocuparse, pero debía volver en otra ocasión. Regresó una y otra vez, siempre con creciente ansiedad. Durante un año y medio estuvo yendo a la capital de Austria, y nada cambiaba. La Casa de la Moneda retenía su máquina, pero no pagaba. Desesperado, Alfred recurrió al barón Kübeck von Kübau, el ministro austríaco de Minería y Acuñación. Este caso, le escribió Alfred, le había sido expuesto «bajo una impresión desfavorable por personas que se han favorecido, cuyos nombres y desgraciadas medidas me perjudican, y estoy dispuesto a comunicarme verbalmente con Vuestra Excelencia, aportando pruebas». Y luego agregaba profundamente afligido:

«Genötigt bis zur abgemachten Sache hier zu bleiben...»

> «Habiéndome visto obligado a permanecer aquí hasta que el asunto se arreglase, he perdido más de veinte mil florines al tener que abandonar mis talleres, y, además, he incurrido en unos gastos innecesarios que suman más de siete mil florines... Debido a estas pérdidas, y por haberme visto privado de lo que (para mí) es una considerable suma, al no cobrar las prensas suministradas me veo al borde de la ruina (33).

No obtuvo respuesta. Pasaron tres meses e hizo un nuevo intento ante el ministro. Su protesta ya era desesperada. En la Viena de Metternich, según había descubierto, «no podía hacer ninguna reclamación contra Su Excelencia». Sin otro recurso, con la espalda contra la pared, Alfred apeló a la conmiseración de Su Excelencia, confiando en la «graciosa consideración del ministro». Incluso rogó que le entregaran «al menos una parte del precio de venta». Con su mejor caligrafía, explicó al barón que «una floreciente fábrica, que estaba logrando buenas ganancias anuales, se verá irremediablemente perdida a menos que se atienda mi petición», y suplicaba luego que «a toda costa, el importe del contrato del 23 de diciembre de 1840, que ha sido cumplido (por mí) en todos los aspectos, debe serme abonado». Las exageraciones eran habituales en él, pero en esta ocasión era totalmente veraz. Esa misma mañana, un recien-

te informe procedente de Essen le hacía saber que el primer cálculo de las pérdidas había sido erróneo, y que la aventura austríaca le costaba en realidad 75.000 táleros, tres veces más de lo que había pensado. Y terminaba diciendo: «En este momento me encuentro al borde del abismo *(am Rande des Agrundes)*; sólo una ayuda inmediata puede salvarme» (34).

Era una carta conmovedora, que al menos tuvo la virtud de hacer que el barón recibiese a Alfred, y le prometiese que se repararía el daño. De vuelta en el Ruhr, Krupp observó desmayadamente las largas columnas de números rojos. Quince años de manejar la Gusstahlfabrik habían significado la muerte para su padre. Los quince años del hijo parecían haber aportado pocos adelantos. Una vez más se oía el mismo cantar desde Essen. Se pidió ayuda a Berlín, y la petición fue denegada. Incluso pensó en la posibilidad de emigrar a Rusia. («El Gobierno prusiano no ha hecho nada por mí, de modo que no me considerarán ingrato si me decido a dejar mi país para trasladarme a otro, cuyas autoridades posean la sabiduría de proteger a la industria de toda forma posible»). Y una vez más, los primos se reunieron alrededor de la baqueteada familia. Su crédito con Fritz von Müller se había agotado, de modo que Alfred juzgó prudente ofrecer a Sölling una participación en el negocio. En semejantes circunstancias le costó bastante conseguirlo. Prometió Alfred un interés del 4,5 por ciento sobre el capital, el 25 por ciento de cualquier beneficio logrado, y ninguna responsabilidad en las pérdidas. Conseguido esto, Sölling invirtió una suma inicial de 50.000 táleros, y fue así como pasó a ser socio comanditario. Entretanto, un tercer pariente se había unido a los hermanos. En 1843 llegó Adalbert Ascherfeld, un fornido herrero que descendía de la familia de Helene Amalie, y que vino de París para hacerse cargo del puesto de capataz (35).

La dieta de la Stammhaus de nuevo estaba reducida a pan, patatas y café. La patente sobre las cucharas y tenedores era lo que les mantenía. El 26 de febrero de 1847, esa patente fue reconocida en Inglaterra (inmediatamente fue vendida a una firma británica), al tiempo que se iniciaba un activo comercio con los plateros húngaros. Pero irónicamente, el mejor contrato que logró Alfred fue con Austria. Mientras esperaba la decisión del barón Kübeck, Alfred había conocido a un adinerado comerciante llamado Alexander Schöller. Al ver las muestras, Schöller sugirió que formasen una sociedad. Por el momento, Alfred prefería ver a todos los vieneses en el infierno, pero no se hallaba en situación de seguir los dictados de su temperamento. Fritz Krupp tenía ya más de veinte años y estaba progresando; Ascherfeld, con un aspecto físico parecido a una caja de caudales, era un capataz efectivo. Hermann podía ser utilizado para eso, de modo que después de un consejo familiar, marchó a establecer la nueva fábrica de Berndorf, en las afueras de Viena. Al igual que todas las transacciones de Alfred al sur de la frontera, ésta pareció mejor de lo que fue en realidad. El Berndorferwerk no le resultó de mucha utilidad, ya que la empresa no tardó en independizarse, y sólo volvió bajo el mando de Essen en 1938, medio siglo después de la muerte de Alfred. Y hasta esa unión exigió previamente el *Anschluss* de Adolfo Hitler y algunos ásperos regateos con Hermann Goering (36).

De todos modos, la creación de los talleres de Berndorf aportaron una enorme e inmediata ventaja para Alfred, y fue que exigieron la marcha de Hermann. El *Bruderliebe*, el ojo derecho de su hermano, está muy bien, pero si ello exige compartir los derechos de primogenitura, entonces, *nichts zu machen*, no había nada que hacer. Alfred estaba convencido de que la fábrica era suya por derecho de nacimiento. Hacía varios años la había descrito como «los talleres de crisoles de acero que yo administro para mi madre»; pero ahora eran «mis talleres», «mi fábri-

ca», «mi martillo pilón», y en los momentos de mayor ternura, «mi hijo» o «mi novia». En parte, esto era una comprensible consecuencia de su prolongada lucha. Las lágrimas que derramó y los esfuerzos que hizo por la fábrica habían sido más intensos que los de Hermann, Fritz e Ida todos juntos. De todas formas, sin embargo, su actitud era la proyección de un espíritu totalitario. A semejanza de su padre, creía que los industriales eran los sucesores naturales de los barones feudales. Los derechos de un señor eran indiscutibles, no debían ser puestos en tela de juicio por los vasallos. Su primera regla de trabajo, enunciada en 1838, establecía que el Kruppianer que contrajese deudas sería despedido. Tres años más tarde, el látigo volvió a restallar. Los que llegaran cinco minutos tarde sufrirían un descuento de una hora de trabajo. Sus obreros, pues, estaban ligados a él por obligaciones absolutas. El 12 de octubre de 1844, Alfred escribió a Sölling manifestando que esperaba que todos los trabajadores «permaneciesen leales a la factoría que les mantiene». Procuraba manejar su feudo con puño de hierro, y él consideraba suya la empresa porque, a su juicio, el más noble de los derechos era el de la primogenitura (37).

Pero en realidad la fábrica no era suya, y como Therese cumplió los sesenta años con salud precaria, la cuestión de la herencia dominó a todos los familiares. Aun cuando estuviera hipotecada, la factoría era de todos modos la única propiedad de la madre, y como los tiempos eran duros —la depresión de 1846 y 1847 estaba haciendo sentir sus efectos—, cada uno de los hijos quería poseer una parte de los talleres. El veredicto de Therese fue pronunciado en 1848. A Hermann, ausente e incapaz de replicar, se le dio lo que ya tenía, su participación en la fábrica de Berndorf. En apariencia se hallaba contento, y su correspondencia desde Viena se limitaba a aconsejar (muy acertadamente) a Alfred acerca de la necesidad de observar «las diferencias del contenido de carbono en el acero de los crisoles» (38). Como mujer que era, Ida no debía ser tomada en serio, y recibiría una suma en efectivo. Quedaba Fritz, que estaba presente, era varón y se reveló como muy terco. Sin embargo, Alfred tenía un poderoso aliado, Fritz Sölling, el hasta entonces silencioso socio, el cual habló en favor de él. Eso convenció a Therese, quien, estableciendo un precedente importante, manifestó que la fortuna de los Krupp, en el futuro, se reservaría para el hijo mayor. Conforme la influencia de los Krupp fue creciendo en Alemania, se advirtieron los ecos de tal decisión en la política del Gobierno; por ejemplo, en la ley hereditaria del 29 de setiembre de 1933. De este modo, hasta los niños aún por nacer quedaban afectados, cuando Fritz perdió su caso. A semejanza de su hermana, le entregaron una suma de dinero, y para mayor humillación, tuvo que jurar que nunca revelaría los secretos comerciales de la firma. Después de eso se marchó para establecerse como comerciante en Bonn. Pero al irse miró iracundo al heredero, y éste le miró de igual forma. Alfred, propenso a los accesos de cólera, no podía soportar, en cambio, las iras de los demás. Para él, su hermano se había vuelto excesivamente hosco *(mürrisch)*.

El 24 de febrero de 1848, Alfred hizo notar, con bien poca delicadeza, que su madre le había entregado *das Wrack der Fabrik,* una ruina de fábrica. Therese le dejó que eligiera la fecha de la transferencia, y él, inadvertidamente, estableció el día en que justamente las turbas parisienses asaltaban las Tullerías y arrojaban del poder a Luis Felipe. A esto siguió una reacción en cadena en el resto de Europa, y esta vez el centro del continente no quedó fuera del movimiento. La caída de Metternich no causó preocupaciones en la Stammhaus, pero cuando se alzaron los habitantes de Berlín, se produjo un movimiento de angustia. No podían imaginarse que aquellas cosas sucedieran en Prusia. En realidad, no ocurrie-

ron. Después de acatar la rebelión de marzo, Federico Guillermo IV fue alargando las cosas hasta que el Parlamento de Francfort le ofreció la corona imperial. Tal oferta de un Parlamento era una insufrible ofensa para un soberano que consideraba su monarquía como proveniente directamente de Dios, y que tenía a cualquier Constitución como «un pergamino de conspiradores, para gobernarnos con párrafos, remplazando al antiguo vínculo de la lealtad». En definitiva, el monarca rechazó desdeñosamente la oferta, poniendo fin de este modo a la insolencia democrática. Pero ese triunfo de la verdadera Alemania quedaba ya algo lejano cuando el nuevo propietario tomó posesión de los talleres. Sentíase preocupado. «Alfred reunió a los trabajadores ayer —escribió Ida a una amistad—, y les habló de la inquietud general. Les dijo que esperaba que no se extendiese esa inquietud hasta Essen, pero que si eso ocurría, confiaba en que sus hombres lograsen aplacarla con su influencia» (39).

En privado era menos optimista. «Debemos enfrentarnos con la posibilidad de que las clases trabajadoras puedan destrozar algunas máquinas», advirtió a uno de sus clientes franceses el 3 de marzo. Apenas había echado esta carta, cuando por Essen corrieron vientos de descontento. Los trabajadores tenían el ánimo exaltado, y se informó acerca de desórdenes producidos en míseros suburbios, por lo que el alcalde, asustado, proclamó el estado de sitio. Alfred obró con rapidez, y en el momento en que uno de sus obreros se volvió *mürrisch* (justamente uno de los siete primeros trabajadores), le despidió sin más contemplaciones. Durante la algarada se cerraron las puertas de la ciudad, con lo cual Ascherfeld asumió la responsabilidad de manejar a los ciento veintitrés obreros, convirtiéndose de este modo en el primer guardia de la firma Krupp. Por las mañanas, la campana de la Rathaus se ponía a repicar, y las esposas de los Kruppianer gritaban a sus maridos: «*Lauft, es läutet*» («¡Corre, corre, la campana está sonando!»), cuando éstos se marchaban por las estrechas callejuelas. Con su truculento morro fruncido, Ascherfeld lanzaba órdenes, escoltaba a sus obreros hasta los talleres y por la noche les hacía marcharse marcando el paso (40).

Esa fue la respuesta personal de Alfred a las inquietudes sociales. Indudablemente, era una forma de actuar bastante dura, pero los obreros de esa época estaban acostumbrados a la disciplina. Por otra parte, y aquí vemos el principio de la devoción de los Kruppianer hacia la firma Krupp, Alfred reconocía que su rango de barón industrial entrañaba numerosas responsabilidades. Como amo patriarcal, debía dar trabajo a sus hombres y alimentar a sus familias. Había que hallar, a toda costa, alguna solución a lo que estaba ocurriendo. En 1848 eso le obligó a desprenderse de la vajilla familiar. Había sobrevivido a numerosas vicisitudes, pero ahora, a semejanza de Federico el Grande, Alfredo procedió a fundir el precioso metal para poder pagar los sueldos, y cuando eso se hubo acabado, hizo lo mismo con sus medallas, las jarras de plata y hasta con sus espuelas inglesas, que desaparecieron por la boca de una laminadora, vendiendo luego los productos obtenidos. Poco después, Sölling recibía un empréstito de Salomón Oppenheim, un banquero de Colonia. No era poca cosa la hazaña de lograr un préstamo en aquellos años de quiebras bancarias, y aunque a Alfred le asustaba el pago de los intereses, comenzó su prolongada querella con «judíos bolsistas, timadores accionistas y otros parásitos semejantes», y pudo al fin pagar de nuevo a sus obreros. Luego, una vez que los rusos hubieron aplastado, en Tamesvar, la revolución húngara de Kossuth, en el año 1849, se ocuparon de sus asuntos domésticos y ofrecieron a Krupp 21.000 rublos para que les construyese una gran fábrica de cucharas en San Petersburgo, con lo que Alfred comenzó a ver un horizonte más

esperanzador. Era sólo un tenue fulgor, y el 10 de junio escribió: «¿Quién será el que no sufra con la actual situación? Debemos mantener la cabeza fuera del agua» *(Man muss nur den Kopf oben behalten)* (41).

En la primera fotografía de Alfred que se conserva, tomada durante esta época, aparece como un hombre que apenas logra sacar la cabeza fuera del agua, en efecto. Tiene treinta y siete años, pero aparenta cincuenta, y no ha ganado una sola libra desde su adolescencia. Su ralo cabello se le iba cayendo rápidamente (aún no podía pagarse una peluca), y tres profundas arrugas le cruzaban la frente. Los ojos eran pequeños y taimados, y tenía un aire de hombre acorralado. Alfred había aprendido a no fiarse de la suerte, de los extraños, y ni siquiera de sus propios hombres. Más que nada le inquietaba el futuro, el cual, sin embargo, rodearía a Fried. Krupp, de Essen, cual un fulgurante arco iris, con el correr del tiempo. No se necesitaría de ningún extraodinario invento, para que esto ocurriese. Las semillas de una cercana opulencia estaban sembradas alrededor de Alfred. La actuación de los advenedizos de Francfort aseguraría un régimen autocrático que iba a resultar indispensable para Krupp. Justamente y muy próxima se hallaba la gran era de los ferrocarriles. Afuera, los Estados Unidos ceñirían todo un continente con raíles. Norteamérica aún carecía de industria del acero propia, y en ese momento Alfred estaba efectuando los primeros experimentos para lograr rieles en la Gusstahlfabrik.

Sin embargo, la innovación con mejores auspicios fue aquella que parecía serlo menos. Era un asunto que, aunque pendiente durante varios años, no había despertado demasiado interés, y no se convertiría en tópico de las conversaciones en la Stammhaus hasta varios años más tarde. Se transformó en el proyecto preferido de Alfred. Cada uno de sus hermanos había demostrado tener un talento mecánico brillante. Hermann contribuyó con sus rodillos para la vajilla. En 1844, en la Deutsche Gewerbe Austellung, exhibición industrial de Berlín, la firma Krupp presentó al público el último modelo de su máquina, «que por medio de la presión de rodillos, transforma láminas de plata en bruto, de plata alemana, o cualquier otro metal dúctil, en cucharas y tenedores de cualquier forma y con los adornos acostumbrados, cortándolos planos y estampándolos aguda y limpiamente». Fritz había hecho algunos prototipos rudimentarios de aspiradoras de polvo y de carruajes sin caballos. En eso fracasó, pero tuvo éxito con una campana tubular, con la que Krupp obtuvo la medalla de oro en la exhibición de Berlín, medalla que sería sacrificada al fuego cuatro años más tarde. En esa feria de 1844, las realizaciones del propio Alfred no fueron tenidas en cuenta. El mismo no les prestó demasiada atención, y sus papeles mencionan esos productos de modo conciso.

Eran dos tubos de fusil forjados y estirados en frío (42).